
MATRIARCADO – MITO Y REALIDAD

TERMINOLOGÍA

Ginecocracia

La palabra ginecocracia procede del griego *γυνή* (*gyné*) 'mujer' y *κρατεῖν* (*krateîn*) 'dominar', 'controlar', 'reinar', 'apoderarse', 'vencer'. El vocablo ya se usaba en la Antigüedad clásica, de allí lo tomó Bachofen. Significa lo mismo que matriarcado, neologismo creado a finales del siglo XIX y que Bachofen aún no conocía.

Según Bachofen, la primera etapa de la historia de la humanidad es la edad del matriarcado o ginecocracia, como la llama Bachofen, es decir, el gobierno de las mujeres. El término matriarcado, dominación de las madres, no es empleado ni por Bachofen ni por Morgan o por Engels, fue introducido más tarde.

Matriarcado

El matriarcado como forma social en la que dominan las mujeres, en contraposición a patriarcado o dominio de los hombres, es un neologismo de finales del siglo XIX. Significa el dominio de las mujeres tanto a nivel político-social como a nivel familiar. Bachofen habla solo de ginecocracia, como en la Antigüedad, porque aún no conocía el nuevo término "matriarcado".

Friedrich Engels solo emplea la denominación "Mutterrecht", en el mismo sentido que Bachofen. La palabra «matriarcado» es un neologismo que aparece a partir de los años 80 del siglo XX, con el mismo significado que Mutterrecht y ginecocracia: la supremacía de la mujer dentro de la familia y en la sociedad.

Al final se impuso la palabra «matriarcado» y relegó la denominación griega «ginecocracia» al olvido. Hoy nadie defiende la existencia de una etapa de la evolución de la humanidad en la que el "matriarcado" fuera la forma social dominante, como defienden los evolucionistas. Las sociedades son muy diferentes y no se puede reconstruir una etapa unitaria de evolución.

Mutterrecht (Derecho materno)

El primero en usar este término fue Bachofen, que lo empleaba como sinónimo de ginecocracia. Más tarde se empleó el término «matriarcado». El término «Mutterrecht» puede designar muchas

cosas, según la ideología de cada autor: matriarcado, matrilinearidad, sociedades matrísticas. Lo problemático de este término es que solo se puede hablar de "derecho" en el marco del poder político, poder inexistente en las sociedades matrísticas, que son anárquicas y segmentarias y se rigen por los usos y costumbres, lo que la etnología anglosajona llama *custom* en contraposición a *law*.

Los autores emplean el concepto Mutterrecht en acepciones diferentes. Unos lo emplean en sentido que le daba Bachofen, como sinónimo de ginecocracia o matriarcado.

Otros, solo en el sentido de matrilinearidad, para designar las relaciones parentales (esto sería lo único que habría descubierto Bachofen en su análisis del presunto "matriarcado" de Licia, antigua región del sudoeste de Asia Menor, en las actuales provincias turcas de Antalya y Muğla). Hoy se sabe que matrilinearidad no significa que las mujeres dominen en la sociedad.

Matriarcalismo

El matriarcalismo es una forma de matricentrismo o matrifocalismo, es decir, una estructura psicosocial centrada o focalizada en el símbolo de la Madre/Mujer, el cual encuentra en el arquetipo de la Gran Madre su precipitado como proyección de la Madre Tierra/Naturaleza divinizada.

Los antropólogos no suelen usar el término matriarcado por no haber quedado totalmente demostrado la existencia de un matriarcado en el mismo sentido del que se habla cuando se utiliza el de patriarcado, es decir, en el sentido de una sociedad dominada por la Mujer o Madre.

El sufijo -ista forma adjetivos que habitualmente se sustantivan, y suelen significar 'partidario de' o 'inclinado a' lo que expresa la misma raíz con el sufijo -ismo.

Sociedades matrísticas

Otro neologismo creado en los años 70 del siglo XX. Lo emplean autores, como Ernest Borneman, que evitan emplear la palabra matriarcado por ser equívoca y por no estar probado que haya existido una sociedad en la que hayan dominado políticamente las mujeres.

Según estos autores, en las sociedades matrísticas las mujeres no dominaban a los hombres, sino que vivían en igualdad sin relaciones de subordinación ni de dominio.

Sociedades segmentarias

Para Emil Durkheim las sociedades segmentarias son sociedades acéfalas organizadas en varios segmentos. Son sociedades de linajes (sociedades gentilicias), organizadas en clanes y en relaciones de parentesco. No hay una instancia central ni dominio de algún segmento sobre el otro. Se mantiene el equilibrio de poder mediante la exogamia del linaje y la endogamia de la tribu.

Las sociedades segmentarias son un conjunto de personas que se organizan en sistemas parciales en principio en pie de igualdad. La familia constituye una unidad artificial por encima de las diferencias naturales de edad y sexo, por lo mismo antes de existir familias existe sociedad, es la familia la que se constituye como forma de diferenciación de la sociedad y no al revés.

Matrilinealidad – Matrilinaje

La matrilinealidad significa que la descendencia contempla exclusivamente la línea materna (unilinealidad). La importancia del padre biológico es menor, y sólo está relacionado con su propio clan de origen materno, pero no con sus hijos. Si hay emparejamientos permanentes, se practica la matrilocidad, es decir, el marido se traslada al clan de la mujer.

Las hijas y los hijos heredan el apellido de la madre, las hijas también heredan sus propiedades y sus funciones sociales y rituales dentro del clan. Los hermanos de la madre se encargan de la crianza de los hijos, y transmiten su experiencia y posesiones a los hijos de la hermana.

Es muy importante distinguir el matriarcado del matrilinaje. En algunas sociedades el prestigio social y la adscripción de bienes y posesiones se recibe por vía materna, más que por vía paterna. Lo que implica que las mujeres son quienes heredan las tierras familiares y no los hombres.

La posición social viene de la madre más que del padre y las familias extensas y las alianzas tribales se establezcan sobre líneas sanguíneas femeninas. Aun así, en algunos pocos casos, los hombres tienen más autoridad formal que las mujeres, siendo quien la ostenta el hermano de la cabeza de familia más que el marido de la cabeza de familia. De hecho, algunas pocas sociedades matrilineales son avunculocales, lo cual significa que los hijos de la cabeza de familia están sometidos a la autoridad del tío materno, más que del padre.

Matrilocidad

El matriarcado es una acepción diferente a la de matrilocidad, usado por algunos antropólogos para describir sociedades en donde la autoridad maternal se basa en relaciones domésticas, debiendo el esposo unirse a la familia de la esposa, en lugar de que la esposa se mude a la localidad o tribu del esposo, así, ella es mantenida por su familia, y el esposo tiende a estar socialmente aislado.

Matrilinealidad y matrilocidad no significan matriarcado. Son dos cosas distintas.

Matrifocalidad

Neologismo de principios de los años 70 del siglo XX. Se refiere a sociedades en las que, en el ordenamiento general, la mujer tiene primacía. Es una combinación de matrilinealidad y matrifocalidad. Esto

fomenta el equilibrio de poder entre las mujeres y los hombres, aunque en algunos grupos sociales, como los iroqueses, lleva a la supremacía de la mujer.

Patriarcado

La palabra «patriarca» proviene de las palabras griegas ἀρχειν árkhēin, que significa 'mandar', y πατήρ patér, que significa 'padre'. En su sentido literal, el patriarcado es la autoridad del padre. La palabra está tomada del griego tardío de la Biblia griega, comúnmente llamada Biblia Septuaginta o Biblia de los Setenta (ἡ μετάφρασις τῶν ἑβδομήκοντα), conocida bajo la abreviatura LXX. Es una traducción en griego koiné de textos hebreos y arameos más antiguos que las posteriores series de ediciones del Antiguo Testamento.

En sociología, un patriarca es la denominación del varón que tenía la autoridad de pater familias («padre de familia») pudiendo tomar decisiones que atañen a toda la familia. El sistema que regía estas reglas era llamado patriarcado. En griego, esta palabra provenía de la composición de πάτερ (pater) 'padre' y ἀρχων (archón) 'líder', 'jefe', 'rey', etc.).

En varias iglesias cristianas, un Patriarca es el obispo que preside una sede, el principio de una fundación apostólica, o una parte de ella que practica un determinado rito.

La palabra «patriarcado» adquirió connotaciones negativas desde los trabajos de Bachofen sobre el derecho materno, al que este autor contraponía la "paternitas" romana, ejemplo de una sociedad dominada por los hombres.

Con patriarcado se asocian todas las organizaciones sociales, políticas, económicas y religiosas en las que existe un desequilibrio de poder entre varones y mujeres, en favor de los primeros.

El término ha ido ampliando su significado con el transcurso del tiempo. Especialmente desde fines del siglo XX, a partir de las teorías feministas surgidas en Occidente en la década de 1970.

El concepto no tiene una definición precisa con la que generalmente todo el mundo esté de acuerdo. En los estudios feministas y varios estudios sociológicos, históricos, políticos y psicológicos, el término patriarcado es utilizado para describir una situación de distribución desigual del poder entre hombres y mujeres en la que los varones tienen preeminencia en uno o varios aspectos.

LA DEFINICIÓN DEL TÉRMINO "MATRIARCADO"

El término matriarcado se ha empleado con significados tan distintos que ha quedado prácticamente vacío de todo valor interpretativo. Al hablar de "matriarcado" hay que especificar primero el significado concreto que se le

quiere dar a este término, pues detrás de cada significado se esconde una interpretación y una ideología.

Los defensores de la existencia de un matriarcado en tiempos antiguos no han hecho nunca una definición del matriarcado similar a la planteada para el patriarcado. En muchos casos el término "matriarcado" ha sido usado para hacer referencia a la matrilinealidad, a la matrifocalidad o simplemente al sistema de herencia.

Según la acepción más vulgar, matriarcado significa el 'dominio de las mujeres'. Pero si analizamos el vocablo en sí, vemos que está compuesto de dos palabras: la palabra latina "Mater" ('madre') y la griega "arché" (ἀρχή) ('principio' u 'origen'). Arché es un concepto fundamental en la filosofía griega que significaba el comienzo del universo o el primer elemento de todas las cosas (ἐξ' ἀρχῆς: 'del principio', o ἐξ' ἀρχῆς λόγος: 'la razón primordial, originaria').

El término griego Arconte (ἄρχων árkhon) significa 'gobernante', utilizado con frecuencia como el título de un determinado cargo público en un gobierno. Es el participio presente masculino del verbo que deriva de ἀρχ-, que significa 'dominar'. Derivado de la misma raíz provienen monarca, anarquía y jerarquía.

De modo que en el término griego tenemos dos significados: 'gobernar', 'mandar', 'regir', en el sentido de ser el primero en la jerarquía social; y, por otra parte, significa también 'comenzar', 'tener su origen', 'ser lo primero', 'el comienzo de todo'.

El término "matriarcado" es un término moderno compuesto por el sustantivo latino *mater* y el verbo griego ἄρχειν árchein ('comenzar', 'dirigir', 'gobernar'), que se utilizó por primera vez en los debates etnológicos y jurídico-históricos del siglo XIX.

Tiene varios significados: como etapa del desarrollo de la humanidad, como imagen contraria a la sociedad patriarcal, como sociedad pacífica y estable de mujeres derrocada al final del Neolítico, como idea rectora utópica para un mundo mejor, etc.

Hoy en día, el uso del término matriarcado requiere una especificación de su significado.

«Para hablar del matriarcado hay que comenzar con una diferencia lingüística en la formación de los términos. No hablo de "matriarcado" o cultura matriarcal, sino muy deliberadamente de culturas "matricéntricas", por las siguientes razones:

Coloquialmente, los términos en combinación con la palabra griega "arché" se entienden como una forma gobierno o dominio. Así la "monarquía" es el gobierno de un individuo; la "plutocracia" el gobierno de los ricos; la

"oligarquía", el gobierno de unos pocos; la "aristocracia", el gobierno de una clase noble privilegiada.

Sin embargo, como señalan los estudiosos del matriarcado, la palabra griega "arché" tenía originalmente el significado de "comienzo, inicio, origen", que aún hoy resuena en las formaciones de la palabra "arqueología" como ciencia de la antigüedad o en la expresión "arquetipos" para los arquetipos del alma. Pero ya en la Grecia clásica, la expresión "arché" adquirió la connotación política de gobierno: así en el verbo "archo" para "mandar" y "archon" para "ser el primero, ser el líder".

Considero que esta diferenciación es necesaria porque, de lo contrario, puede extenderse el malentendido generalizado de que los matriarcados consisten en el "gobierno o dominio de las mujeres". Esto ya es una contradicción en los términos, porque en alemán "Herrschaft" el dominio de los "señores".

Más candente para mí es la cuestión del origen de la opresión violenta y la aparición y glorificación de las guerras: ¿Es realmente el sistema patriarcal de dominio un hecho primordial en la historia de la humanidad, como la mayoría de los historiadores, teólogos y sociólogos quieren hacernos creer? ¿Y el hombre (!) es realmente por naturaleza dominante, violento y cruel?» [Meier-Seethaler, Carola: "Matriarchatstheorie und feministische Geschlechterforschung: eine Positionsbestimmung", en www.theoriekritik.ch, 2019]

Dominio se deriva del latín *dominium* que a su vez procede de *domo, as, are*, que significa 'dominar', o, tal vez, de *domus*, 'casa', 'morada', y se empleaba en Roma para designar la propiedad o el patrimonio sometido al jefe de la familia. *Dominium* se refería a todo lo que le correspondía al *dueño de la casa*. El término que fue empleado por los romanos de forma más general es el de *dominium* como 'señorío'. La palabra "dominar" viene del latín *dominare* y significa 'tener bajo su poder'. Sus componentes léxicos son: *domus* 'casa', - *inus* 'relativo a'.

En los debates del feminismo cultural la cuestión de la existencia del matriarcado es una cuestión menor, el espacio y el tiempo carecen de sentido, todo se vuelve atemporal, arquetípico. El lado positivo de este debate es que se les devuelve a las mujeres su importante papel como portadoras de cultura, y se tambalea el dogma del hombre como el creador de la cultura; se reescribe, asimismo, la imagen tradicional de las brujas.

Sin embargo, se le reprocha al feminismo cultural su extremado esencialismo, biologismo, evolucionismo y conservadurismo hasta llegar a concepciones matriarcales protofascistas, propuestas como el ideal de una nueva sociedad.

La tentación de utilizar ejemplos no europeos como prueba de una tesis, que inconscientemente se da por sentada desde un principio, lleva a no tener en cuenta la lógica interna y la autocomprensión de una cultura extraña. Con demasiada rapidez se erige un conjunto uniforme de ideas que pretenden ser una explicación global de la posición de la mujer en determinadas culturas.

Con ello se corre el peligro de utilizar datos del pasado para proyectar las propias ilusiones de un futuro que supere o mejore la insoportable situación del presente.

EL EVOLUCIONISMO

El término evolucionismo remite a cualquier cambio gradual, ya sea desde el punto de vista de la biología o de la sociología. Desde la biología, el evolucionismo es la teoría que afirma que todos los seres vivos actuales son el resultado de cambios graduales a partir de antecesores comunes. Aunque no son exactamente equivalentes, el evolucionismo se relaciona siempre con el darwinismo. A finales del siglo XX nace la sociobiología, una disciplina que pretende estudiar las bases biológicas del comportamiento social.

En el siglo XVIII, Lamarck se enfrentó al fijismo reinante proponiendo la teoría del transformismo, es decir, que las especies se transforman con el fin de poder adaptarse al medio: "La función hace al órgano".

Pero fue Charles Darwin quien, en *El origen de las especies* (1859) propuso que las especies evolucionan principalmente por medio de la mutación azarosa y la selección natural. Y que esa evolución tiene lugar gradualmente a partir de un origen común.

Y el impacto del darwinismo fue mayor con la explicación de los mecanismos de la herencia a partir de las leyes de Mendel. No solo cambió el desarrollo científico, sino que marcó todas las teorías sociales y económicas de los siglos XIX y XX.

Al igual que Bachofen, Lewis Henry Morgan también adoptó un derecho materno original. Estaba convencido de que esta forma de sociedad tenía ventajas para las mujeres, mientras que la transición a la patrilinealidad tenía consecuencias negativas para la posición social de las mujeres.

Los teóricos del socialismo recibieron positivamente las ideas de Morgan y Bachofen sobre la maternidad. En contraste con Bachofen, Friedrich Engels juzgó el derrocamiento ficticio de la madre como la "derrota mundial-histórica del sexo femenino". La cuestión de si el patriarcado es una forma de gobierno política o familiar, lo decidieron a favor de lo familiar. En este sentido, el patriarcado como característica de la sociedad burguesa se ha convertido desde entonces en una parte integral en el contexto de la cosmovisión y la ciencia marxistas.

Sobre esta base, los representantes del freudomarxismo (o la teoría crítica) Fromm (1932), Reich (1933) y Horkheimer (1936) critican la crianza autoritaria dentro de la familia patriarcal por tener un carácter socialmente autoritario como condición básica postulada para los sistemas fascistas.

Este concepto de la reproducción del carácter autoritario de la familia (patriarcal) como "agencia de la sociedad" fue retomado por el movimiento de 1968, así como en la sociología moderna de la infancia y sigue siendo válido.

Las activistas marxistas del nuevo (segundo) movimiento de mujeres se apoyaron en particular en Friedrich Engels, el feminismo académico (temprano) se hizo cargo de las tesis de Engels.

HISTORIA DE LAS TEORÍAS SOBRE EL MATRIARCADO

La historia de las teorías del matriarcado comienza con contribuciones históricas y etnológicas sobre el derecho de los siglos XVIII y XIX. En el curso de la historia de las ideas y la investigación, los conceptos de matriarcado se formularon y abordaron en el contexto de una amplia variedad de ideologías, como el marxismo, el nacionalsocialismo, el cósmico y diversas corrientes como el feminismo, el movimiento de reforma de la vida y la Nueva Era.

El tema de las teorías matriarcales es el surgimiento y difusión de las sociedades matrilineales, matrilocales y matriarcales, pero también de las sociedades patriarcales, así como sus manifestaciones históricas y contemporáneas. Las principales áreas de investigación son historia, arqueología, etnología y sociología.

Muchas de las teorías matriarcales sostienen que en diferentes culturas ha existido una fase del matriarcado, entendido como el papel social prioritario de la mujer en la constitución de la sociedad.

Esta fase sería reemplazada por un patriarcado, tal y como lo conocemos hoy a nivel global. Estas teorías difieren a la hora de explicar la forma en se produjo este cambio.

Se ha repetido mucho la idea de que el matriarcado de las primeras culturas estaba representado por la figura de una "Gran Diosa", que con la expansión de los pueblos indoeuropeos quedaría relegada a la historia y suplantada por un dios masculino, lo que marcaría el comienzo del patriarcado tal y como hoy conocemos.

El desarrollo y la recepción de ideas sobre la existencia del matriarcado han sido objeto de estudios posthistóricos, ideológicos, científicos y sociológicos. Según la vieja historiadora Elke Hartmann (2004): "El matriarcado siempre sirve como pantalla de proyección para reflejar las ideas actuales del orden de género".

TEORÍAS SOBRE LAS PRIMERAS SOCIEDADES HUMANAS

En el Renacimiento se consideraban salvajes y primitivos a los aborígenes que los exploradores europeos encontraban en sus viajes. Para el Renacimiento, la cultura griega era una cultura superior, madre de la occidental. En la segunda mitad del siglo XIX, con el nacimiento de los estudios etnográficos, surgen varias teorías que intentan explicar el pasado cultural humano y el origen de las primeras sociedades humanas.

G. W. F. Hegel (1770-1831), siguiendo las ideas de Herder, veía a los pueblos como individualidades y a los estados como totalidades. El Estado funciona animado por el *Volksgeist* o alma colectiva y esta alma colectiva es anterior a la instauración de las instituciones del Estado. Las instituciones están

conformadas por el "espíritu del pueblo" que se manifiesta en los mitos, usos y costumbres, la lengua y el derecho consuetudinario. Esta concepción del estado nacional se opone a la concepción democrática y liberal del Estado.

Siguiendo los estudios histórico-históricos y etnológicos del siglo XIX, el materialismo histórico concibe el "matriarcado" como una etapa general y necesaria de las sociedades de la prehistoria y la historia temprana. Los estudios culturales marxistas contraponían el matriarcado a la estructura patriarcal de las sociedades industrializadas occidentales. El patriarcado sería en gran parte responsable de las condiciones sociales y las actitudes morales y psicológicas, y el matriarcado se interpretó positivamente como un estado utópico original de la sociedad.

La tesis de la existencia de un nivel de cultura matriarcal prehistórica general o al menos un culto de una Gran Diosa fue defendida, con frecuencia, desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, especialmente por los investigadores ingleses de la prehistoria y la arqueología.

Los investigadores de habla alemana habían buscado en la década de 1930, la proximidad al nacionalsocialismo. Un destacado representante fue, por ejemplo, Oswald Menghin, quien argumentó, en su libro *La historia mundial de la Edad de Piedra* (1931), que especialmente las culturas neolíticas se habrían caracterizado por un matriarcado. Como resultado, la prehistoria y la historia temprana en la República Federal de Alemania ejercieron una restricción decidida en el campo de la formación de la teoría después de 1945.

Si bien el recurso al concepto de matriarcado en todas las disciplinas relevantes se rechaza como inadecuado para el estudio de los sistemas sociales y de las relaciones de género, desde finales de los años 70, los representantes de las ramas esencialistas del feminismo de segunda generación se han vuelto a apropiarse del tema.

Existe un amplio consenso entre los investigadores de que "el matriarcado como el dominio de las madres y como una forma de sociedad contrapuesta al patriarcado no puede demostrarse históricamente", es decir, que no ha existido.

En la investigación universitaria, se rechazan numerosas hipótesis y métodos, especialmente empleados por los clásicos de la investigación del matriarcado, como la especulación histórica basada solo en las interpretaciones de los mitos.

Igualmente, controvertida es la aplicación de datos etnológicos y antropológicos al análisis de hallazgos arqueológicos y supuestos comparativos de grupos étnicos existentes con culturas prehistóricas, un enfoque del evolucionismo cultural del siglo XIX.

El diccionario de historia determina de forma lacónica en la entrada "matriarcado": «El nombre es engañoso y la opinión de que el matriarcado es una etapa de transición en el desarrollo humano, científicamente insostenible».

JOHANN JAKOB BACHOFEN (1815-1887)

Hoy vuelve el mito romántico del matriarcado, esa novela policíaca que comenzó con Bachofen; pero hoy se interpreta al revés que lo hiciera Bachofen, quien veía en el matriarcado una etapa primitiva de la humanidad en la que aún no se había establecido un orden social, aún no se había impuesto el espíritu y la ley masculinos; reinaba el caos y la oscuridad, el oscurantismo.

Bachofen es rehabilitado hoy, pero como el descubridor del mito de los orígenes, de un estado anterior al patriarcado, que hoy no se ve como primitivo, sino como paradisíaco y se propaga la vuelta al origen. Bachofen como descubridor del mito originario y original en su obra *Das Mutterrecht: eine Untersuchung über die Gynaiokratie der alten Welt nach ihrer religiösen und rechtlichen Natur* – Stuttgart 1861.

J. J. Bachofen fue un rico patricio suizo, influido por el romanticismo y de ideas conservadoras, apegado a la “democracia orgánica” y la ideología corporativista. En el fondo Bachofen era un hombre religioso. Su libro capital está concebido contra la forma positivista de escribir la historia, contra el liberalismo de la burguesía del siglo XIX. Su concepción y forma de escribir era emocionalmente comprometida, interesándose por el pasado “irracional” de la humanidad y por las huellas míticas, religiosas y simbólicas, cuya interpretación intentó; todo aquello que la historiografía de su tiempo dejaba a un lado.

Su obra está dirigida, sobre todo, contra el gran historiador Teodoro Mommsen (1817-1903), jurista, filólogo e historiador alemán, cuya *Historia de Roma* (1854-56), fue merecedora del Premio Nobel de Literatura en 1902. Mommsen era un liberal-positivista, cuya jerga “demagógica” Bachofen odiaba: Para Bachofen era una falta de sentido histórico el ver en las luchas de la Roma republicana los mismos partidos políticos en acción que en la Europa del siglo XIX. Bachofen era un rico patricio del siglo XIX, anticapitalista, adepto al orden corporativo de la manufactura. Achacaba al positivismo de la historiografía liberal el que, buscando o programando la descripción exacta de los hechos, inconscientemente no dejaba de introducir valoraciones típicas del liberalismo del siglo XIX. Para Bachofen la obra de Mommsen *Historia de Roma* es un cúmulo de “disparates capitalistas”.

En sus ideas Bachofen estaba secundado por su padre. Su romanticismo le abría su sensibilidad para sentir (no comprender) la mitología y la Antigüedad; sobre todo para comprender las angustias, esperanzas y necesidades de los hombres de entonces. El rechazo que causó su obra estuvo solamente en parte motivado por las exageraciones típicas de quien descubre algo nuevo. La reacción exageradamente crítica de los historiadores de su tiempo estaba más bien motivada por el miedo de los positivistas historiógrafos que proclamaban una ciencia exacta y eran muy conscientes de la precariedad de su programa.

Pero lo que no vio Bachofen fue que también él era víctima de sus prejuicios románticos. Según Ernst Bloch, "Bachofen erotizó la historia centrándola demasiado en la mujer". En la iconografía y el simbolismo antiguo Bachofen encuentra otro sentido de la historia. El mito de Isis y Osiris (como lo cuenta Plutarco) le enseña que la vida lleva a la muerte, que de la muerte sale la vida y que la vida es la interacción de la Idea (elemento masculino) y la Materia (elemento femenino). Bachofen encuentra estos símbolos y mitos por todas partes y los interpreta como descripciones realistas de un estadio histórico en el que primero dominó la materia o elemento femenino, que fue por fin (gracias a Dios) reemplazada por el Espíritu o Idea. La primera etapa de la historia habría sido la ginecocracia, dominio de las mujeres, de lo femenino material. Bachofen no emplea el término "matriarcado", ni tampoco lo emplean Morgan o Engels, este término fue introducido más tarde para dar más importancia al hecho de que se traba de una primera etapa de la historia en la que dominaban las mujeres, el dominio de las "madres" o matriarcas.

La preocupación ante el nuevo orden liberal y ante la muerte del antiguo orden hegeliano de la historia, un orden liberal en el que el espíritu es reemplazado por el dato positivo, lleva a Bachofen a buscar el origen de esta evolución: "¿Cómo vamos a entender el final si el origen nos sigue siendo un enigma? ¿Dónde podemos encontrar este principio u origen?, en el mito... aquí o en ninguna parte" (*Das Mutterrecht*, Frankfurt a. M., 1978, p. 8). El mito como resto de los procesos históricos, esa era su concepción.

La ginecocracia habría sido el primer estadio de la historia. En esta primera etapa, las mujeres eran físicamente más débiles que los hombres, pero su función en el culto y su iniciación o consagración religiosa las llevó a imponerse al hombre. Esta intuición era fruto de su experiencia personal: la madre como educadora religiosa, la que tiene el poder mítico-religioso sobre el hombre.

Según Bachofen, en un principio no existía el matrimonio sino el heterismo, especie de melopea de grupos de hombres con grupo de mujeres. De esta manera era difícil identificar al padre de los niños nacidos de esta promiscuidad, por lo tanto, se le daba al niño el nombre de la madre (*mater semper certa, pater incertus*). Económicamente el comunitarismo llevaba a un comunismo de bienes. Engels y Morgan siguen a Bachofen y defienden un comunismo primitivo como mito de los orígenes, esto agravó aún más el rechazo por parte de la historiografía liberal-burguesa (capitalista).

Bachofen ve en las amazonas una reacción de las mujeres al abuso de los hombres en el heterismo: "revolución femenina". Poco a poco, estas amazonas nómadas se irían agrupando en ciudades y se terminarían haciéndose sedentarias; crean el matrimonio monogámico y mandan en el Estado. Así lo describieron los griegos al referirse al "matriarcado" en Licia.

Poco a poco, los hombres van recuperando el poder; primero en el Estado y luego en la familia. Surge así el patriarcado como proceso mental (*geistig*) y espiritual en el que de lo material-femenino se va desprendiendo lo espiritual-masculino como paso de la naturaleza femenina a la cultura masculina. Al final triunfa el Espíritu sobre la Materia; surge la *patria potestas* romana, el *pater*

familias ('padre de familia'). La forma es irregular y arcaica en latín, preservando la antigua desinencia genitiva de -as.

El *pater familias* era el ciudadano independiente, este era el que ejercía la autoridad y todos los mandos de la casa; el *pater familias* nunca podía ser una mujer, siempre era un hombre. Bajo su control estaban todos los bienes y personas que pertenecían a la familia; la persona física que tenía atribuida la plena capacidad jurídica para obrar según su voluntad y ejercer la patria potestas, la *manus*, la *dominica potestas* y el *mancipium* sobre, respectivamente, el resto de personas *alieni iuris* que estaban sujetas a la voluntad, sobre la mujer casada, los esclavos y otros hombres. De ahí surgió la idea estatal de los romanos: el Imperio bajo mando masculino.

Con el desarrollo de la antropología del siglo XIX y las teorías evolutivas, que ofrecieron patrones explicativos alternativos a la historia y cronología de la creación bíblica, las ideas de una evolución gradual y unilineal de la humanidad y su organización social comenzaron a surgir desde 1860 en adelante y se difundieron rápidamente.

En el contexto del pensamiento romántico que utilizó la oposición mujer-naturaleza/hombre-cultura como punto de referencia fundamental, la reflexión sobre el sistema social basado en el poder del patriarca exigía una contrapartida exacta de sí mismo a través de la cual poder contemplarse y, en última instancia, justificarse.

La idea de la existencia de un estadio promordial de la humanidad en el que dominaba el matriarcado vino a responder a tal necesidad y fue promovida por J. J. Bachofen, autor de la obra *El Derecho Materno* publicada en 1861.

Siguiendo el esquema evolucionista dominante en el pensamiento de su tiempo, Bachofen defiende la existencia de una sucesión de tres etapas históricas a través de las cuales la humanidad habría pasado de unas relaciones sexuales caóticas, a la reproducción en un contexto matrimonial gobernado por la madre. Pero, finalmente, el telúrico universo del reino materno, capitaneado por los valores simbólicos de la luna, el agua y la tierra, es sustituido por el resplandeciente principio paterno. Con esta última etapa los pueblos superan el periodo primitivo de dependencia de la madre, para acceder a la edad adulta dominada por el derecho patriarcal.

Bachofen cuestionó la naturalidad del orden patriarcal de la familia y la relación entre los sexos. No pretendía criticar el modelo de género patriarcal, sino legitimarlo. Para Bachofen, la supuesta transición de la maternidad a la paternidad se consideró un avance del principio espiritual-masculino, que alcanzó la meta más alta del desarrollo humano.

El abogado y anticuario de Basilea (Suiza) Johann Jakob Bachofen desarrolló las ideas de Creuzer sobre el simbolismo en su *Ensayo sobre el simbolismo de los monumentos funerarios de los antiguos* (1859). Georg Friedrich Creuzer (1771-1858) en su obra *Simbolismo y mitología de los pueblos de la antigüedad, particularmente de los Griegos* (1810-1812) considera el

simbolismo mítico como un modo de expresión que difiere sustancialmente del pensamiento conceptual, en tanto que posee "categorías" propias.

Para Bachofen el mito es la exégesis del símbolo. Lo que el símbolo expresa de forma comprimida, lo desarrolla de forma narrativa el mito, el mito es la exégesis del símbolo. El conocimiento de los orígenes solo se puede intuir a través de los símbolos y de los mitos. "El mito contiene los orígenes y solo el mito los puede revelar" (Bachofen).

En 1861, Bachofen publica su obra más famosa: *El derecho materno: Un examen sobre la ginecocracia del mundo antiguo y su naturaleza religiosa y legal*. Es uno de los primeros estudios que intenta reconstruir la historia de la familia. Tesis central: en los primeros estadios de la evolución de las culturas, antes del patriarcado, la sociedad estaba regida por una *ginecocracia* a la que había precedido un período de promiscuidad sexual o hetairismo. Tres etapas marcan la evolución de las sociedades humanas: hetairismo, ginecocracia y patriarcado. Para Bachofen, el estudio de las fuentes probaría que el patriarcado reemplazó la ginecocracia, en la que la sociedad estaba gobernada por mujeres. Aunque ya no exista esta forma de sociedad, sus huellas, según Bachofen, se pueden todavía rastrear en los sistemas de parentesco matrilineal.

En la etapa de hetairismo o promiscuidad sexual solo se podía probar la consanguineidad materna. La relación madre e hijo es natural, mientras que la relación padre e hijo es cultural.

De forma idílica describe Bachofen la etapa evolutiva de la sociedad en la que el linaje trascurría por la línea femenina: Para Bachofen, lo característico de las sociedades matriarcales es la rectitud, la piedad y la cultura. Las mujeres son las guardianas de la religión, la justicia y la paz social. El matriarcado cumple la ley natural.

Bachofen propuso cuatro fases de la evolución cultural supuestamente superadas:

1. hetairismo: una fase «telúrica», nómada y salvaje, caracterizada por el comunismo y el amor libre. La deidad predominante habría sido, una proto-Afrodita terrena;
2. matriarcado o derecho materno: una fase «lunar» matrifocal basada en la agricultura, caracterizada por la aparición de los cultos místicos ctónicos y de la ley. La deidad predominante habría sido una temprana Deméter, según Bachofen;
3. fase dionisiaca: una fase transitoria en la que las tradiciones habrían sido masculinizadas, en la medida en que el patriarcado empezaba a emerger. La deidad predominante, el Dionisos original;
4. fase apolínea: la fase «solar» patriarcal, en la cual todo rastro de la sociedad matrifocal y de pasado dionisiaco fue suprimido y surgió la civilización moderna.

Mediante sus investigaciones Bachofen construyó un complejo interpretativo de los rasgos culturales fundado en una interpretación dualista, por ejemplo, atendiendo los contrastes entre día y noche, sol y luna, masculino y femenino, etcétera.

Esta transición del matriarcado al patriarcado sucedió según Bachofen de acuerdo con las leyes cósmicas. Para él, las etapas históricas de desarrollo también corresponden a una escala cosmológica, que él asocia con las atribuciones religiosas. Él considera que el "misterio de la religión ctónica" es el culto central del hetarismo y la ginecocracia, en el que la luna aparece como una representación simbólica de lo femenino, que se considera como la representación simbólica del hombre en la paternidad del sol.

«En la ginecocracia, la noche domina el día, que ella da a luz como la madre al hijo; en el patriarcado el día domina la noche. El desarrollo terrenal lucha hasta que realiza el modelo cósmico de los cuerpos celestes. Este objetivo final solo se alcanza con el dominio del hombre sobre la mujer, del sol sobre la luna».

El enfoque de Bachofen es evolutivo. Combinó la idea de evolución con un simbolismo de género tradicional: Apego a lo material frente al desarrollo espiritual; inconsciente dependencia de lo regulado frente al individualismo; dependencia de la naturaleza frente a la superación de lo natural. El derecho materno viene de abajo, es de naturaleza ctónica; el derecho paterno viene de arriba, es de naturaleza y origen celestial.

En su *Derecho materno*, Bachofen presentó una visión radicalmente nueva del papel de la mujer en una amplia gama de sociedades antiguas. Recopiló una numerosa documentación con el objeto de demostrar que la maternidad es la fuente de la sociedad humana, de la religión, la moralidad, y el «decoro». Para demostrar que el matriarcado o *derecho materno* fue la primera fase evolutiva de la sociedad humana, investigó los mitos y las tradiciones de las antiguas sociedades de Licia, Creta, Grecia, Egipto, la India, Asia central, África del norte, y España. Concluyó el trabajo conectando el derecho arcaico de la madre con la veneración cristiana a la Virgen María. Las conclusiones de Bachofen sobre las sociedades matrifocales arcaicas todavía encuentran eco hoy en día.

Susanne Lanwerd y Felix Wiedemann señalan que Bachofen fue el primero que analiza la relación de género desde el punto de vista histórico y niega el orden patriarcal de la familia como algo natural. Al hacerlo, tenía en mente todo menos una crítica del modelo patriarcal, más bien tenía la intención de legitimarlo contraponiéndolo a un estadio evolutivo primitivo de carácter matriarcal.

«Aunque Bachofen aplicó teorías evolutivas al desarrollo de la cultura de una forma que ya no se considera válida, aunque la arqueología y el análisis literario contemporáneos han invalidado muchos detalles de sus conclusiones históricas, el origen de todos los estudios posteriores del papel de las mujeres en la antigüedad clásica está en Bachofen, bien siguiendo la pista de sus conclusiones, bien corrigiéndolas, bien negándolas.

Si bien, en la medida en que sus investigaciones y conclusiones están basadas en una interpretación ciertamente imaginativa de la evidencia arqueológica existente de su tiempo, podría decirse que este modelo nos dice en el fondo tanto sobre el propio tiempo de Bachofen como del pasado remoto que pretendió describir». [Wikipedia]

La familia de Bachofen pertenecía a la alta burguesía de Basilea y poseía una manufactura dedicada a la fabricación de seda. Vivió en casa de sus padres y se dedicó a la docencia privada, que alternaba con la función de juez en causas penales. Era un hombre piadoso, conservador y rico. Desde sus primeras publicaciones

Cuatro años después de la publicación de *El derecho materno*, murió su madre, a la que había dedicado *El derecho materno*. Nueve años más tarde, contrajo matrimonio con una veinteañera, treinta años más joven que él, hija de una familia de la alta burguesía de Basilea y con la que formó un hogar, regido por él, son sus propias palabras, «según los principios imperialistas».

Desde sus primeras publicaciones, se planteó como objetivo «abrir una brecha en el muro de granito de una fosilizada historiografía racionalista», mediante la interpretación con talante emocional de los mitos y las religiones antiguas, método desatendido por la historiografía positivista de su tiempo. Su *Derecho materno*, un mamotreto tedioso y difícil de leer, provocó el rechazo de la comunidad científica de su tiempo.

Johann Bachofen encontraba superficial la *Historia de Roma* de Mommsen y su visión liberal de la antigua Roma. Él veía la historia como un proceso evolutivo, un movimiento que parte de la materia (femenino) y se eleva hasta el espíritu (masculino). Bachofen planeaba escribir una magna obra sobre la historia de Roma contra Theodor Mommsen (1817-1903), jurista, filólogo e historiador alemán, autor de la monumental *Historia de Roma*, por la que le fue concedido el premio Nobel de Literatura en 1902. Bachofen criticaba a Mommsen por emplear «la jerga del demagogo» y atacaba la historiografía positivista y liberal de su tiempo. Bachofen era conservador, defensor del corporativismo y estaba fuertemente influido por el Romanticismo. La libertad sin principios que proclamaba la nueva igualdad burguesa le parecía funesta. Criticaba a Mommsen que en la *Historia de Roma* solo viera luchas entre liberales y conservadores que pensaban lo mismo que los liberales y los conservadores del siglo XIX y como el liberal Mommsen. Lo que no vio Bachofen es que él mismo seguía viendo el pasado a través de las gafas del Romanticismo y de su propia religiosidad, y que en su *Derecho materno* había sido víctima de sus propios prejuicios.

Este patriarca conservador, para quien todas las tendencias de liberalización, democratización y emancipación de su tiempo eran una espina clavada, no se preocupaba por el gobierno de las mujeres, sino por un proyecto de historia humana. En el centro de su proyecto está la evolución desde el derecho original de la madre hasta el derecho posterior del padre.

Según Bachofen, el periodo cultural del derecho materno se caracterizaba por el principio material-femenino y, por tanto, seguía siendo muy natural.

Relacionó el periodo cultural bajo la ley paterna con el principio espiritual-masculino y la entrada de la humanidad en el estado de cultura. En consecuencia, la historia humana significaba para él el desarrollo del principio femenino al masculino, de la sustancia al espíritu, de la naturaleza a la cultura. Este desarrollo lo definió como "progreso" y celebró la "victoria de la paternidad sobre el principio materno" como la superación del "oscuro dominio de la materia", como el "desprendimiento del espíritu de los fenómenos de la naturaleza", con el que la humanidad alcanzó "la meta más alta de su destino" (GW II, 53; GW III, 632; GW II, 438; 54; 64).

Para Bachofen, el derecho materno era una etapa temprana de la historia de la humanidad que debía ser superada en una especie de proceso de purificación.

Años más tarde, Friedrich Nietzsche publicaba *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música* (1871-1872), obra reeditada en 1886 bajo el título *El nacimiento de la tragedia o Helenismo y Pesimismo*. La obra desarrolla la tesis según la cual dos grandes fuerzas opuestas gobiernan el arte: la fuerza dionisiaca y la fuerza apolínea. Los dos impulsos fundamentales de la naturaleza que son simbolizados por dos dioses griegos Dionisos y Apolo fueron separados por el triunfo de la racionalidad con Eurípides y Sócrates. En 1951 Eric Robertson Dodds (1893-1979) publicaría *Los griegos y lo irracional*, llamando la atención sobre el lado oscuro de la racionalidad griega.

BACHOFEN NEOPLATÓNICO

«En más de mil páginas, Bachofen repite un único tema: de lo claro y lo oscuro, de Isis y Osiris, del principio de lo material femenino y lo espiritual masculino, siguiendo la interpretación que Plutarco ya había dado a este mito. Esta interpretación se basa en la filosofía de Platón, en sus enseñanzas de la materia y la idea. Bachofen es, en última instancia, un cristiano neoplatónico. El alma se eleva desde las profundidades de la materia a la luz, a la inmortalidad. Ese es el tránsito del derecho materno al derecho paterno». [Wesel, Uwe: *Der Mythos vom Matriarchat. Über Bachofens Mutterrecht und die Stellung von Frauen in frühen Gesellschaften*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft 333, 1980, p. 18]

El neoplatonismo se desarrolló durante la crisis del imperio romano del siglo III y IV. Caracteriza a "Dios" como plenitud, estableciendo un monismo idealista que influenció también en el cristianismo. Intenta evitar el dualismo platónico en favor de un solo principio de todas las cosas. Coloca a Dios como inefable, indefinible y como Uno.

De este Uno emana el intelecto (Nous o Logos), manifestación suprema de Dios. En un segundo nivel jerárquico, está el Alma del Mundo, una mediación entre la Inteligencia y el mundo sensible. Por fin, en una etapa inicial, estaría el mundo material, el cual se encuentra más alejado de la luz original y, por eso, impregnado por las voluntades de la carne y por el peso de la materia. A pesar de eso, esta es la etapa de que partimos para elevarnos hasta el "Principio Original".

EL MITO ENTRE LA VERDAD HISTÓRICA Y LA IDEOLOGÍA

Bachofen veía en el mito un recuerdo de los orígenes históricos de la humanidad, hasta que vino Freud y descubrió que los mitos nos ayudan a penetrar en los estratos arcaicos del alma humana.

Los griegos de la época clásica conocían mitos sobre el matriarcado, por ejemplo, el mito de las amazonas y la puesta en escena en la *Orestíada* de Esquilo. Bachofen fue el que los descubrió, aunque los interpretó como relatos reales de acontecimientos pasado. Hoy nadie le daría la razón en esto. Después de Bachofen, se analizó el carácter religioso o puramente psicológico de los mitos, una visión igual de parcial. Hoy se intenta distinguir los diferentes elementos de los ritos: los religiosos, los psicológicos, los históricos, incluso los que tienen que ver con los cuentos infantiles con trasfondo social o moral.

BACHOFEN A LA BÚSQUEDA DE PRUEBAS

En su ensayo sobre *El simbolismo funerario de la Antigüedad* (1859) encontró Bachofen el tema que le llevaría a escribir su *Derecho materno* (1861). Se trata del mito de Isis y Osiris, tal como lo relata Plutarco. Isis, hermana y esposa de Osiris, simboliza la tierra fecundada por el Nilo, la naturaleza femenina, recipiente y materia de la creación.

Osiris es la fuerza fecundadora del Nilo y simboliza el principio masculino espiritual. Bachofen encuentra esa unión de lo femenino material con lo masculino espiritual no solo en Egipto, sino en todas las antiguas culturas, lo que probaría que en la evolución cultural y social de la humanidad hubo una primera etapa en la que la sociedad estaba regida por el *Derecho materno*, es decir, la mujer dominaba en la sociedad. La evolución de la humanidad comenzaría con la ginecocracia.

Bachofen no emplea el vocablo «matriarcado». Este término se introdujo más tarde cuando se publicó su obra en inglés (1967) y se tradujo «Gynäkokratie» por «matriarchy», lo que llevó a falsas interpretaciones que aún perduran hoy en las discusiones sobre el «matriarcado».

Licia

El primer país en el que Bachofen encuentra la prueba para su teoría es Licia, antigua región del sudoeste de Asia Menor, en las actuales provincias turcas de Antalya y Muğla. A lo largo del I milenio a. C. se desarrolló en esta región una cultura particular, con lengua, escritura y cultos propios.

Las primeras pruebas de la existencia del matriarcado las encuentra Bachofen en los relatos de los autores griegos como Heródoto (484-425 a. C.) que cuenta (I, 173) que los licios procedían originariamente de Creta, y que «sus costumbres son en parte cretenses y en parte carias. No obstante, tienen una extraña costumbre, que no posee ningún otro pueblo: toman el nombre a partir de la madre, y no del padre».

Este dato estaría confirmado también por Heráclides Póntico (390-310 a. C.): «Los licios viven todos del robo y la piratería. No tienen leyes escritas, sino sólo costumbres no escritas. Desde tiempos antiguos son regidos por las mujeres (καὶ ἐκ παλαιοῦ γυναικοκρατοῦνται)». Heráclides emplea aquí la expresión γυναικοκρατεῖσθαι (*gynaikokrateísthai*), de la que Bachofen deriva su γυναικοκρατία (*gynaikokratía*). Esta expresión aparece con frecuencia en la literatura griega, también el sustantivo. Aristóteles y Plutarco la emplean en sentido despectivo cuando critican que, cuando los hombres se van a la guerra y están poco en casa o se dan a la molicie, al libertinaje o al desenfreno, esto lleva a un afeminamiento de los hombres y a que las mujeres se tomen más libertades y se les "suban a las barbas". Dicho en lenguaje coloquial español: "reina el desmadre padre".

Aristóteles (384-322 a. C.), en su *Política*, critica a Licurgo, legislador de Esparta, por no haber exigido también a las mujeres la misma disciplina que impone a los hombres. En opinión del filósofo, tal irregularidad es fruto del afán de riquezas y crea condiciones en las que los hombres se dejan gobernar por mujeres. El término técnico que emplea para este tipo de "desorden" político es gynaikokratía, "gobierno de las mujeres", o gynaikokrateísthai, "dominado por mujeres".

Heráclides fue contemporáneo de Aristóteles, era tenido como un escritor muy fantasioso y extravagante, pero no se le tomaba en serio. Los otros escritores que escribieron sobre Licia solo hablan de matrilinearidad, detalle que Heráclides no menciona.

«Es de suponer que usó la expresión en el mismo sentido que Aristóteles. Su idea era que los licios eran piratas, estaban siempre fuera de casa, e incluso se llaman a sí mismos por el apellido de la madre. No menciona la matrilinealidad y resume todo para sugerir que las mujeres manejan a los hombres a su antojo. Si esta suposición es correcta, entonces la interpretación de Bachofen es incorrecta. Bachofen ha entendido la palabra como un verdadero gobierno político de las mujeres. En cambio, en la antigüedad parece que solo hubo un temor general de que, en primer lugar, el orden inherente de los hombres a veces no funciona correctamente cuando uno no está en casa o se entrega a excesos o lujo. Hay varios datos que abonan esta suposición.» [Wesel, 1980: 58-59]

El resto de los autores antiguos que hablan sobre Licia reproducen objetivamente el relato de Heródoto sobre la matrilinealidad en Licia. Y Heródoto, que nació cerca de esta región y la visitó incluso, no menciona la ginecocracia, simplemente porque no existió una forma de dominio político de las mujeres. Sí existió la matrilinealidad en Licia, como lo demuestran inscripciones funerarias, aunque no todas, algunas son patrilineales y podrían ser de posteriores grupos invasores.

Nicolás de Damasco (64-4 a. C.) escribe sobre las costumbres curiosas: «Los licios rinden mayores honores a las mujeres que a los hombres; ellos toman su nombre a partir de la madre, y legan la herencia a las hijas, no a los hijos».

Los mitos de la Antigüedad corroborarían estos relatos históricos, ya que los mitos, según Bachofen, son el mejor recuerdo de la realidad histórica.

Creta

El siguiente país que examina Bachofen después de Licia es Creta y comienza diciendo que es un país que tiene algo especial. «Heródoto dice que la población de Licia procede de Creta y lo mismo dice Estrabón. ¿Encontraremos en Creta algo parecido?» (Bachofen). En Creta encuentra más mitos y algo que le llama la atención: Creta es el único país en el que no se dice "patria" (Vaterland), sino "matria" (Mutterland). Otro descubrimiento que hace Bachofen al estudiar los mitos de Creta: «En ningún país juegan un papel tan importante las divinidades femeninas como en Creta», dato que confirmarían las excavaciones llevadas a cabo por Evans a partir de 1900 en Creta y que contribuyó a la popularidad de la obra de Bachofen a partir de entonces.

En 1874, Heinrich Schliemann hizo excavaciones en Micenas (1874) y Tirinto (1886), en la península del Peloponeso. Schliemann creía haber encontrado el mundo descrito por las epopeyas de Homero, la Ilíada y la Odisea: la civilización micénica.

Entre los años 1900-1906, Arthur Evans desenterró el llamado Palacio de Cnosos, que relacionó por su construcción laberíntica con el Palacio de Minos, por lo que dio a sus hallazgos la denominación genérica de civilización minoica, la del mito del rey Minos, anterior a la micénica de Schliemann. Encontró ricos hallazgos, entre los que destacan 3.000 tablillas de arcilla con dos tipos de escrituras diferentes conocidas como lineal A y lineal B (la primera aún sin descifrar, la última un primitivo dialecto griego).

A diferencia de la guerrera civilización micénica, ninguna de las ciudades minoicas disponía de murallas, salvo tal vez Petra en época remota. Apenas se encontraron armas. La célebre hacha de doble filo parece tener una función meramente ritual y constituir un símbolo religioso. Al mismo tiempo que la civilización micénica, existía en el II milenio a.C. la cultura minoica, de orientación más "femenina": aparecen hombres vestidos de mujer en actos rituales, distinguidos personajes femeninos en las ventanas del palacio, en el juego del salto sobre el toro participan jóvenes atletas de ambos sexos (los hombres pintados en rojo y las mujeres en blanco). Todo indica que las mujeres gozaban de una elevada posición social.

«Esto ya lo había deducido Bachofen del estudio de los mitos y de las representaciones de las divinidades, en las que las divinidades masculinas aparecen en segundo plano. Aunque, desde luego, esto no es un indicio seguro que nos permita evaluar la situación social de las mujeres.» [Wesel, 1980: 49]

Los primeros grupos que se asentaron en Creta probablemente llegaron desde Anatolia en torno al 7000 a. C. Crearon diferentes asentamientos en la isla, uno de ellos era Cnosos, y trajeron consigo la cultura agraria de Anatolia (Çatal Hüyük). La sociedad minoica pertenece aún a las primeras sociedades agrarias formadas al final de la Edad de Hielo en África del Norte,

Mesopotamia, Palestina, Siria y Asia Menor después de la Revolución Neolítica. Desde el Oriente Próximo la agricultura se extiende lentamente hacia el oeste. Llega a Creta y Grecia en el V-IV milenio. En Creta hay indicios de fuertes influencias de una corriente cultural que viene de Egipto, y esto es lo especial de esta isla. Casi al mismo tiempo, las sociedades de Mesopotamia, Palestina y Siria se independizan. Se forma así la cultura independiente egeo-anatólica.

A principios del segundo milenio, la parte continental fue invadida por los indoeuropeos, que llegaron hasta Mesopotamia y Egipto (son los hicsos, grupos guerreros que se hicieron con el control del Bajo Egipto). Estas invasiones cambiaron todo el sistema estatal en Asia Menor y Egipto. Solo Creta, se cree, quedó intacta. De ahí la diferencia. Grupos de la sociedad minoica huyeron de la subyugación de Micenas en el segundo milenio y llegaron a Licia. Era una sociedad matrilineal y matrifocal, pero no hay indicios de un matriarcado en ninguna parte.

A partir del año 1450 a.C., aprovechando la destrucción de los palacios cretenses como consecuencia de la erupción del volcán de Tera (Santorini) es cuando se instalan en Creta los griegos. Las ondas expansivas produjeron maremotos y terremotos. Es posible que la leyenda de la Atlántida se refiera a la destrucción de la civilización minoica.

Sin embargo, los minoicos reconstruyeron los palacios e iniciaron el periodo de mayor auge de la civilización minoica. Tras una fase de apogeo, la civilización minoica se derrumbó de nuevo, esta vez para siempre. Después de la destrucción de los palacios, los micénicos ocuparon la isla. La civilización minoica desapareció para siempre.

Bachofen creía que en toda sociedad existía el dominio de un grupo sobre otro. Así que en una sociedad donde no dominaban los hombres, tenían que dominar las mujeres, tenía que regir la ginecocracia. Pero en la sociedad minoica las mujeres tenían los mismos derechos que los hombres, igual que en Egipto (aunque no sabemos si este era el caso en todos los estamentos o clases sociales). Pero no era una sociedad acéfala. Era un sistema de gobierno consolidado, con un rey a la cabeza, un rey varón y un gran número de funcionarios administrativos. Todo parece indicar que también eran hombres. Todo dependía del palacio, que era el centro que administraba la economía y tenía el monopolio del comercio exterior. Había división de trabajo: artesanos, agricultores, sacerdotes, funcionarios de la administración. Para gestionar los recursos, se había inventado la escritura. Las tablillas del Lineal B, que se han podido descifrar, registran entradas y salidas de la mercancía de los almacenes de palacio. De modo que no se puede hablar de "matriarcado" en Creta.

En la religión minoica no era solo la Diosa el centro, hay que tener en cuenta la presencia del toro, que repite el mitologema de la cultura del neolítico temprano desde Anatolia: la diosa y el toro, su cónyuge.

Egipto

El próximo país en el que Bachofen encuentra pruebas del matriarcado es Egipto. Estaban los relatos de Heródoto, que había pasado tres o cuatro meses en Egipto (450 a.C.). Como no conocía la lengua, se tuvo que valer de un intérprete. Heródoto quedó asombrado de lo que vio en Egipto. Allí el cielo es diferente, el Nilo es un río diferente a los otros ríos, sus usos y costumbres son diferentes: las mujeres van al mercado y los hombres se quedan en casa tejiendo, los hombres llevan cargas en la cabeza y las mujeres en la espalda, escriben de derecha a izquierda.

La combinación de matrilinealidad, matrifocalidad, el derecho de herencia femenino y la igualdad social entre los hombres y las mujeres era algo inaudito para un ciudadano de Grecia, país en el que las mujeres y los niños eran ciudadanos de segunda clase. Para un griego esto significaba que los hombres estaban dominados por las mujeres, que regía la ginecocracia. Pero Heródoto exageraba. Hay escenas en el mercado donde hay hombres y mujeres; los hombres que tejían en casa lo hacían por encargo del palacio para el que trabajaban, etc. Lo que sí se sabe cierto es que en Egipto las mujeres y los hombres disfrutaban de los mismos derechos y que la mujer disfrutaba de una posición social de igualdad.

Bachofen tomó el mito de Isis y Osiris al pie de la letra como una prueba irrefutable de su teoría, no advirtió que este mito legitimaba la monarquía egipcia y el matrimonio real incestuoso. En este caso, como en otros muchos, el mito es posterior al hecho histórico que intenta explicar, pero también legitimar o justificar.

EL MITO DE LAS AMAZONAS

Las amazonas (Ἀμαζών / Ἀμαζόνες) eran, en la mitología clásica, gente de un antiguo pueblo conformado y gobernado íntegramente por mujeres guerreras, de dudosa base histórica. Entre los griegos clásicos, la palabra recibía una etimología popular según la cual procedía del a-privativo + mazos ("sin pecho"), relacionado con la tradición etimológica que decía que las amazonas se cortaban o quemaban el pecho derecho, para poder ser capaces de usar el arco con más libertad.

En la cultura griega, las amazonas aparecen invariablemente como antagonistas de los griegos. Los relatos mitológicos frecuentemente narran los enfrentamientos entre los héroes griegos y las reinas amazonas: Aquiles contra Pentésilaea en la guerra de Troya, o el combate de Hércules contra Hipólita, hermana de la anterior. En la escultura, las amazonas eran representadas batallando con guerreros griegos en amazonomaquias, o heridas como producto de dicho encuentro.

El historiador griego Heródoto las situaba en una región fronteriza con Escitia en Sarmacia, aunque la tradición posterior, las ubicó en Asia Menor.

Según la mitología griega, las amazonas habían vivido en Terma (en la actual Región del Mar Negro de Turquía), cerca de la costa del mar Negro (Ponto Euxino), donde formaron un reino independiente bajo el gobierno de la reina

Hipólita (la que deja sueltos sus caballos). Se suponía que habían fundado muchas ciudades, entre ellas Esmirna, Éfeso, Sinope y Pafos.

En algunas versiones del mito, ningún varón tenía permiso para mantener relaciones sexuales o residir en el país de las amazonas, pero poder garantizar la supervivencia de la especie, las amazonas visitaban una vez al año a los gargarios, una tribu vecina. Los niños varones que resultaban de estas visitas eran sacrificados, enviados de vuelta con sus padres o abandonados a su suerte; los que se quedaban con ellas les amputaban un miembro o los dejaban ciegos para que fueran sus sirvientes. Las amazonas conservaban a las niñas, quienes eran criadas por sus madres y adiestradas en las labores del campo, la caza y el arte de la guerra.

En la mitología griega abundan las incursiones militares de las amazonas. Los máximos héroes de la mitología griega, Hércules, Belerofonte y Aquiles tuvieron, en algún punto de sus aventuras, que enfrentarse con las amazonas e invariablemente las vencieron.

Aunque Estrabón se muestra escéptico sobre su historicidad, en general las amazonas siguieron considerándose históricas durante la antigüedad tardía.

POSIBLE BASE HISTÓRICA DE LAS AMAZONAS

«Dondequiera que los griegos ubicasen a las amazonas, ya fuera en algún lugar del mar Negro en el lejano norte, o en la Libia del distante sur, siempre era allende los confines del mundo civilizado. Las amazonas existen fuera del ámbito de la experiencia humana normal.» [Peter Walcot, 1984]

La especulación de que la idea de las amazonas contiene una base real se basa en hallazgos arqueológicos de tumbas femeninas con armas. Según la Heródoto de Halicarnaso, las amazonas eran oriundas de la zona del Cáucaso y llegaron a formar un pueblo guerrero en el Ponto Euxino, junto a la orilla del río Termodón, cerca de Trevisonda (Turquía). Su ciudad principal era Temiscira, en la región del Mar Negro. Eran dueñas de las ciudades de Éfeso, Esmirna, Pafos y demás poblaciones. Según Friedrich Cornelios (*Geschichte der Hethiter*, Darmstadt, 1973, p. 269-271), en esta región las mujeres estaban sometidas a los hombres. Estas mujeres entablaron una lucha violenta contra la represión masculina y en 1200 a.C. extendieron su lucha al país de los hetitas bajo el reinado del rey hetita Arnuanda III (1209-1207 a. C.). Hay menciones históricas sobre luchas en esta región y enterramientos femeninos con armas al lado. La palabra "Am" significa 'madre', también en hetita. "Amazona" significaría 'mujer del país del Azzi (junto al Imperio Hitita), donde encontramos ciudades como Amisos, Arnasia, Amastris.

«Los enterramientos de mujeres sármatas armadas suponen cerca del 25% de los enterramientos militares del grupo, y solían ser enterradas con arcos. Con ello, la versión de Heródoto de las costumbres guerreras de las mujeres sármatas tendría algún fundamento real.

La arqueóloga rusa Vera Kovalevskaya señala que cuando los hombres escitas estaban fuera luchando o cazando, las mujeres nómadas tendrían que haber

podido defenderse a sí mismas, a su ganado y a los pastos. Durante la época en la que los escitas avanzaron en Asia y lograron la casi hegemonía en el noreste, hubo un periodo de veintiocho años en el que los hombres habrían estado fuera en campaña. Durante este tiempo las mujeres no solo habrían tenido que defenderse, sino reproducirse, y esto bien podría ser el origen de que las Amazonas se emparejaban una vez al año con sus vecinos, si Heródoto realmente basó esto en un hecho real. Antes de que la arqueología moderna descubriese algunos de los enterramientos escitas de doncellas guerreras sepultadas bajo kurganos [montículos tumbas] en el macizo de Altai y Sarmacia, dando por fin forma concreta a los relatos griegos de Amazonas a caballo, el origen de la historia de las Amazonas ha sido objeto de especulación entre investigadores clásicos.» [Wikipedia]

«Pero las crónicas hetitas sobre luchas en el norte no especifican si han sido entre hombres o entre mujeres y hombres. Si hubieran sido mujeres, lo hubieran indicado. No hay pruebas suficientes. No obstante, este mito tuvo que tener algún trasfondo histórico. Pero estos datos no explican todavía la resonancia tan grande que estos acontecimientos tuvieron en la mitología griega y la cantidad de personajes masculinos míticos implicados en la represión de estas luchas de mujeres contra hombres: Aquiles, Heracles, Teseo, Belerofonte, etc., una rebelión femenina que, según las crónicas hetitas, ya había sido aplastada por el rey hetita Arnuanda III. La expedición de las Amazonas contra Atenas precisa también una aclaración, que quizás la encontremos en la *Orestíada* de Esquilo (mediados del siglo V a.C.), cuyo escenario es Atenas». [Wesel, 1980: 57-58]

LA ORESTÍADA DE ESQUILO

La trilogía conocida como La Orestíada está formada por *Agamenón*, *Las coéforas* y *Las euménides*. La última parte de la trilogía, *Las Euménides*, pone en escena el proceso contra Orestes.

Según la historia homérica, Orestes estaba ausente de Micenas cuando su padre volvió de la Guerra de Troya y fue asesinado por el amante de su esposa, Egisto, o por la misma Clitemnestra según otras versiones. En su vigésimo cumpleaños, el oráculo de Delfos mandó a Orestes volver a su hogar y vengar la muerte de su padre. Orestes regresó a casa junto con su amigo Pílates. Orestes se encontró con su hermana Electra ante la tumba de Agamenón, donde ambos habían ido a rendir honores al difunto; se reconocieron y planearon cómo habría de llevar a cabo su venganza Orestes. La tradición más difundida es que Orestes mató a Egisto y luego también a su madre, Clitemnestra.

Tras la venganza Orestes enloquece y es perseguido por las Erinias, cuyo deber es castigar cualquier violación de los lazos de piedad familiar. Orestes se refugia en el templo de Delfos, pero Apolo, a pesar de que había mandado a Orestes que emprendiera la venganza, no es capaz de protegerlo de las consecuencias de ella. Finalmente, Atenea recibe a Orestes en la Acrópolis de Atenas, y organiza un juicio formal del caso ante el Areópago, tribunal

formado por doce jueces áticos. Las Erinias exigen su víctima, Orestes alega el mandato de Apolo, los votos de los jueces quedan divididos equitativamente y Atenea, con su voto decisivo, declara inocente a Orestes. Las Erinias son apaciguadas con un nuevo ritual en el que son adoradas como Euménides, y Orestes dedica un altar a Atenea Areia.

Ese es el tema de la tragedia, la cuestión de la primacía de lo femenino o de lo masculino. En su defensa, Apolo había declarado que la relación de un niño con su padre era más cercana que el apego a su madre. Esta es la doctrina pitagórica de la primacía biológica de la paternidad. Cien años más tarde, Aristóteles formula lo mismo filosóficamente declarando la primacía de la forma (eidos) sobre la materia (hyle). Es la teoría aristotélica del hilemorfismo (del griego ὕλη 'materia', μορφή 'forma'), según la cual todo cuerpo se halla constituido por dos principios esenciales, que son la materia y la forma. Como cualquier objeto material tiene una forma, la materia prima es el sustrato básico de toda la realidad. En el mundo material, la materia no puede darse sin forma y la forma no puede darse sin materia. Mientras que la materia pura no tiene más que una existencia teórica, la forma pura existe realmente: es la divinidad, el primer motor inmóvil. La materia es aquello de lo que la cosa está hecha; la forma es lo que hace que una cosa sea lo que es.

Esquilo lo dice a través de la boca de Apolo:

APOLO

«Esto diré, mira si hablo bien. No es la madre quien engendra al que se llama hijo suyo; no es ella sino la nodriza del germen reciente. El que obra es el que engendra. Recibe la madre el germen, y lo conserva, si place a los Dioses. He aquí la prueba de mis palabras: puede haber padre sin madre. La hija de Zeus Olímpico me sirve aquí de testimonio. No se ha nutrido en las tinieblas de la matriz, porque Diosa ninguna hubiera podido producir tal hija... Yo, Palas, entre otras cosas, engrandeceré tu ciudad y tu pueblo. He enviado a tu morada este suplicante, para que en todo tiempo esté consagrado a ti. ¡Acéptale por aliado, ¡oh, Diosa! a él y a sus descendientes, y guárdente estos eterna fe!»

ATENEA

«Yo debo pronunciarme en último término. Daré mi sufragio a Orestes. No tengo madre que me haya concebido. En todo y dondequiera favorezco totalmente al varón, mas no hasta las nupcias. Ciertamente, por el padre estoy. Así, poco me importa la mujer que mató a su marido, jefe de la casa. Vencedor es Orestes, aun cuando los sufragios sean iguales por ambas partes. Así, pues, vosotros, los que tal oficio tenéis, sacad presto los guijarros de las urnas.»

Atenea, no nacida de madre, da la victoria al derecho paterno sobre el materno. El mito la representa como hija partenogenética de Zeus, nacida de su frente ya completamente armada después de que se tragase a su madre. Jamás se casó o tuvo amantes, y mantuvo una virginidad perpetua. Conocida también como Palas Atenea (Παλλὰς Ἀθήνα) es la diosa de la guerra, de la

civilización, de la sabiduría, de las ciencias, de la justicia y de la habilidad. Fue una de las principales divinidades del panteón griego y una de los doce dioses olímpicos.

La nueva ley se basa en la primacía de lo masculino. El espíritu apolíneo representa la luz que dispersa las tinieblas. Los hombres son más importantes, incluso para la reproducción. Esta es la nueva ley de los nuevos dioses Apolo y Atenea.

Es por lo que se queja el coro de las euménides:

«¡Ah, Dioses nuevos, habéis hollado las Leyes antiguas y me habéis arrancado de las manos a ese hombre! Y yo, cubierta de oprobio, menospreciada, miserable, encendida en cólera, ¡oh, dolor! voy a derramar gota a gota en el suelo el veneno de mi corazón, terrible para esta tierra. ¡Ni hojas, ni fecundidad! ¡Oh Justicia, pon, al precipitarte sobre esta tierra, en todas partes, la mancha del mal! ¿He de gemir? ¿qué será de mí? ¿qué haré? ¡Padezco dolores que han de ser funestos para los atenienses! Las desgraciadas hijas de la Noche están gravemente ofendidas; ¡gimen por la vergüenza que las cubre!»

Bachofen acertó a ver en esta tragedia el triunfo del patriarcado sobre el "derecho materno", pero olvidó interpretar la tragedia de Esquilo en el marco político de su tiempo. La *Orestíada* fue representada en Atenas el año 458 a.C. Tras de la guerra contra los persas, el Consejo del Areópago había usurpado algunas funciones, de las que había quedado virtualmente relegado tras las reformas de Clístenes. Hacia el año 462/61, Efialtes le retiró al Areópago la custodia de la constitución, con lo que su competencia disminuyó.

Conservó, no obstante, su función de tribunal para juzgar los asuntos criminales, pero perdieron toda su importancia política. Efialtes es considerado como el político que marcó el inicio de la "democracia radical", por la que Atenas sería famosa en adelante.

Si cuatro años más tarde tiene lugar la puesta en escena de una tragedia delante del Areópago, está claro que tiene una intención política. Sin embargo, queda la pregunta de por qué asocia Esquilo el tema sobre la democracia ateniense a un proceso en el que se dirime la primacía del nuevo principio masculino sobre la ley antigua, sobre el derecho de las madres. Se echamos una mirada al Teatro de Dionisio en el que se representó la tragedia en el 458 a. C., vemos que los actores eran todos hombres, que representaban los papeles femeninos mediante una máscara. Las mujeres estaban encerradas en sus hogares.

La interpretación que hace Bachofen de la *Orestíada* de Esquilo es correcta. La victoria de Apolo es para Bachofen la victoria del derecho patriarcal sobre el matriarcal. Esta victoria la representa Atenea, hija de padre divino y por él engendrada (del griego ático Ἀθήνα, o Ἀθηναίη, Athēnaiē; también conocida como Palas Atenea – Παλλὰς Ἀθήνα). La versión más tradicional de su mito la representa como hija partenogenética de Zeus, nacida de su frente ya completamente armada después de que Zeus se tragase a su madre, Metis. En el panteón olímpico Atenea aparece como la hija favorita de Zeus. Jane

Ellen Harrison (1850-1928) caracteriza este elemento mítico como «un desesperado expediente teológico para librar a la Core nacida de la tierra de sus condiciones matriarcales». Triunfo definitivo de Apolo que, junto con Atenea, es el verdadero vencedor del estadio matriarcal.

LA ESFINGE Y EDIPO

En la Esfinge y Edipo ve Bachofen otra muestra del tránsito del matriarcado al patriarcado. Hacia el siglo XIII a.C. fue Edipo el vencedor de Tebas, dominando el viejo culto matriarcal minoico y reformando el calendario lunar por el solar. La Esfinge, que para Robert Graves es la Diosa Blanca de la ciudad, venida de Creta, es vencida por Edipo que con su inteligencia desentraña el enigma y acertijo que le pone la Esfinge.

Para Bachofen Edipo es un héroe y mártir en favor de la monogamia, de la familia, del patriarcado, del progreso. Con Edipo comienza el verdadero nacimiento de los niños. Edipo, que no conoce a su padre, se convierte en el primer padre de la historia. La tragedia de Sófocles sería una pieza didáctica o reminiscencia de un mito didáctico en el que los griegos justificaban el dominio de las mujeres por los hombres.

RESUMEN DE LA TEORÍA DE BACHOFEN

Johann Bachofen comenzó su investigación en Licia porque pensaba que allí encontraría las pruebas más palmarias de la existencia de un primer estadio en la evolución de la humanidad en el que el poder social estaría en manos de las mujeres: ginococracia. En Licia encontró indicios de una relación de Licia con Creta, el país de la "matria". En Egipto encontró el mito de Isis y Osiris y las referencias de Heródoto y Diodoro sobre el derecho materno en Egipto. En Egipto hubo igualdad de género hasta el I milenio a.C. En Creta se nota la influencia de Egipto en cuanto a la situación social de la mujer. En el II milenio, tras la invasión micénica, parte de la población huyó a Licia. En estos países regía la matrilinealidad y la matrifocalidad. De la comprobación histórica de la situación de la mujer en estos países podemos deducir que en ninguno de ellos ha habido matriarcado, en el sentido de dominio de las mujeres.

Para Bachofen toda sociedad implica dominio de algún grupo social y, donde no dominan los hombres, dominan las mujeres. En Egipto, Creta y Licia, en la periferia de la cultura grecorromana, encontramos sociedades no organizadas de forma patriarcal. Son sociedades en las que la vieja organización matrilineal y segmentaria coexiste con una autoridad central: Egipto y Creta eran reinos y toda la administración estaba centrada en el palacio; las ciudades licias formaban una confederación, pero internamente ya estaban estructuradas jerárquicamente. El centralismo ya había eliminado, en parte, la matrilinealidad, como en Egipto; en Licia y, probablemente también en Creta, se conservaba también en parte. Sin embargo, a pesar del centralismo, la situación social de la mujer no había empeorado esencialmente, seguía habiendo igualdad entre hombres y mujeres, y esto era lo que causaba

admiración a los visitantes y es lo que Bachofen interpretó como ginecocracia o matriarcado.

El primer error de Bachofen fue pensar que la evolución de la humanidad había comenzado con una primera fase generalizada en la que había regido el "derecho materno" o la ginecocracia. El segundo error fue creer que en Egipto, Creta y Licia había habido ginecocracia. Entre estos tres países había habido estrechos contactos, pero lo que tenían en común no era la ginecocracia.

¿QUÉ QUEDA DE LA OBRA DE BACHOFEN?

Muchas de las interpretaciones de Bachofen eran simplemente falsas. Se ha comprobado históricamente que no ha existido el matriarcado como una etapa de la evolución cultural de la humanidad. La obra de Bachofen está llena de exageraciones y falsas interpretaciones.

Pero sus análisis han contribuido a llamar la atención sobre sociedades en las que la situación de la mujer era distinta a la que tuvo en Grecia y Roma. Bachofen descubrió que el patriarcado no es una forma "natural" de sociedad, pues ha habido sociedades que no conocieron el patriarcado. En Egipto, Creta y Licia las mujeres tenían los mismos derechos que los hombres y había marilinealidad y, en parte, matrilocalidad. Eso era menos de lo que Bachofen creía haber descubierto, pero más de lo que se sabía en su tiempo.

«Bachofen fue el primero en poner a prueba la creencia en la universalidad de la familia patriarcal, que comienza con Adán y Eva y sigue vigente en el siglo XIX como una institución. La obra de Bachofen relativizó esta perspectiva. De repente, se hablaba de dominación, algo que se podía discutir. Ahora el patriarca tenía que justificarse. Sin embargo, al mismo tiempo, Bachofen le proporcionaba al patriarcado un peligroso arsenal de armas para defenderse: desde la etiología del mito hasta la presentación de la historia de la evolución cultural como una transición de la materialidad femenina a la espiritualidad masculina, de la naturaleza a la cultura. Al patriarca se le concedía el título de "culturalmente valioso".

Por otro lado, la idea de la existencia de un matriarcado alentaba nuevamente el temprano movimiento feminista, pues ponía en cuestión otro mito peligroso: el de la superioridad natural de los hombres como el sexo fuerte.» [Wesel, 1980: 66-67]

Pero, a pesar de sus muchos y rigurosos detractores y a pesar de que la existencia de un sistema matriarcal, en el sentido etimológico del término, no ha sido probada de forma definitiva por ninguna investigación etnológica, la teoría de Bachofen siguió disfrutando de gran éxito.

El hecho, definitivamente comprobado para la inmensa mayoría de los especialistas, de la inexistencia histórica del matriarcado, no impide que la teoría en sí tenga una larga e interesante historia.

El mito del matriarcado es un mecanismo ideológico extremadamente útil cuando se trata de subrayar diferencias entre los sexos. Tan útil que a él

pueden recurrir, y de hecho recurren, tanto los teóricos de ideología más conservadora, como las teóricas más radicales del movimiento feminista.

Si para Bachofen, la etapa del matriarcado se caracteriza por su aspecto telúrico, los posteriores defensores de la existencia del matriarcado ensalzan hasta el misticismo la positividad, el potencial amoroso, del sistema materno, defendiéndolo como la antípoda del universo guerrero del patriarcalismo.

CONTINUADORES/AS DE LAS IDEAS DE BACHOFEN

Continuadores las ideas de Bachofen fueron MacLennan, Morgan, Tylor y Hartland. En el siglo XX, fueron Robert Graves y Marija Gimbutas sus continuadores más relevantes.

En 1865, cuatro años después de Bachofen, John Mc Lennan, etnólogo inglés, llega a las mismas conclusiones que Bachofen. La familia patriarcal perdía su aura de "naturalidad" originaria. Para Mc Lennan también evolucionó la humanidad o sociedad humana de un estadio de promiscuidad a uno de derecha matriarcal para terminar o desembocar en el patriarcado.

En 1877, Henry Morgan (*Ancient Society*) descubre las estructuras del parentesco entre los indios iroqueses, base de su orden anárquico. Morgan ve la evolución hacia el patriarcado en las relaciones de posesión y riquezas, el paso de comunitarismo a la propiedad privada y la herencia. De un matriarcado no habla mucho Morgan en su obra, aunque, al final, lo presupone como primer estadio.

Henry Morgan describe la matrilinearidad, la igualdad común y la democracia de las sociedades que estudia, de la que deduce al final el matriarcado solo como suposición para una fase primitiva. Las relaciones hombre-mujer, la libertad o dominio de un sexo sobre otro, no le interesaba, más bien quería ver en las sociedades iroquesas que estudió el reflejo de la Libertad, Fraternidad y Hermandad de la sociedad burguesa democrática.

Los descubrimientos de sociedades matrilineales que se hicieron posteriormente muestran que la matrilinearidad no lleva necesariamente al matriarcado, sino que tiene otras razones de existir. En estas sociedades no había dominio de la mujer, al contrario, si alguien dominaba era el hombre. Morgan comete el mismo error que Bachofen: deducir de la matrilinearidad el matriarcado, es decir, el dominio de las mujeres sobre los hombres.

Federico Engels (1820-1895) fue un filósofo, politólogo, sociólogo, antropólogo, historiador, periodista, y teórico revolucionario comunista y socialista alemán. En su *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), Engels añade a las ideas de Morgan pensamientos sobre la cuestión de la mujer, por la que Morgan no había estado interesado: "La primera represión de una clase por otra es la de la mujer por el hombre".

Engels se interesaba por el origen del Estado; mientras que Morgan veía en las sociedades gentiles una prueba de la existencia de gentes libres y de la posibilidad de vivir así. Para Engels, esos estadios son un estadio intermedio idílico de camino al gran dominador, el Estado; episodio que aprovecha para

atacar el Estado de su tiempo. Este apoyo a las tesis de Bachofen por parte de Engels no le hubiera gustado mucho a Bachofen, que tres años antes de su muerte no las llegó a conocer.

Esta curiosa trinidad emplaza el matriarcado en la literatura marxista para más de un siglo: Bachofen (un archiconservador), Morgan (un liberal burgués americano) y Engels (un socialista militante).

OTROS DEFENSORES DEL MATRIARCADO

El *Mutterrecht* de Bachofen fue uno de los libros más famosos del siglo XIX. A finales del siglo Bachofen es descubierto por el "cósmico" Ludwig Klages y Karl Wolfskehl, que lo introducen en los salones literarios y filosóficos. Poco a poco va pasando Bachofen a la literatura: Gerhart Hauptmann (1862-1946), Rainer Maria Rilke (1875-1926), Thomas Mann (1875-1955) y Walter Benjamin (1892-1940).

Los psicólogos lo vuelven a tomar: Sigmund Freud (1856-1939), sobre todo Wilhelm Reich (1897-1957), Erich Fromm (1900-1980), Max Horkheimer (1895-1973) y Georg Lukács (1885-1971), con cierta crítica izquierdista: "Engels le dio la vuelta y puso de pie la teoría místico-idealista de Bachofen".

Uno de los grandes críticos mortales de Bachofen fue Ernst Bloch (1885-1977) en su *Naturrecht und menschliche Würde* (1961). En la penúltima década del siglo XIX, algunos autores siguieron investigando y confirmando las teorías de Bachofen.

LA CONTROVERSIA SOBRE EL MATRIARCADO

En general hay rechazo a las tesis de Bachofen por parte de los historiadores del Derecho. Para los arqueólogos: de los restos arqueológicos no se puede deducir el matriarcado. Tras el descubrimiento de Çatal Hüyük en Anatolia (Turquía), el historiador Karl J. Narr se mostró más positivo (1968), pero hoy se sostiene que no se puede deducir nada del material que aportan las estatuillas, etc.

En cuanto a la etnología, de la adhesión primera se pasó al total rechazo. Con muy pocas excepciones, se mantiene la idea de que no se puede deducir matriarcado alguno de la matrilinearidad; más bien al contrario, en ella dominan a menudo los hombres. No existía una sociedad de amazonas, pero la posición de la mujer en las sociedades matrilineales es mejor a mayor, sin llegar a un nivel de matriarcado en el que las mujeres fueran socialmente dominantes. Sin embargo, la situación de la mujer en estas sociedades era muy diferente a la del patriarcado posterior.

Las ideas de Morgan, Engels y August Bebel llevaron la idea del matriarcado a la literatura marxista, en la que se hizo un tópico. A partir de los años sesenta del siglo pasado, la literatura marxista se abrió a las objeciones contra el matriarcado y algunos marxistas comenzaron a hablar solamente de matrilinearidad.

Tras el impacto de la Primera Guerra Mundial, llamada en su momento la Gran Guerra (1914-1918), muchas mujeres comenzaron a escribir sobre el tema del matriarcado: Mathilde Vaerting (1921), Bertha Eckstein-Diener (1932). También Robert Briffault (*The Mothers*, 1927). La literatura femenina de entonces (como hoy) usó el mito del matriarcado para combatir el mito de la superioridad del hombre sobre la mujer. La literatura feminista desde los años 60 del siglo XX volvió a los libros escritos por mujeres tras la Primera Guerra Mundial.

En los años 70 del siglo pasado, se publicaron obras en la misma línea que las feministas de tras la Gran Guerra: Richard Fester, Marie E. P. König, Doris F. Jonas, A. David Jonas: *Weib und Macht: Fünf Millionen Jahre Urgeschichte der Frau* (1979). Más ambiciosa es la monumental obra de Ernst Bornemann *Das Patriarchat* (1975). Bornemann pretende ponerse al frente del movimiento feminista con una obra que pretendía ser *El Capital* del feminismo y movimiento obrero, pero los datos etnológicos e históricos que aporta son muy inexactos. Marx fue más crítico, incluso frente a Bachofen.

Ya en 1949, Simone de Beauvoir había escrito: "En realidad es la Edad de Oro de la mujer solamente un mito", un mito asumido por poetas como Robert Graves y mitólogos mitómanos. Uwe Wesel: "Lo que no ven los/las que defienden el matriarcado en otro tiempo es que con ello legitiman el patriarcado actual", como rechazo de aquel dominio de las mujeres, como reacción a él.

Los griegos crearon o interpretaron muchos mitos minoicos o arcaicos para legitimar el dominio patriarcal griego de su tiempo, en el que la mujer estaba totalmente sometida al hombre y no tenía derecho alguno.

De todos modos, Bachofen fue el primero en ver que la dialéctica de los sexos y la tensión intergenérica es un elemento motor de la historia.

JOHN FERGUSON MCLENNAN (1837-1881)

McLennan publicó en 1866 el ensayo *Matrimonio primitivo*, que 1876 incluyó en *Estudios de historia antigua*. Descubrió la relación entre las familias humanas y ciertos animales específicos, así como con los ancestros: el totemismo. Acuñó también el concepto de exogamia.

Sin conocer la obra de Bachofen, llegó a conclusiones similares: la relación de la descendencia matrilineal y el matriarcado. Es la época en la que estaba de moda hablar de la Madre Tierra.

LEWIS HENRY MORGAN (1818-1881]

Autor de *Sistemas de consanguinidad y afinidad de la familia humana* (1864), Morgan es considerado como el fundador de la antropología de las relaciones de parentesco. Descubrió que las relaciones de parentesco estructuraban al grupo y servían para establecer lazos y líneas que unían a los individuos en un sistema de obligaciones recíprocas.

Sus estudios le permitieron apreciar la pauta matrilineal como regla de descendencia en los grupos de parentesco de la sociedad iroquesa. Situó dicha matrilinealidad en el pasado de la historia humana. La regla patrilineal era posterior y se había generado como fruto de la evolución histórica y social del hombre. La perspectiva de análisis antropológico de Morgan era claramente evolucionista.

Entendía el aspecto social del parentesco como un reflejo del marco biológico. De esta manera la paternidad biológica (genitor masculino, genitrix femenina) es sinónimo de paternidad social (pater masculino, mater femenina)

Prosiguió su trabajo con un estudio sobre la evolución de las sociedades humanas, plasmado en *La Sociedad Primitiva* (1877), obra en la cual distingue tres estados de evolución de la humanidad: *salvajismo*, *barbarie* y *civilización*, en esta obra cita:

«En muchas sociedades primitivas y avanzadas, las relaciones con los antepasados y los parientes han sido la clave de la estructura social, siendo los pivotes sobre los que giraban la mayoría de las interacciones, los derechos y las obligaciones, las lealtades y los sentimientos.»

Las investigaciones de Morgan tuvieron gran influencia en la teoría marxista, pues fueron tomadas por Engels como base para su texto *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*.

FRIEDRICH ENGELS (1820-1895)

La teoría del matriarcado obtuvo su mayor éxito al ser adoptada por el pensamiento marxista. En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), Friedrich Engels retoma esta teoría calificándola de «revolucionaria», pues cree que demuestra la existencia de formas de organización social y de comportamiento sexual ajenas al sistema familiar burgués. La bendición del Materialismo Histórico supuso, a su vez para la teoría del matriarcado una cómoda vía de acceso a los primeros brotes del Movimiento Feminista.

La obra de Friedrich Engels se considera un clásico de la teoría marxista. Engels conocía los escritos de J. J. Bachofen, pero siguió en su argumentación a L. H. Morgan sobre la existencia de una etapa matriarcal originaria. Engels explica la transición del matriarcado al patriarcado por la creciente división social del trabajo y la productividad laboral con la introducción de la agricultura, la ganadería y la metalurgia. Al producirse por primera vez un excedente de productos, se había incrementado la acumulación de la propiedad privada y, por lo tanto, los hombres habían tenido un incentivo para heredar sus posesiones exclusivamente a su descendencia biológica, para lo que era necesaria la determinación de la paternidad biológica. Por lo tanto, la sexualidad de las mujeres tenía que ser restringida y controlada. Su posición también se vio fortalecida por la división de género en el trabajo, que supuestamente dio a los hombres un trabajo más prestigioso. A diferencia de Bachofen, Engels criticó las consecuencias para las mujeres.

La pérdida del derecho de la madre fue la derrota mundial histórica del sexo femenino. El hombre también tomó el mando en la casa, la mujer fue degradada, esclavizada, esclava de su lujuria y mero instrumento de hacer niños. Para Engels el matriarcado fue una fase importante de la historia humana. Pero el aumento de la productividad del trabajo condujo inevitablemente a una diferencia del rango social entre hombres y mujeres, lo que dio origen al Estado y a la diferencia de clases. La igualdad de género solo se alcanzaría en el socialismo o comunismo.

Analizando el punto de vista de Bachofen, Engels concluyó en su obra mencionada que:

- el ser humano vivió originalmente en un estado de promiscuidad sexual, para describir el cual Bachofen utiliza el término erróneo de «hetairismo»;
- tal promiscuidad excluye cualquier certeza de la paternidad, y que se podría por lo tanto remontar el parentesco solamente en la línea femenina, según El matriarcado, y que era originalmente el caso éste entre todos los pueblos de la antigüedad;
- a partir de las mujeres, en tanto que madres, eran los únicos padres de la generación más joven que eran sabidos con certeza, ella llevó a cabo una posición de tal alto respeto y honor que se convirtió en la fundación, en el concepto de Bachofen, de una regla regular de las mujeres (ginecocracia);
- la transición a la monogamia, por la que la mujer pertenece a un solo hombre, implicó una violación de una ley religiosa primitiva (es decir, realmente una violación del derecho tradicional de los demás hombres a esa mujer), y para expiar esta violación o comprar la indulgencia por ello, la mujer tuvo que entregarse ella misma por un período limitado.

EL MATRIARCADO SEGÚN FRIEDRICH ENGELS Y SIGMUND FREUD

«Todas las cuestiones relacionadas con la posición y el rol de las mujeres en la sociedad, tienden a hundirse en el punto muerto de “¿cuándo comenzó todo?”. Considero que tanto “¿por qué ocurrió?” como “¿históricamente cuándo?” son preguntas falsas. Esta búsqueda de los orígenes históricos es la que desfigura la obra probablemente más influyente en este campo: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, de Engels. La preocupación de Engels por la cuestión de “cuándo comenzó todo” hace patente la inexactitud de las fuentes antropológicas de la obra.

Para Engels la mujer fue la primera esclava (dentro de la civilización) y las mujeres el primer grupo oprimido. El fin del sistema matrilineal fue la derrota histórica mundial de las mujeres: hasta entonces, la división del trabajo que Engels califica de “natural” no entrañaba la explotación. Empero, hay un aspecto de las tesis de Engels que se conjuga muy estrechamente con la hipótesis aparentemente opuesta de Freud. El matrimonio monógamo, la herencia y la primera opresión de clase coinciden, según Engels, con la civilización. El patriarcado y la historia escrita son hermanos gemelos. El matrimonio grupal que lo precede tiene lugar bajo condiciones de salvajismo,

que se emparenta con la barbarie. La libertad de las mujeres es prehistórica, pre-civilizada.

La búsqueda de los orígenes lleva a Freud a inventar el mito del padre totémico asesinado por una pandilla de hermanos celosos que después comparten equitativamente a las mujeres. Entonces para Freud la civilización es, según su propia definición, patriarcal. Aunque comparte con Engels el interés por la antropología, coloca el acento en la historia de las distintas ideologías dentro de la cultura; así su tarea consiste en explicar los cultos de las diosas en las sociedades patriarcales. La civilización de Freud no está limitada a la historia escrita y en esto habría disentido de Engels. Para Freud, la sociedad humana (cualquiera que sea su nivel cultural) es civilización. (En los tiempos de Freud estaba de modo diferencias cultura de civilización. Freud rechazó esta distinción: para él significaban lo mismo).

Parece que todas las sociedades conocidas, a pesar del sistema matrilineal, conceden a los hombres el poder de dictar las leyes. Pero Freud también concede al matriarcado un lugar "prehistórico". Según la descripción freudiana, la "derrota histórica mundial" del sexo femenino tiene lugar con el complejo de castración de la niña y su aceptación del lugar inferior y femenino que le corresponde en la sociedad patriarcal. Como Freud creía que la ontología repetía la filogenia, su reconstrucción de la situación histórica general coincidiría con la de Engels. El poder de las mujeres ("el matriarcado") es precivilizado, preedípico. Así, los análisis aparentemente más divergentes (como los de Engels y Freud) coinciden en que la *civilización* como tal es patriarcal, lo que otorga a sus exposiciones una similitud subyacente.

Empero, el énfasis de Freud sobre la ideología más que sobre la historia social, nos permite interpretar su búsqueda de los orígenes a una luz distinta. *Totem y tabú* debe leerse como mitología y no como antropología. El mito que propone Freud significa una hipótesis de la forma en que la humanidad "piensa" su historia. Freud lo ha deducido de las estructuras mentales actuales. La hipótesis de *Totem y tabú* es complementaria del mito de Edipo. [...] La fantasía infantil, los ritos tribales "primitivos", los relatos históricos "inventados", las reconstrucciones psicoanalíticas son la misma cosa: cada una es una explicación de la otra a distinto nivel. En sentido analítico, las construcciones re-cuentan los mitos esenciales del hombre.» [Mitchell, Juliet: *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing, y las mujeres*. Barcelona: Anagrama, 1976, p. 370-373]

LAS RELACIONES DE PARENTESCO Y EL TABÚ DEL INCESTO

«Lévi-Strauss ha mostrado de qué modo la familia biológica (madre, padre, hijo) *no* es la característica distintiva de las estructuras humanas de parentesco. La ley universal y primordial es aquella que regula las relaciones matrimoniales y su expresión fundamental es la prohibición del incesto. Esta prohibición obliga a una familia a darle uno de sus miembros a otra. El acto de intercambio mantiene unida a una sociedad: las reglas de parentesco *son* la sociedad. Cualquiera que sea la naturaleza de la sociedad (patriarcal,

matrilineal, patrilineal, etc.) siempre son los hombres quienes intercambian a las mujeres. [...] Lévi-Strauss sugiere que no existe ninguna razón teórica para que las mujeres no intercambien hombres, pero empíricamente esto nunca ha ocurrido en *ninguna* sociedad humana. Este hecho vuelve a advertirnos contra las reconstrucciones matriarcales utópicas.» [Mitchell, Juliet: *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing, y las mujeres*. Barcelona: Anagrama, 1976, p. 376 ss.]

Lévi-Strauss repudia el antifeminismo, pero según Juliet Mitchell no resuelve las implicaciones del problema: Si se ha demostrado empíricamente que *siempre* son los hombres quienes intercambian a las mujeres, debe existir una explicación *teórica* de por qué nunca ocurre a la inversa, aunque sea *hipotéticamente posible*. El intercambio legalmente controlado de mujeres distingue a la humanidad del resto de los primates.

«El intercambio sistemático de mujeres es definitoria de la sociedad humana. Este acto de exogamia transforma a las familias “naturales” en un sistema cultural de parentesco. Una ley que conformara simplemente esta pauta sería fútil. [...]

La profundidad subjetiva del tabú señala la necesidad social y no el rechazo biológico. Pero se trata de una necesidad social tan fundamental que la prohibición se experimenta como inmutablemente natural... excepto en el testimonio del niño edípico que apenas empieza a comprender las leyes.» [Juliet Mitchell, l. c.]

¿QUÉ DICE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA?

El proceso que describe Bachofen se parece a la evolución del ser humano hasta tener uso de razón.

La diferencia entre hombre y mujer se reduce a que solo la mujer puede ser madre (= productora de futuros productores). La prematuridad del ser humano condiciona la posición social de la madre y la necesidad de crear para el hijo (“ser prematuro”) un útero social.

La diferencia entre la socialización de la niña (que no necesita separarse de su madre, más bien identificarse con ella como futura madre) y el niño, que sufre la violencia de la irrupción paterna en el “triángulo edípico”.

Esto condiciona la economía de la sexualidad y determina el estado social de la mujer-madre. (La mujer no es solo madre, es también un “ser sexuado” que dispone de sexualidad propia.

En este útero social el ser humano se va desarrollando en varias etapas: la simbiótica con la madre (narcisismo primario), la oral (dependencia del pecho materno) en la que se crea el binomio madre (pecho) – hijo.

La anal, en la que comienzan a aparecer los límites de la ligazón a la madre: el niño prueba su independencia con el control de los esfínteres: es capaz de producir algo (la basura como regalo a la madre).

La fase edipal constituye la entrada del padre en el binomio madre-hijo ("la triangulación"), el descubrimiento de la diferencia sexual y el origen de la "tensión intergenérica". A nivel social la "tensión intergenérica" lleva a la economía de la sexualidad.

TEORÍAS DEL MATRIARCADO Y EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

Lo más importante no es dirimir si existió o no una etapa matriarcal en la evolución social de la humanidad. Para Hartmut Zinser (*Der Mythos des Mutterrechts. Verhandlung von drei aktuellen Theorien des Geschlechterkampfes*. Berlin u. a.: Ullstein, 1981) muchas de las "pruebas" que se han aducido para la existencia del matriarcado se basan en malentendidos o en construcciones exageradas sin base real.

La matrilinearidad, por ejemplo, no es sinónimo de matriarcado, sino un intento de regular ciertos conflictos sociales. Por eso, este autor toma como objeto de análisis lo que estas teorías sobre el matriarcado implican, es decir, ocultan y reprimen: la mujer como sujeto libidinal (*Triebsubjekt*) con sus propios intereses y pulsiones. La mujer es considerada solo como objeto del deseo (*Wunschobjekt*), o es reducida a su papel de madre.

La teoría de Johann Jakob Bachofen (1815-1887), basada en la filosofía clásica de la conciencia; la teoría materialista de Friedrich Engels (1820-1895), basada en la historia natural de la especie; y la teoría psicoanalítica o pulsional de Sigmund Freud (1856-1939), representada por su versión más biologista por el psicoanalista húngaro Sandor Ferenczi (1873-1933).

Estas son tres teorías tratan los conflictos y la tensión intergenérica (*Geschlechterspannung*) tomando como base de su construcción la existencia de una fase matriarcal en el origen de la sociedad. Ciertas formas de relación intergenérica no son vistas como resultado de un proceso, sino como algo predeterminado. Hartmut Zinser analiza estas teorías como síntoma del conflicto intergenérico, un síntoma que esconde algo reprimido.

El mayor disparate de estas construcciones teóricas reside en que las tres teorías, que pretenden esclarecer la situación de la mujer, se basan en ideas masculinas sobre la mujer y hablan de "matriarcado", sin considerar a la mujer como sujeto. Y no se trata de que estas ideas sobre la mujer sean puras fantasías masculinas, lo más grave es que son concepciones y actitudes históricamente heredadas y gravadas a fuego en la mente masculina, pertenecen, por tanto, a la historia real.

Jakob Bachofen (1815-1887) – el espíritu es masculino (*Geist*)

Bachofen construye el curso de la historia sobre la base de un dualismo irreconciliable de materia y espíritu, haciendo un paralelismo con las relaciones cósmicas de la Tierra, la Luna y el Sol. El proceso histórico parte de la mujer como representante de la materia y evoluciona hacia el hombre y el padre como representantes del espíritu. Cuando se alcanza el nivel del espíritu, ya no hay posibilidad de reconciliación con la materia, solo es posible la sumisión, la sujeción. Bachofen habla de destrucción (*Zertrümmerung*) y

no purificación del materialismo. La materia, personificada en la mujer, sigue estando ahí presente como algo amenazador.

Al final de la obra de Bachofen *Das Mutterrecht*, se puede leer un pasaje al que se ha prestado poca importancia porque no fue incluido en las ediciones de obras selectas del autor, que fueron las más leídas. Es un pasaje que resume el proyecto de Bachofen en una sola fórmula:

"El espiritualismo del Dios unificado y paternal se basa en la destrucción, no en el desarrollo y purificación gradual del materialismo" (*Gesammelte Werke*, Basel, 1948, (1861), vol. II, p. 926).

La paternidad garantiza el principio espiritual, el progreso y la cultura. Este principio espiritual lo ve Bachofen amenazado por los procesos sociales y las manifestaciones de autores (Emile de Girardin) que reclaman la emancipación de la mujer y la igualdad de los hijos ante la madre (*l'égalité des enfants devant la mère*).

Para Bachofen con el matriarcado (*Mutterrecht*) comienza la historia, pero como es algo que pertenece al pasado, allí hay que dejarlo. La emancipación de la mujer significaría una vuelta al pasado y, por tanto, un retroceso y no un progreso en la evolución social humana.

Para Bachofen las tres figuras femeninas que representan los tres estadios culturales del matriarcado son la hetaira o hetera (del griego ἑταῖρα hetaira: en la antigua Grecia, cortesana, a veces de elevada consideración social), la amazona (del griego Ἀμαζών Amazón, que significa 'mujer jinete muy audaz': mujer guerrera mítica del mundo antiguo) y la madre (del latín mater, mujer que ha tenido hijos). Son tres representaciones de la mujer no como sujeto activo de sus acciones: la hetaira no tiene intereses propios, está siempre a disposición de los hombres; la amazona es la mujer que infunde miedo sexual a los hombres en la que proyectan su agresión; la madre es la madre sexualmente neutralizada, desexualizada.

En estos tres tipos o modelos de mujer se pueden reconocer tres fantasías masculinas de la mujer. Se suele decir que el ideal de mujer para el español es que su mujer sea economista en la cocina, dama en el salón y seductora en la cama.

Bachofen escogió las tres figuras femeninas de la hetaira, la amazona y la madre como representantes de los tres estadios culturales del matriarcado. Estas tres figuras de mujer proceden de las relaciones patriarcales de la sociedad burguesa del siglo XIX, son, por tanto, proyecciones de los deseos y de los miedos del hombre de la sociedad del siglo XIX.

Se puede argumentar, dice Hartmut Zinser, que los conflictos que Bachofen descubre en el matriarcado son tan viejos como la mitología, en la que estos conflictos habían adquirido vigencia colectiva. No obstante, hay que tener en cuenta que el siglo XIX se diferencia de los siglos anteriores en que los conflictos de género se muestran más virulentos en forma de emancipación de la mujer. Disuelto el régimen feudal con sus tradicionales relaciones de

género, el nuevo orden social burgués buscaba una redefinición de las relaciones de género. Bachofen intentaba con su teoría del matriarcado advertir del peligro de la vuelta al materialismo femenino, en el que prima la materia, de la regresión a un nivel cultural del pasado que el espíritu de la cultura cristiano-occidental ya había superado.

Friedrich Engels (1820-1895) – el trabajo es masculino (*Arbeit*)

Según Engels no hubo opresión de las mujeres en las sociedades tempranas. La opresión vino con el desarrollo de la propiedad privada y la división de la sociedad en clases y con “la derrota histórica mundial del sexo femenino” (*der Umsturz des Mutterrechts war die weltgeschichtliche Niederlage des weiblichen Geschlechts*). Hasta esta derrota, la historia, para Engels, transcurría en forma de selección natural (*Naturzüchtung*), como proceso natural, hasta que empezaron a actuar las fuerzas sociales. Hasta el establecimiento de la propiedad privada y la institución de la monogamia, el único proceso de la familia fue la imposición de la restricción del incesto, que se impuso de modo natural y movido por un “oscuro impulso sin conciencia de un objetivo determinado”. Esta primera etapa transcurre como historia natural y no como historia social.

«Con la interpretación de esta primera parte de la historia humana como historia natural, que está esencialmente determinada por la supremacía de la mujer hasta su derrota histórica mundial y que constituye la fase matriarcal de la historia de la especie, la mujer y su trabajo son asignados al mismo tiempo al proceso natural y no al sociohistórico, que comienza con “la derrota histórica mundial del sexo femenino” y, por tanto, al mismo tiempo con la actividad del hombre. Esto también queda claro cuando Engels describe la monogamia, el primer resultado de la derrota histórica mundial de la mujer, como “la primera forma de familia que no se basó en condiciones naturales, sino económicas y sociales”. El proceso social e histórico está, pues, reservado para los hombres; las mujeres, como parte de la naturaleza, con sus demandas y necesidades, sólo pueden volver a ser ellas mismas una vez completado este proceso, con la resurrección de la naturaleza. Hasta entonces, sin embargo, la mujer queda excluida del proceso histórico como mujer.» [Hartmut Zinser, o. c., p. 42]

La base para resolver los problemas que enfrentan las mujeres en la sociedad implica, según Engels: “la transferencia de los medios de producción a la propiedad común”. De esta manera, “la familia monógama deja de ser la unidad económica de la sociedad. La administración privada se transforma en industria social. El cuidado y la educación de los niños se convierten en un asunto público; la sociedad cuida de todos los niños por igual ...” En una sociedad socialista, personal Las relaciones se liberarán de las restricciones económicas y sociales que continúan limitándolas incluso hoy. Se sentarán las bases de la verdadera liberación.

«La primera condición para la liberación de la mujer es hacer que todo el sexo femenino vuelva a la industria pública. Esto a su vez exige la abolición del

atributo de la familia monógama de ser la unidad económica de la sociedad.»
[Friedrich Engels]

Engels describe un proceso evolutivo de la sociedad primitiva utilizando la terminología del siglo XIX: salvajismo > barbarie > civilización. Hoy hablaríamos de cazadores y recolectores, forrajeros, agrícolas y sociedades urbanas. La ruptura de la "gens" comunal primitiva y el proceso hacia el auge de la propiedad privada, las clases, la familia como institución social, la opresión de las mujeres y el estado fue provocada por el desarrollo de la tecnología y las fuerzas productivas.

Engels nunca menciona el término "matriarcado". Engels, siguiendo a Morgan, no habla de matriarcado, sino que defiende que hubo un tiempo en que la descendencia matrilineal fue universal. A Engels tampoco le satisfacía el concepto de "derecho materno", pero lo aceptó en aras de la brevedad. Creía que hablar de "derecho" en esta etapa primitiva de la evolución de la sociedad tenía poco sentido.

Otro elemento que caracteriza el derecho materno en esta primera fase de la evolución social es la economía doméstica o gobierno de la casa transmitida desde épocas anteriores, el imperio de la mujer en el hogar, como es el reconocimiento exclusivo de la madre biológica cuando es imposible conocer con certeza a un padre biológico. Esto significa respecto a las mujeres, es decir, a las madres. El gobierno de la casa significa supremacía de la mujer.

En ningún lugar de su obra aclara Engels qué es lo que entiende por predominio y supremacía de la mujer. "El gobierno de la economía doméstica significa el gobierno de las mujeres en la casa". Esta economía doméstica es comunista, para varias, a menudo muchas familias. La gestión del hogar confiada a las mujeres era una industria pública y socialmente necesaria. Con el derrocamiento de los derechos maternos y la introducción de la familia unifamiliar monógama, la naturaleza del trabajo de las mujeres ha cambiado: "La gestión del hogar perdió su carácter público. Ya no era una preocupación de la sociedad y se convirtió en un servicio privado".

«La liberación de la mujer será realidad solamente cuando se logre cambiar el modo de producción. La liberación de la mujer está ligada al cambio en las relaciones de producción con "la reintroducción de todo el sexo femenino en la industria", la eliminación de la familia unifamiliar como unidad económica de la sociedad y la transformación de los hogares privados en una "industria social". En realidad, la liberación de la mujer solo puede lograrse con la transferencia de los medios de producción a la propiedad común. Así, la liberación de la mujer –su conversión en sujeto libre– está ligada al cambio en las relaciones de producción socialmente organizadas sobre las que la mujer no puede influir directamente. En la medida en que es esposa de un hombre, solo está conectada al proceso de producción social a través de él y queda subordinada a él. La mujer pierde su calidad de mujer y se convierte simplemente en trabajadora, porque para el capital el trabajo es igual para todos y el género no importa. En el proceso, como resultado del cual se supone que se convertirá en un sujeto libre, la mujer no puede ser sujeto como mujer,

no puede constituirse como sujeto mediante este proceso. Lo mismo que no fue el sujeto como mujer en la fase de "la selección natural" hasta que sobrevino la derrota histórica mundial del sexo femenino. [...]

La aplicación de las categorías político-económicas a las relaciones personales no tiene en cuenta la diferencia esencial entre las relaciones sociales mediadas por el intercambio y las relaciones personales. Por tanto, los conflictos entre los sexos deben quedar fuera, lo que Engels intenta justificar con su construcción de la prehistoria y del derecho materno, si bien admite e incluso subraya que el "primer antagonismo en la historia coincide con el antagonismo del hombre y la mujer en el matrimonio y la primera opresión con la del sexo femenino por parte del masculino".

El conflicto de género irrita a la lucha de clases, por lo que las reivindicaciones de las mujeres, siempre y cuando no participen en el proceso como trabajadoras, son relegadas a la historia anterior o en la historia posterior. La teoría político-económica, por tanto, no sabe qué hacer políticamente con este conflicto.» [Hartmut Zinser, o. c., p. 45-46 y 55]

Para Engels el matriarcado o derecho materno [*Mutterrecht*] forma parte de la historia natural humana, que será superada cuando se lleve a cabo la revolución social. La reconciliación entre el hombre y la mujer no solo es posible sino también necesaria, pero queda relegada al futuro. Entretanto, la mujer tendrá que armarse de paciencia.

Sandor Ferenczi (1873-1933) – la pulsión es masculina (*Trieb*)

La visión de Sigmund Freud está representada en su versión más biologista por el psicoanalista húngaro Sandor Ferenczi (1873-1933).

Inspirado por "Tres ensayos de teoría sexual" (1905) de Freud, en 1914, Sandor Ferenczi desarrolla una teoría onto- y filogenética de la sexualidad, no publicada hasta 1924 bajo el título: "Thálassa, una teoría de la genitalidad" (Buenos Aires: Letra Viva, 1983).

Ferenczi utiliza la antigua palabra griega Thálassa (θάλασσα) que significa 'mar' para describir un océano primordial, madre de todas las madres e incluso anterior a la vida. Thálassa es mar, es vientre materno, es coito, es indiferenciación y también resecamiento, parto y nacimiento. Es expresión simbólica de lo arcaico, su continuidad y su ruptura. La coincidencia entre coito y muerte, insinuada por Freud, es lo que Ferenczi denominó "regresión thalásica", como la regresión a lo inanimado, lugar donde la genitalidad tomaría su fuerza de atracción. Lo simbólico, en continuidad con lo biológico, conserva la huella de lo arcaico, de lo biológico.

Ferenczi parte de la idea freudiana sobre la índole conservadora de los instintos, que tienden a restablecer todo estado abandonado a causa de una perturbación exterior. Existe, en primer lugar, la tendencia conservadora de la pulsión que avanza y se nutre de lo originario perdido; y, por otro lado, la unificación de las pulsiones en la genitalidad, que Ferenczi llama anfimixis: tendencia a la unificación con el otro. La palabra "anfimixis" viene del griego

ἀμφί 'doble', 'de ambos lados', y μίξις 'mezcla'. 'unión sexual': tipo de reproducción en que se unen los núcleos de los gametos masculino y femenino.

Según Ferenczi la sexualidad es el resultado de lo que denomina las cinco grandes catástrofes, a saber: la aparición de la vida orgánica, la aparición de los organismos unicelulares, el comienzo de la reproducción sexual, el desecamiento del océano y la era glacial. Estas catástrofes de la historia de la tierra y sus efectos sobre la biología de los seres, se reviven, según el autor, en la sexualidad humana. En cada acto sexual se despliega toda la historia de los sistemas anteriores y de la transformación y evolución de esas estructuras que, en esa dialéctica de ser y devenir, le han dado origen.

«El punto de partida de las consideraciones de Ferenczi en la teoría genital es la pregunta, en su opinión desatendida en el psicoanálisis, sobre el "significado y explicación de los procesos involucrados en el coito" (*Schriften zur Psychoanalyse*, Vol. II, Frankfurt a. M., 1972, p. 321) y qué constituye la satisfacción que representa el orgasmo. El requisito previo para sus consideraciones es el carácter conservador de los instintos, ya puesto de manifiesto por Freud, cuya finalidad es restaurar un estado previamente abandonado; esta restauración es sentida entonces como satisfacción. "Desde el punto de vista del ego, la cópula es la liberación de tensiones molestas y la eliminación de productos corporales excitantes; desde el punto de vista de la libido, regresión a la situación intrauterina" (*Revista Internacional*, 1922, Vol. 8, p. 479). A lo que hay que añadir un procesamiento del "miedo que se experimentó durante el acto del parto y que habría que sentir en el regreso (fantaseado)" (II, p. 355). Por lo tanto, el "propósito del acto de la cópula no puede ser otro que un intento inicialmente torpe, luego intencionado y finalmente exitoso de devolver el ego al útero, donde aún no existía la tan penosa separación entre el ego y el entorno. [...]

No hace falta señalar que la concepción y descripción del coito y el orgasmo que hace Ferenczi son decididamente masculinos, porque la mujer no penetra en el cuerpo del hombre y ni simbólica ni realmente logra una regresión temporal al útero materno, ni tampoco, al no eyacular, se "libera" de "molestos productos de desecho" (II, p. 333).» [Hartmut Zinser, o. c., p. 72-73]

Para Ferenczi el contenido y la función de la pulsión consiste en una regresión al cuerpo materno y esta pulsión es idéntica tanto para el hombre como para la mujer. El hombre tiene la ventaja de realizar esta regresión con el órgano genital masculino o pene, mientras que la única posibilidad de regresión que le queda es la identificación con el que posee el pene, el hombre.

"Consideraciones filogenéticas nos sugirieron que en esto se repitió una fase de lucha individual entre los sexos, en la que la mujer salió perdiendo, al dejar al hombre la prerrogativa de penetrar realmente en el cuerpo de la madre, conformándose ella misma con sucedáneos imaginarios y, en particular, con albergar en su vientre al niño cuya felicidad ella comparte" (II, p. 340).

La pulsión es, pues, masculina pues solo el hombre dispone de un órgano con el que puede realizar simbólica o realmente la vuelta al útero materno o el "mar". Freud describe la "fantasía de regresar al útero materno como un sustituto del coito del impotente (inhibido por la amenaza de castración)".

«La mujer, en realidad, no tiene pulsión, la perdió esa lucha biológica primigenia que produjo los dos sexos. Lo único que le queda es la identificación con el hombre que posee el pene, fruto del útero y, como Freud le confiesa a la madre anciana, la empatía con sus hijos, es decir, la renuncia a la satisfacción real en favor de lo imaginado. Con esta teoría, la mujer se convierte en un mero objeto sexual para el hombre. [...]

Uno se pregunta qué experiencias, no mencionadas por Ferenczi, forman la base de su especulación: ¿es la imagen de una madre desexualizada creada por la mayoría de los hijos, que por lo tanto puede convertirse en la castradora, o son las formas de homosexualidad que Ferenczi trata en varios de sus escritos?» [Hartmut Zinser, o. c., p. 76]

«En algún lugar, sin embargo, tiene que aparecer la sexualidad femenina como un síntoma en estas concepciones represivas de las teorías psicoanalíticas; porque la especulación sobre la regresión al útero materno no es solo de Ferenczi y ni siquiera solo del psicoanálisis –Ferenczi es solo su representante más extremo– la regresión al útero materno es en sí misma el sustituto de la sexualidad femenina, es decir, es su concepto.

Esta sexualidad femenina arrastra a los hombres como un remolino que los traga y es sentida como una amenaza de castración, por lo que es rechazada; pero al mismo tiempo, y en forma de negación de este amenazante tirón femenino y su apropiación mediante la imagen de la regresión al útero materno, se hace aceptable para los hombres que se sienten inhibidos por la amenaza de castración.» [Hartmut Zinser, o. c., p. 78-79]

Ferenczi desplaza la actual lucha intergenérica a la historia biológica de la especie humana. La relación intergenérica es un constitutivo biológico y no resultado de un proceso social e histórico. La emancipación de la mujer es una empresa imposible.

La emancipación de la mujer y las teorías matriarcales

«Las relaciones personales no se las puede analizar con las categorías de la economía política. Sobre todo, cuando se trata de la relación madre-hijo o de otra persona tutelar en la primera infancia. A esta se vincula el mito del derecho materno, atendiendo a la realidad social, por tratarse de una relación aún no cosificada sino personal: estas teorías matriarcales hablan de *derecho materno* y no de *derecho de la mujer*, y esta denominación ya implica la reducción mítica de la mujer a su papel de madre, y es en esa medida en la que estas mismas teorías proclaman que su interés no se dirige a conseguir la emancipación de la mujer.» [Hartmut Zinser, o. c., p. 53-54]

Para estas teorías, lo masculino es el elemento esencial: el espíritu de la filosofía de la conciencia para Bachofen; el trabajo para el materialismo

histórico de Engels; rehabilitación de la pulsión y de la naturaleza animal del ser humano para Freud y el psicoanálisis.

¿Qué le queda a la mujer? Si prescindimos de su papel como madre, a la mujer se le niega el espíritu, el trabajo y el mundo libidinal (*Trieb*). Todo queda subordinado, supeditado al factor masculino. Todo intento de reconstitución de las relaciones intergenéricas es vano afán.

«Pero, ¿qué es lo que hace que las teorías del matriarcado sean tan fascinantes, a pesar y quizás incluso en contra de su interés explícito? En el siglo XIX, el matriarcado se vincula a la protesta contra el espíritu que se ha vuelto irracional, contra el trabajo desligado de la satisfacción y no orientado a las necesidades, y finalmente la promesa de felicidad: el matriarcado se convierte en una figura de reivindicación. En el siglo XX, la reivindicación, dado que es el siglo que ha perdido toda ilusión y esperanza, se convierte en la búsqueda del origen.

Es muy significativo que, tanto la reivindicación como la búsqueda del origen no estén vinculadas a la mujer, sino a la figura de la madre como garantía de una relación entre los sexos aún no alienada, sensualmente razonable y feliz. Las tres teorías del matriarcado tienen el mérito de señalar lo reprimido y sacarlo a colación –al menos en forma de negación– y deben leerse en contra de su interés explícito y en relación con el sujeto tratado.

Así, la parte reprimida de la filosofía clásica del espíritu, que defiende Bachofen, es la materia y entre la materia y el espíritu no hay posibilidad de mediación. Bachofen personifica la materia en la mujer, siguiendo la idea de la filosofía clásica y revelando así un secreto, por así decir, de esta filosofía.

Lo que queda excluido en la economía política, desde este punto de vista, es la guerra entre los sexos; y lo que se reprime en el psicoanálisis es la igualdad de género. Con los ejemplos y materiales recopilados por las diversas ciencias, así como con sus argumentaciones teóricas, no se puede probar la existencia de un matriarcado político. Hasta ahora, todas las afirmaciones sobre el matriarcado no han resistido la prueba de la historia. Más bien pueden descifrarse como proyecciones, ideas o imaginaciones que expresan deseos y miedos, así como neutralizaciones u otras estrategias de defensa por parte de los hombres.

Estas teorías del matriarcado les son de poca utilidad a las mujeres y no les pueden servir de ayuda para convertirse en sujetos libres de tomar sus propias decisiones. No obstante, las mujeres pueden aprender de estas teorías masculinas algo sobre su propia deformación y de la visión que tienen los hombres de sí mismos y de la mujer.» [Hartmut Zinser, o. c., p. 89-90]

«Emancipación es una palabra del vocabulario esclavista. Los emancipados (ya fueran esclavos, judíos, mujeres) seguían siendo inferiores ante la ley. Solo se debe usar la palabra si, al usarla, siempre se tiene en cuenta que las mujeres y los hombres tienen la misma necesidad de emancipación, tanto dueños de esclavos como esclavos al mismo tiempo, y que (un proceso

inaudito en el lenguaje del dueño de esclavos) la emancipación hoy debe significar la autoliberación. [...]

Todo intento de formular justamente la tensión de género (no solo en palabras, sino en la convivencia de la sociedad) será inadecuado mientras el principio de coeducación no se convierta de uno puramente pasivo a uno activo, y eso significa prácticamente en primer lugar: igual participación del género en las más altas funciones de la sociedad, es decir, legislativa, ejecutiva, judicial. Sin su realización, cualquier afirmación de igualdad de oportunidades, igual protección jurídica, igualdad de estatus social (y, por cierto, también la preservación de las "características especiales" de la mujer) será ilusoria.» [Klaus Heinrich: „Geschlechterspannung und Emanzipation“, in: *Das Argument*, 4. Jg. 1962, Nr. 23 (Emanzipation der Frau II), pp. 22-25]

EL "MITO CIENTÍFICO" DE SIGMUND FREUD

Freud expuso su teoría sobre la organización social y el comienzo de la cultura en tres obras: *Tótem y tabú* (1912/1913), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), y en *Moisés y la religión monoteísta* (1939). En estas tres versiones, el tratamiento que Freud hace de la mujer y de su lugar en la sociedad no cambia. La exposición más extensa del "mito científico" de Freud sobre el origen del orden social está en *Tótem y tabú* (1912/1913).

El mito freudiano sobre el origen de la sociedad y de la religión

«En tiempos primordiales, el hombre primordial vivía en pequeñas hordas, cada una bajo el imperio de un macho fuerte. Una pieza esencial de la construcción es el supuesto de que los destinos que describiremos afectaron a todos los hombres primordiales; por tanto, a todos nuestros antepasados. El macho fuerte era amo y padre de la horda entera, ilimitado en su poder, que usaba con violencia. Todas las hembras eran propiedad suya: mujeres e hijas de la horda propia, y quizás otras, robadas de hordas ajenas.

El destino de los hijos varones era duro; cuando excitaban los celos del padre eran muertos, o castrados, o expulsados. Estaban obligados a convivir en pequeñas comunidades y a procurarse mujeres por robo, con lo cual uno que otro lograba alzarse hasta una posición parecida a la del padre en la horda primordial. Por razones naturales, los hijos menores tenían una posición excepcional: protegidos por el amor de la madre, sacaban ventaja de la avanzada edad del padre y podían sustituirlo tras su muerte. Tanto de la expulsión de los hijos varones mayores como de la predilección por los menores cree uno discernir los ecos en las sagas y los cuentos tradicionales.

El siguiente paso decisivo para el cambio de esta primitiva variedad de organización «social» debe de haber sido que los hermanos expulsados, que vivían en comunidad, se conjuraran, avasallaran al padre y, según la costumbre de aquellos tiempos, se lo comiesen crudo. Vale decir, que no sólo odiaban y temían al padre, sino que lo veneraban como arquetipo, y en realidad cada uno de ellos quería ocupar su lugar.

Cabe suponer que al parricidio siguiera una larga época en que los hermanos varones lucharon entre sí por la herencia paterna, que cada uno quería ganar para sí solo. La intelección de los peligros y de lo infructuoso de estas luchas, el recuerdo de la hazaña libertadora consumada en común, y las recíprocas ligazones de sentimiento que habían nacido entre ellos durante las épocas de la expulsión, **los llevaron finalmente a unirse, a pactar una suerte de contrato social**.

Nació la primera forma de organización social con renuncia de lo pulsional reconocimiento de obligaciones mutuas, establecimiento de ciertas instituciones que se declararon inviolables (sagradas); vale decir: los comienzos de la moral y el derecho. Cada quien renunciaba al ideal de conquistar para sí la posición del padre, y a la posesión de madre y hermanas. **Así se establecieron el tabú del incesto y el mantenimiento de la exogamia**.

Buena parte de la plenipotencia vacante por la eliminación del padre pasó a las mujeres; **advino la época del matriarcado**. La memoria del padre pervivía en este período de la "liga de hermanos". Como sustituto del padre hallaron un animal fuerte –al comienzo, acaso temido también–. Puede que semejante elección nos parezca extraña, pero el abismo que el hombre estableció más tarde entre él y los animales no existía entre los primitivos ni existe tampoco entre nuestros niños, cuyas zoofobias hemos podido discernir como angustia frente al padre.

En el **vínculo con el animal totémico** se conservaba íntegra la originaria ambivalencia de la relación de sentimientos con el padre. Por un lado, el tótem era considerado el ancestro carnal y el espíritu protector del clan, se lo debía honrar y respetar; por otro lado, se instituyó un día festivo en que le deparaban el destino que había hallado el padre primordial. Era asesinado en común por todos los camaradas, y devorado (**banquete totémico**, según Robertson Smith). Esta gran fiesta era en realidad una celebración del triunfo de los hijos varones, coligados, sobre el padre.

¿Qué se hizo de la religión en esta trama? Opino que tenemos pleno derecho a discernir en el totemismo su **veneración de un sustituto del padre**, la ambivalencia testimoniada por el banquete totémico, la institución de la fiesta conmemorativa y de prohibiciones cuya violación se castiga con la muerte; estamos autorizados a discernir en el totemismo, digo, la primera forma en que se manifiesta la religión dentro de la historia humana, así como a comprobar que desde el comienzo mismo la religión se enlaza con configuraciones sociales y obligaciones morales.

Aquí sólo podemos ofrecer el más sumario panorama sobre los ulteriores desarrollos de la religión. Sin duda, fueron paralelos a los progresos culturales del género humano y a las alteraciones en la configuración de las comunidades. **El progreso que sigue al totemismo es la humanización del ser a quien se venera. Los animales son remplazados por dioses humanos** cuyo origen en el tótem no se oculta. Unas veces el dios es figurado todavía como un animal o, al menos, con rostro zoomorfo; otras, el tótem se convierte en

el compañero predilecto del dios, inseparable de él; y otras, aún, en la saga el dios mata a ese mismo animal, pese a que este era su estadio anterior.

En un punto de este desarrollo, que todavía no podemos situar con exactitud, **aparecen grandes deidades maternas**, es probable que, con anterioridad a los dioses masculinos, y luego se mantienen largo tiempo junto a estos últimos.

Entretanto, se ha consumado una gran subversión social. **El derecho materno fue relevado por un régimen patriarcal restablecido**. Empero, los nuevos padres nunca alcanzaron la omnipotencia del padre primordial; ellos eran muchos, convivían en asociaciones mayores que la antigua horda, tenían que tolerarse entre sí, permanecían limitados por estatutos sociales.

Probablemente **las deidades maternas** nacieron en los tiempos iniciales de la limitación del matriarcado, como una compensación para las madres relegadas. **Las divinidades masculinas aparecen primero como hijos varones junto a la Gran Madre**, y sólo después cobran los rasgos nítidos de figuras paternas. Estos **dioses masculinos del politeísmo** reflejan las constelaciones de la época patriarcal. Son numerosos, se marcan límites unos a otros, en ocasiones se subordinan a un dios superior.

Y bien; el paso siguiente nos lleva al tema que aquí nos ocupa, el retorno de **un dios-padre único**, que gobierna sin limitación alguna.

Hay que admitirlo: este panorama histórico-conjetural (*historisch*) es incompleto, tiene lagunas y es en muchos puntos incierto. Pero quien pretendiera declarar puramente fantástica nuestra construcción del acontecer histórico primordial (*Urgeschichte*) incurriría en una enojosa subestimación de la riqueza y la fuerza probatoria del material que la integra. Grandes fragmentos del pasado que aquí enlazamos en un todo han sido atestiguados por la ciencia histórica: el totemismo, las ligas de varones.

Numerosos relictos del tiempo primordial olvidado se conservan en las sagas y cuentos tradicionales de los pueblos, y el estudio analítico de la vida anímica infantil nos ha brindado, con una riqueza inesperada, material para llenar las lagunas de nuestro conocimiento sobre los tiempos primordiales.

Como unas contribuciones a la inteligencia del tan sustantivo comportamiento hacia el padre, no me hace falta más que mencionar las zoofobias, el miedo – que nos produce tan extraña impresión – de ser devorado por el padre, y la enorme intensidad de la angustia de castración. No; en nuestra construcción nada hay de invención libre, nada que no pueda apoyarse en sólidas bases. Si se toma nuestra exposición del acontecer histórico-primordial como creíble en su conjunto, se discierne en las doctrinas y ritos religiosos dos órdenes de elementos: por un lado, fijaciones a la antigua historia familiar y supervivencias de ella; por el otro, restauraciones del pasado, retornos de lo olvidado tras largos intervalos. Este último componente ha sido el omitido hasta hoy, y por eso no se lo comprendió; aquí, al menos, se lo demostrará con un impresionante ejemplo.» [Sigmund Freud: *Moisés y la religión monoteísta* (1939), en: *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1980, p. 78 ss.]

La mayor parte de la concepción expuesta en *Moisés y la religión monoteísta*, de 1939, es examinada con mucho más detalle en el cuarto ensayo de *Tótem y tabú* (1912-1913), aunque tal vez sea este el lugar en el que Freud presta más atención a las deidades maternas. En la versión de *Tótem y tabú*, Freud insinúa una fase de homosexualidad entre los hombres en la época del destierro. Y, para sorpresa del lector, continúa sin preparación previa con la alusión al *derecho materno* de Bachofen. Y uno se pregunta a qué viene aquí el derecho materno.

«La necesidad sexual no une a los varones, sino que provoca desavenencias entre ellos. Si los hermanos se habían unido para avasallar al padre, ellos eran rivales entre sí respecto de las mujeres. Cada uno habría querido tenerlas todas para sí, como el padre, y en la lucha de todos contra todos se habría ido a pique la nueva organización. Ya no existía ningún hiperpoderoso que pudiera asumir con éxito el papel del padre. Por eso a los hermanos, si querían vivir juntos, no les quedó otra alternativa que erigir –acaso tras superar graves querellas– *la prohibición del incesto*, con la cual todos al mismo tiempo renunciaban a las mujeres por ellos anheladas y por causa de las cuales, sobre todo, habían eliminado al padre. Así salvaron la organización que los había hecho fuertes y *que podía descansar sobre sentimientos y quehaceres homosexuales, tal vez establecidos entre ellos en la época del destierro*. Además, quizá fue esta situación la que constituyó el germen de *las instituciones del derecho materno* [*Mutterrecht*], descubiertas por Bachofen [1861], *hasta que fue relevado por el régimen de la familia patriarcal*.» [Sigmund Freud: *Tótem y tabú* (1913), en: *Obras Completas*, vol. XIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1980, p. 146]

En las tres versiones de su *mito científico*, al primer periodo de la horda primordial sigue siempre un periodo caracterizado por Freud como “la institución del derecho materno” (*Tótem y tabú*), “el periodo del matriarcado” (*Moisés y la religión monoteísta*) o “las prerrogativas del gobierno de las mujeres” (*Psicología de las masas y análisis del yo*).

«Qué significa el derecho materno, el matriarcado o incluso el dominio de la mujer establecido en la época de la desaparición del padre, qué relación existía entre los sexos y, sobre todo, qué significa el dominio de la mujer o la “perfección del poder” transferida a la mujer mediante la eliminación del padre (*Moisés y la religión monoteísta*), todo esto no queda claro. Freud ni siquiera plantea la pregunta de por qué el gobierno y el poder pasó a las mujeres tras la destitución del padre; Freud introduce de repente, y sin preparación previa, esta etapa de transición en la que el gobierno y el poder pasa a manos d las mujeres. Todo esto tiene un carácter arbitrario e infundado dentro de la construcción freudiana.

De forma un poco lapidaria y de cuento de hadas, y apuntando por tanto a algo reprimido, dice Freud en la última versión: “Llegó la época del matriarcado” (*Moisés y la religiosa monoteísta*). Solo nos enteramos de que, tras la restauración del “orden patriarcal” con un “hombre como cabeza de familia” (*Psicología de las masas y análisis del yo*), y como acto de reparación para “compensar a las madres desplazadas” (*Moisés y la religión monoteísta*)

fueron instaladas y reconocidas por el hombre las diosas madres o divinidades maternas. Según esta consideración, las divinidades maternas serían al mismo tiempo las primeras deidades personales y antropomórficas, porque el tótem que las precede es impersonal y mayoritariamente animal.

Esa formación sustitutiva o sucedáneo (*Ersatzbildung*) y ese acto de reparación (*Wiedergutmachung*) que introduce Freud en su teoría sobre los inicios de la cultura humana permite a la mujer ocupar una posición cada vez más fuerte e importante, porque una "compensación" tan esencial como la elevación a la divinidad, que significa, al mismo tiempo, el establecimiento de la concepción personal de Dios en general, muestra la importancia de lo que exige una reparación y compensación, es decir, de lo que ha sido reprimido o suprimido en esa teoría.» [Hartmut Zinser, o. c., p. 64-65]

En todo este "mito científico" freudiano, no aparece la relación entre los dos sexos o géneros, solo la relación de los hijos con el padre. Los hermanos dan muerte al padre. Tras la desaparición del padre primigenio, se forman dos grupos: los hermanos forman una "fratría", por un lado, y las mujeres, se supone que forman el otro grupo. Qué papel han jugado las madres y las hijas en esta revuelta de los hijos contra el padre es algo que queda en la oscuridad. Parece que Freud no sabe dónde colocar a la mujer.

«En *Tótem y tabú*, Freud había escrito que no sabía cómo indicar el "lugar de las grandes diosas madres" en este desarrollo. Aquí fue Freud más claro y correcto, porque la construcción freudiana de la primera historia humana la concibe como una lucha de los hombres por la posesión de las mujeres; en esta construcción no hay cabida para un derecho materno (*Mutterrecht*). Esto presupone de alguna manera que las mujeres mismas se son o alguna vez fueron sujetos en esta historia. La comunicación de Freud de que no sabía cómo indicar el "lugar de las grandes diosas madres" se refiere, por tanto, no sólo a las deidades sino a las propias mujeres: en la medida en la que las mujeres son sujetos activos, Freud no sabe dónde ponerlas en la historia humana.

La construcción de Bachofen es completamente diferente en este sentido: allí la historia se entiende como una lucha entre los sexos [conflicto de género] y, en la medida en que los dioses reflejan la realidad humana, tiene este conflicto una posición necesaria y clara bajo estas poderosas diosas madres.

El psicoanálisis no ha evidenciado hasta ahora ninguna instancia psicológica comparable al superyó (sucesor del complejo de Edipo o la lucha de las hordas primitivas) y ningún mecanismo psicológico como consecuencia de este paso de la ley materna a la ley paterna. No se puede imaginar que un cambio tan drástico como el derrocamiento del derecho materno no hubiera dejado ningún rastro en la constitución social de la psique a través de la familia. En Freud solo leemos lo que Bachofen había dicho antes que él, que el cambio de la madre al padre significa una "victoria de la espiritualidad sobre la sensualidad".» [Hartmut Zinser, l. c.]

«Bajo el influjo de factores externos aconteció que el régimen de la sociedad matriarcal fue relevado por el patriarcal, a lo cual se conectaba, desde luego,

un trastrueque de las relaciones jurídicas que imperaban hasta entonces. Se cree registrar todavía el eco de esta revolución en la *Orestíada*, de Esquilo. Ahora bien, esta vuelta de la madre al padre define además un triunfo de la espiritualidad sobre la sensualidad, o sea, un progreso de la cultura, pues la maternidad es demostrada por el testimonio de los sentidos, mientras que la paternidad es un supuesto edificado sobre un razonamiento y sobre una premisa. La toma de partido que eleva el proceso del pensar por encima de la percepción sensible se acredita como un paso grávido en consecuencias.

En algún momento entre los dos sucesos antes mencionados ocurrió otro que muestra el mayor parentesco con el indagado por nosotros en la historia de la religión. El ser humano se vio movido a reconocer dondequiera unos poderes «espirituales», es decir, que no se podían aprehender con los sentidos (en particular la vista), no obstante lo cual exteriorizaban efectos indudables, y aun hiperintensos. Si nos es lícito confiar en el testimonio del lenguaje, fue el aire en movimiento lo que proporcionó el modelo de la espiritualidad, pues el espíritu toma prestado su nombre del soplo de viento (animus, spiritus; en hebreo: רוח, ruah, 'soplo'). Ello implicaba el descubrimiento del alma como el principio espiritual en el individuo. La observación reencontró el aire en movimiento en la respiración del hombre, que cesaba con la muerte; todavía hoy el moribundo «espira su alma».

Así pues, se inauguraba para el ser humano el reino de los espíritus; estaba pronto a atribuir a todo lo otro en la naturaleza el alma que había descubierto dentro de sí. Fue animado el universo entero, y la ciencia, que advino tanto tiempo después, harto trabajo tuvo para volver a desanimar una parte del universo, y ni siquiera hoy ha llevado a su término esa tarea.

En virtud de la prohibición mosaica, Dios fue enaltecido a un estadio superior de la espiritualidad; así se inauguraba el camino para ulteriores cambios en la representación de Dios. Todos estos progresos en la espiritualidad tienen por resultado acrecentar el sentimiento de sí de la persona, volverla orgullosa, haciéndola sentirse superior a otros que permanecen cautivos de la sensualidad. Sabemos que Moisés había transmitido a los judíos el sentimiento arrogante de ser un pueblo elegido; en virtud de la desmaterialización de Dios se agregó una nueva y valiosa pieza al tesoro secreto del pueblo.

Los judíos conservaron la orientación hacia intereses espirituales; el infortunio político de la nación les enseñó a estimar en todo su valor el único patrimonio que les había quedado: su escritura. Inmediatamente después de la destrucción del templo de Jerusalén por Tito, el rabino Johanán ben Zakkai obtuvo el permiso para inaugurar la primera escuela de la Tora en Iabne.

En lo sucesivo fueron la Sagrada Escritura y el empeño espiritual en torno de ella lo que mantuvo cohesionado al pueblo disperso.» [Sigmund Freud: "Moisés y la religión monoteísta", en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XXIII, p. 110-111]

Para Freud la libido es "esencialmente de naturaleza masculina". Esto parece contradecir el hecho de que todo el material sobre el que Freud construyó su

teoría procede de la observación y tratamiento, sobre todo, de la mujer histérica, cuyos síntomas Freud califica como “*la práctica sexual de los enfermos*” (die Sexualbetätigung der Kranken), “los síntomas son un sustituto de aspiraciones que toman su fuerza de la fuente de la pulsión sexual”.

Freud nunca llegó a aclarar esta contradicción entre el material sobre el que basa su teoría, que no es otro que el análisis de los síntomas histéricos, y la concepción de la pulsión como masculina.

En la construcción freudiana de la organización social, de la moral y de la religión, y con ello el comienzo de la cultura, no aparece la mujer como sujeto, sino como premio en la competición de los hombres entre sí, es decir, de la lucha de los hijos con el padre por la posesión de las mujeres.

La mujer queda así reducida a pura espectadora que no tiene intereses libidinales propios que defender. En su *mito científico* Freud solo le tiene destinado a la mujer el amor al hijo menor, que, a la vejez del padre, puede disfrutar de la protección de la madre y luego heredar al padre.

¿En la especie humana existe el hombre o la mujer alfa?

«Una cosa es copular y sembrar el semen, y otra ser padre. En la biología evolutiva, lo que importa no es el número de hijos, sino el de nietos, porque si no cuidas a tus hijos y no se reproducen, ahí se acaba tu estirpe y desaparecen tus genes.

En la Prehistoria, el más exitoso no sería tener muchos hijos, sino ser buen padre y buena madre y llegar a abuelos. Y no puedes ser un buen padre de cientos de hijos.» [Juan Luis Arsuaga]

SOBRE LA (NO) EXISTENCIA DEL MATRIARCADO

Un matriarcado el revés del patriarcado, así como el feminismo no es lo contrario al machismo. El matriarcado no es una sociedad en la cual el poder y los recursos se encuentran en manos de las mujeres.

Muchos investigadores están de acuerdo en que, en la evolución de las sociedades humanas, el patriarcado estuvo precedido por clanes matrilineales, en los que sólo la madre podía reconocer a su propia progenie y en los que las relaciones de género eran relativamente igualitarias. Podrían ser sociedades donde las mujeres y los hombres tenían funciones y derechos separados y socialmente establecidos, pero igualmente respetados. Pero este sistema de convivencia no implica de ningún modo un sistema social matriarcal en el que las mujeres dominaran o explotaran a los hombres.

«El matriarcado es un mito, si entendemos como matriarcado el reverso o polo opuesto del patriarcado. Nunca ha existido una sociedad en la que las mujeres oprimiesen a los hombres. Lo que sí que hubo, y todavía hay, son sociedades en las cuales el género no constituye un elemento estratégico en la arquitectura social» [Joan Manuel Cabezas López, antropólogo]. La mayoría de los expertos están de acuerdo en que el sistema patriarcal de ninguna manera se basa en hechos biológicos. «No considero plausible, ni tan siquiera

como simple conjetura, que la biología o la genética expliquen ninguna conducta humana». El antropólogo sostiene convencido que «la agresividad no es de origen genético, sino cultural» [íd.].

«Como sistema de subordinación que es, el patriarcado tiene que ver con la organización social de la sexualidad y de la reproducción, y no con supuestos biológicos y naturalistas que nos podrían llevar a entender que la subordinación de las mujeres es algo inevitable» [Elena Hernández Corrochano].

«Diversas antropólogas feministas han constatado que, en algunas sociedades de tecnología simple, la diferencia sexual no lleva consigo situaciones de dominio ni de explotación. Todo lo contrario, tanto los trabajos realizados por hombres como por las mujeres son considerados indispensables, e incluso se valoran como complementarios.

Muchas autoras y muchos autores sostienen como probable que, durante el 95% de su historia, los representantes del género *Homo sapiens* vivieron en grupos colectivos en los que disfrutaban de una relativa igualdad entre los sexos. La situación de sometimiento de las mujeres sería un constructo social, un enfoque que es producto de la organización de las sociedades resultantes del paso de la vida nómada a la sedentaria» [Carolina Martínez Pulido]

Robert Briffault (*Las madres - la mujer desde el matriarcado hasta la sociedad moderna*. Barcelona: Ediciones La Llave, 2001) fue el primero en darse cuenta de que el concepto de «matriarcado» esconde una gran complejidad. Aunque hayan existido gobiernos de mujeres, hoy sabemos que en las culturas donde predomina su influencia no hay que buscar un mando de la mujer, sino la prevalencia de valores femeninos como la colaboración, la maternidad y los vínculos afectivos. Mandar es un valor masculino, y allí donde domina la mujer no prima esta autoridad individual, sino la autoridad tribal colectiva que propicia la vida y la fertilidad en vez de la guerra, la muerte y otros valores propios del ideal heroico patriarcal.

«Al fin y al cabo, no se trata de ginecocracias, porque las mujeres no ostentan la autoridad política, sólo la familiar. A nivel político, delegan en un hombre. ¿Entonces, existe el matriarcado?

«Lo que existe en occidente es un mito sobre el matriarcado, fruto de la burguesía occidental europea, y cuyo principal ideólogo fue el jurista y antropólogo suizo Johann Jakob Bachofen (1815-1887), con la publicación en 1861 del libro *El Derecho de la Madre*. Según Bachofen, en los inicios de los tiempos hubo una época de gran tiranía sexual de los hombres, el 'Hetairismo', que causó que algunas mujeres se rebelaran y sometieran a los hombres, estableciendo la familia y los obligaban a casarse. Así surgió el mito del matriarcado en el que se relaciona a las mujeres con la sociedad salvaje y primitiva, con la naturaleza, y que se contrapone al patriarcado que se asocia a la sociedad civilizada, política, industrial. Este mito también sirve como argumento para la dominación de los 'salvajes' de los pueblos que se estaban colonizando» [Joan Manuel Cabezas, antropólogo].

«En general, se entiende por matriarcado a las sociedades donde un grupo de mujeres tiene en sus manos el poder político, económico o religioso. La existencia de comunidades de este tipo a lo largo de la historia de la humanidad ha sido, y sigue siendo, un asunto muy controvertido.

La mayor parte de los especialistas alega que no existe ninguna evidencia arqueológica ni etnográfica que permita afirmar que las mujeres dominaran y explotaran a los hombres en alguna sociedad del pasado. El que se hayan descrito religiones donde aparecen diosas, insiste la mayor parte de los especialistas, no evidencia automáticamente una dominancia femenina.

De hecho, las múltiples investigaciones emprendidas hasta ahora no han podido demostrar que en la historia de la humanidad hayan existido sociedades matriarcales como si fueran una imagen de contrapunto a las patriarcales. Recordemos que por patriarcado se entiende una forma de organización social en la que los hombres ejercen la autoridad en todos los ámbitos; dominan a las mujeres y se aseguran la transmisión del poder y la herencia por línea masculina. Se conocen numerosas sociedades patriarcales, tanto actuales como del pasado, aunque el grado de desigualdades entre los sexos es muy variable.

En suma, actualmente un colectivo apreciable de expertos considera que la palabra matriarcado sólo podría usarse con propiedad para definir una comunidad en la que las mujeres dominan y exploten a los hombres, pero no cuando pueden compartir con ellos el poder. Y no existen evidencias sólidas sobre una sociedad en la que una jerarquía femenina controle todos los aspectos de las vidas y actividades de los hombres. Por esta razón, el término matriarcado como descripción de las culturas prehistóricas es mayoritariamente rechazado.

Las estatuillas paleolíticas o algunas pinturas descubiertas en las cuevas donde los abundan símbolos femeninos, podrían ser un valioso testimonio de que en aquellas sociedades se rendían honores a las mujeres y a sus actividades. Las interpretaciones más recientes reflejan que las mujeres en el Paleolítico eran importantes y que probablemente ocupaban una posición medular en sus tribus o clanes. Pretender relegar esa centralidad hasta hacerla invisible, no cuenta con el apoyo de los datos empíricos actuales.

En coherencia, no podemos interpretar el comportamiento humano basándonos en conductas seguidas en los últimos diez mil años, sólo porque de esta época tenemos datos fiables y de los tiempos restantes la información se vuelve más y más borrosa a medida que se adentra en el pasado» [Carolina Martínez Pulido, bióloga: "El matriarcado: una apasionante controversia" – 14-10-2015, en

<https://mujeresconciencia.com/mujeres-con-ciencia/>].

En ningún momento defensores de la existencia de un matriarcado en tiempos antiguos han dado una definición del matriarcado similar a la de patriarcado. En muchos casos la voz matriarcado ha sido usada para hacer referencia a la matrilinealidad, a la matrilocalidad o al sistema de herencia.

Bachofen no fue el "inventor" del matriarcado, pues ya los historiadores griegos habían hablado ampliamente de sociedades gobernadas y compuestas únicamente por mujeres. Como, por ejemplo, las míticas amazonas descritas en los relatos de Hecateo de Mileto, Herodoto y Jenofonte, ya desde el siglo V y VI a. C. Pero entre los griegos, estos mitos tenían la función de justificar la mala situación social de la mujer en Grecia.

Como dice Cynthia Eller (*The Myth of Matriarchal Prehistory: Why An Invented Past Will Not Give Women a Future*) la existencia del matriarcado en épocas remotas ha sido un mito construido sobre una selección sesgada de los hallazgos arqueológicos, un mito que para muchas mujeres puede resultar reconfortante, pero en el que no se puede basar un movimiento social de transformación de las actuales relaciones asimétricas de género. Más bien al contrario, este mito justifica y perpetúa el estereotipo de feminidad que sirvió de justificación al papel dominante masculino.

«Planteando que las virtudes positivas de la maternidad se identifican con lo femenino y este con la benevolencia, el altruismo, la generosidad y la armonía con la naturaleza, oculta las diferencias reales que existen entre las mujeres y las posibilidades de lograr una autonomía genuina. Eller cree que si nuestros esfuerzos sólo se limitan a construirnos un pasado glorioso basado en la fantasía del matriarcado eso nos desviará de lo que debe ser nuestra meta: la transformación genuina de las relaciones asimétricas que las mujeres padecemos hoy. Si continuamos inventando historias sobre el pasado glorioso que disfrutamos en la antigüedad, nadie resultará beneficiado, ni el avance de la investigación arqueológica, ni nuestros deseos de modificar el estado actual de subordinación femenina.

Entonces, puede ser que el continuar creyendo que entre los pueblos ágrafos hubo una adoración ferviente a una poderosa Diosa Madre, que las mujeres éramos figuras centrales en las sociedades de la antigüedad y que esas civilizaciones se caracterizaron por la igualdad entre los géneros, la cooperación entre los grupos y la armonía con la naturaleza, resulte particularmente reconfortante para algunas personas, resulta claro que una interpretación tan superficial del registro arqueológico, un examen tan ingenuo de las leyendas y narraciones míticas, y una lectura tan estereotipada de los atributos de los géneros, sólo contribuye a tener más de lo mismo; es decir, no nos conduce a las transformaciones sociales que deseamos: la equidad de género entre otras.» [María Rodríguez-Shadow / Lidia Campos Rodríguez: "El debate sobre la existencia del matriarcado en la prehistoria", *VII Coloquio Interno de Arqueología*, ENAH, marzo 21, 09]

MATRIARCADO, MATRILINEALIDAD Y MATRILOCALIDAD

En las sociedades matrilineales, las familias se continúan por el lado de la madre, por lo que los hombres siguen viviendo en el núcleo familiar de su madre. De esta manera, la herencia se transmite de madre a hija, los hijos pertenecen al grupo de su madre, pero no transmiten relación de parentesco ni herencia con sus respectivos hijos. La característica principal de las

sociedades matrilocales es que la convivencia post-matrimonial se mantiene en el núcleo familiar de la madre.

Es muy importante distinguir el matriarcado del matrilineaje, que es una cuestión diferente. En algunas sociedades el prestigio social y la adscripción de bienes y posesiones se recibe por vía materna, más que por vía paterna. Eso en general implica que en algunas sociedades son las mujeres quienes heredan las tierras familiares y no los hombres. Aunque en muchas sociedades matrilineales las mujeres tienen un poder decisorio sobre asuntos familiares razonablemente importantes.

La posición social viene de la madre más que del padre y las familias extensas y las alianzas tribales se establezcan sobre líneas sanguíneas femeninas. Aun así, en algunos pocos casos, los hombres tienen más autoridad formal que las mujeres, siendo quien la ostenta el hermano de la cabeza de familia más que el marido de la cabeza de familia.

De hecho, algunas pocas sociedades matrilineales son avunculocales, lo cual significa que los hijos de la cabeza de familia están sometidos a la autoridad del tío materno, más que del padre.

El matriarcado es una acepción diferente a la de matrilocidad, usado por algunos antropólogos para describir sociedades en donde la autoridad maternal se basa en relaciones domésticas, debiéndole al esposo unirse a la familia de la esposa, en lugar de que la esposa se mude a la villa o tribu del esposo, así, ella es mantenida por su familia extendida, y el esposo tiende a estar socialmente aislado. Otros pasos coadyuvantes son la matrifocalidad y la poliandria.

Así, el matriarcado es una combinación de estos factores: matrilinealidad y matrilocidad. Pero lo más importante es el hecho de que la mujer está a cargo de la distribución de los bienes para el clan y, especialmente, de las fuentes de nutrición, campo y comida. Esta característica hace que todos los miembros del clan dependan más de la matrilinealidad y matrilocidad, y esto le otorga a la mujer una fuerte posición en las sociedades que hoy son consideradas matriarcales.

La antropóloga Peggy Reeves Sanday prefiere restringir el uso del término matriarcado para referirse a culturas como la Minangkabau en Indonesia.

LA VENERACIÓN A LA VIRGEN Y EL "MATRIARCADO"

Según Bachofen, el derecho materno se vincula con la veneración a la Virgen María y a través de esta, a la madre primordial, la Gran Diosa.

En España, con innegable tradición machista, hay cientos de vírgenes, de advocaciones, de lugares dedicados a la Virgen. Si, tras una catástrofe natural, quedara destruido el país, los futuros arqueólogos encontrarían cientos de imágenes de la Virgen y deducirían que en la antigua Península Ibérica la forma social era el "matriarcado".

Karl Jung menciona cierta anécdota sobre un pielroja que tras visitar Gran Bretaña comentaba a sus amigos indios que los ingleses adoraban a los animales, puesto que en las catedrales aparecían representados leones, bueyes y águilas. Ignoraba que se trataba de los símbolos de los apóstoles.

La abundancia de estatuillas paleolíticas o de símbolos femeninos en las pinturas rupestres del Paleolítico son un testimonio de la importancia que se concedía a la mujer por su papel de madre dadora de la vida y como garantizadora de la pervivencia del grupo social.

En el mundo mediterráneo encontramos, a partir del Neolítico, abundantes testimonios de la existencia de la figura de la Magna Mater o Gran Madre. Nos podemos imaginar que se la veneraba, lo mismo que en España a la Virgen María. Pero la Virgen en el catolicismo es venerada por ser “madre de Dios”.

No sabemos si en el mundo mediterráneo, por ejemplo, en Creta, la Gran Madre tenía la categoría de diosa o si lo tenía en el mismo sentido que hoy damos al término. Lo que sabemos es que el toro, como astado y símbolo de las fases de la luna y de la regeneración de la vida, siguió siendo asociado en Creta a esta “diosa” y a la fecundación (ver el salto cretense sobre el toro).

No tenemos pruebas de que la sociedad cretense estuviera gobernada por las mujeres, al contrario, en los palacios gobernaban los hombres, que eran los que hacían el comercio, dominaban la navegación y traían la riqueza a la isla. Los cretenses podrían haber venerado a la Gran Diosa Madre, lo mismo que en España y en el ámbito católico se venera a la Virgen (sentada en un trono y con el hijo en el regazo).

¿Cuántos santuarios marianos hay en España?

Por cada uno dedicado a Jesús, hay tres a María. Salvador Batalla Gardella, en su obra *Santuarios, guía de turismo y peregrinación* (Madrid: Edicel, 2002) asegura que «según las fuentes consultadas podríamos reconocer más de 12.300 santuarios y ermitas».

Los dedicados a Nuestro Señor son al menos 1.200 (el 10%), los dedicados a la Virgen María o a alguna advocación mariana son 4.300 (35%); dedicados a los santos y las santas, 6.800 (55%)». Puesto que en España hay casi 23.000 parroquias, se puede señalar que por cada dos parroquias hay un santuario.

Los más importantes santuarios dedicados a la Virgen en España:

- Real Monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres, Extremadura)
- Basílica de La Macarena (Sevilla, Andalucía)
- Catedral-Basílica de Nuestra Señora del Pilar (Zaragoza, Aragón)
- Ermita del Rocío (Huelva, Andalucía)
- Basílica de Santa María la Real de Covadonga (Cangas de Onís, Asturias)
- Basílica de Nuestra Señora de los Desamparados (Valencia, Comunidad Valenciana)

- Monasterio de Montserrat (Barcelona, Cataluña), donde se venera a "La Moreneta", la Virgen de Montserrat, patrona de Cataluña.
- Basílica de Nuestra Señora de la Candelaria (Tenerife, Canarias)

EL MITO DEL MATRIARCADO - JUSTIFICACIÓN DEL PATRIARCADO

Esquilo sabía muy bien que la opresión de las mujeres era el vínculo indisoluble de la democracia ateniense, el elemento vivo de su derecho. Por eso apela a la unidad de los partidos en pugna a la solidaridad entre los hombres: todos somos atenienses, todos somos hombres.

«La opresión de las mujeres no tenía precedentes en los tiempos antiguos, especialmente en Atenas. En el momento de Homero, las mujeres estaban mejor. Involucradas en la solidaridad de la sociedad gentilicia, mujeres y hombres vivían bajo el viejo techo de una antigua igualdad que todavía ofrecía cierta libertad para las mujeres. Esto cambió con el desarrollo de la democracia. La democracia griega surgió como consecuencia política de un cambio en las tácticas militares. Cuando los nobles renunciaron a luchar en solitario, las batallas se decidieron en la lucha de ejércitos de masas, la unión de todos los hombres adultos en la falange de hoplitas (soldados de infantería pesada).» [Wesel, Uwe: *Der Mythos vom Matriarchat. Über Bachofens Mutterrecht und die Stellung von Frauen in frühen Gesellschaften*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft 333, 1980, p. 60 ss]

Los hoplitas eran ciudadanos propietarios de pequeños terrenos agrícolas que, para defender su ciudad y sus posesiones, ellos se encargaban de agenciar su propia armadura para afiliarse al ejército. Su formación en falange permitía que la unión de todos ellos fuera una perfecta arma para la guerra. Sus apretadas filas establecían un muro de escudos altos y las lanzas de las tres primeras filas los hacían imbatibles frente a la caballería enemiga. El código agrario no permitía las gestas individuales fuera de las filas de la falange. A diferencia de los hoplitas, los espartanos eran soldados profesionales a tiempo parcial. Recibía desde su niñez un entrenamiento brutal, que rozaba la crueldad. Tras la Guerra del Peloponeso, empezaron a surgir soldados profesionales y los hoplitas se convirtieron en la fuerza mercenaria más demandada.

«De esta falange de hoplitas saldrá la asamblea popular.

En esta asamblea popular la mujer no tiene ni voz ni voto, es social y jurídicamente una persona de segunda clase, sobre todo en Atenas. Aristóteles, en su *Política*, odio a esta situación social de la mujer carácter científico al sistematizarla así: "El esclavo no tiene una voluntad propia relevante. La mujer la tiene, pero es ineficaz. El niño también la tiene, pero es imperfecta". [...]

El mundo de la mujer era la casa, los niños, las tareas domésticas y el telar. Los hombres eran conscientes del problema. Hubo quejas por parte de las mujeres. Se discutió, sin que nadie pueda hablar de un movimiento de emancipación. Era necesario encontrar una justificación para la opresión de

las mujeres. Y se encontraría. Los pitagóricos tenían su teoría de la concepción. Aristóteles encontró algún argumento. Y Esquilo con sus *Euménides* dio una justificación desde el pasado: Hubo un momento en que las mujeres tenían prioridad. Ahora esto ha cambiado con el imperio de la ley, el orden y la democracia. Ahora las mujeres tienen que subordinarse, como nosotros nos hemos subordinado antes.

Aunque este no fuera el único objetivo de la Orestíada, esa era la función, legitimar la opresión de las mujeres. No solo, pero era su función. Como es el propósito de los mitos matriarcales en general. Por lo tanto, la multitud de leyendas sobre las amazonas, su marcha contra la ciudad, y la victoria de los hombres en Atenas. Los investigadores del mito llaman a esto mito etiológico (griego αἰτιολογία aitiología, de αἴτια aítia 'causa': estudio sobre las causas de las cosas). Los mitos etiológicos forman parte de las tradiciones orales de los pueblos y sirven para explicar las propiedades de un fenómeno presente. A través de estos mitos los pueblos construían respuestas para aquello que no tenía una explicación lógica. Constituyen en sí mismos el origen fantástico de una institución religiosa, social o política. Karl Marx diría mito ideológico.

Johann Jakob Bachofen no fue el descubridor del matriarcado porque el matriarcado no ha existido. Lo que sí han existido son mitos sobre el matriarcado y estos sí los descubrió él y ese es su mérito. Pero su error fue interpretar estos mitos como descripción real de una etapa histórica de la historia de la humanidad. Al identificar el mito y el logos, la leyenda y la historia, Bachofen creó un nuevo mito: la superioridad moral e intelectual de los hombres que se impone tras larga lucha a la superioridad ritual de las mujeres. Este nuevo mito tuvo la función, no intencionada por parte de Bachofen, de legitimar la sociedad masculina de su tiempo y del nuestro.

El gran intérprete de los mitos acabó siendo, sin saberlo, un productor de mitos. Se necesitaban con urgencia mitos etiológicos para hacer frente al movimiento feminista que se estaba haciendo sentir: Desde finales del siglo XVIII había en Europa movimientos que reclamaban la igualdad de la mujer. Estas reclamaciones se intensificaron en el siglo XIX. En 1869 John Stuart Mill publica su ensayo *La esclavitud de la mujer*, que trata sobre los derechos de las mujeres. El argumento del ensayo sobre la igualdad entre sexos fue considerado una afrenta ante las normas convencionales europeas. Esto explica la resonancia que tuvo la obra de Bachofen, publicada en 1861. Se necesitaban mitos. La fuerza ideológica del nuevo mito era tan grande que gran parte del movimiento feminista lo asumió e incluso lo amplió y parte de las feministas se volvieron a sentar en el telar. Este es el ardid de la historia, es decir, el ardid del mito, que prosigue en nuestros días. Y Bachofen es, sin saberlo, el culpable del renacimiento de un mito.» [Wesel, Uwe: *Der Mythos vom Matriarchat. Über Bachofens Mutterrecht und die Stellung von Frauen in frühen Gesellschaften*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft 333, 1980, p. 60 ss]

Uwe Wesel se refiere a la idea de Hegel de que la historia avanza valiéndose de los intereses y de las pasiones individuales. Es lo que Hegel llama el *ardid*

o *astucia de la razón*: «La Idea no se expone al conflicto, la lucha y el peligro; se mantiene apartada de todo ataque y daño y envía al combate a la pasión para que en él se consuma. Podríamos calificar como astucia de la razón a ese dejar obrar por ella a las pasiones, de suerte que sólo al medio del que se vale para llegar a la existencia alcanzan pérdidas y daños.» [Hegel: *La razón en la historia*. Madrid 1972, p. 135-136]

Bachofen creía que el mito relataba una realidad histórica, cuando es más probable que suceda lo contrario: que primero esté la historia y que el mito sea su legitimación. Es la misma función que tienen las interpretaciones tergiversadas del pasado que hacen muchos nacionalismos, que sirven para legitimar intereses político-económicos presentes.

El mito de Isis y Osiris, en el que Bachofen ve la demostración de su teoría, tenía la función de legitimar el matrimonio real incestuoso en Egipto. Los matrimonios entre parientes en el Antiguo Egipto era una práctica habitual en la realeza como método para perpetuar su linaje. Los faraones se creían descendientes de los dioses, así que el incesto servía para conservar su estirpe sagrada, para demostrar la singularidad del monarca. No tenía nada que ver con el matriarcado.

La sucesión al trono tenía ciertos elementos matrilineales. Bachofen deduce de la matrilinealidad un indicio de una etapa anterior de matriarcado, pero la matrilinealidad y matrifocalidad no son identificables con el matriarcado. No se puede demostrar la existencia de una etapa en la que dominaran las mujeres.

FEMENINO <> MASCULINO EN LA CONCEPCIÓN MÁGICA DEL MUNDO

Según el antropólogo vasco Julio Caro Baroja (1914–1995) en su obra *Las brujas y su mundo* (1961) la magia –como la religión en general– deriva de la "concepción primaria del mundo y de la existencia" que se caracteriza por una visión "dramática de la Naturaleza, en la que lo divino y demoníaco, el orden y el caos, el bien y el mal, se hallan en pugna constante y con una existencia ligada al hombre mismo".

«El hombre primitivo –o mejor, primigenio– no considera la Naturaleza "en abstracto como algo impersonal, indiferente y articulado" sino que para él es "algo directo, emocional e inarticulado. Es un ser al que el hombre se dirige como en segunda persona: no es «él» («el cielo», «la tierra»), es «tú»".

La consecuencia de esta visión "dramática" o "vital" de la Naturaleza fue "que en muchos pueblos de Europa y también de otros continentes, el cielo, el firmamento azul, el día iluminado, se asociaron a la noción de un principio superior, ordenador, masculino y paternal, a la idea de una divinidad suprema en suma" –como Zeus o Júpiter del panteón grecorromano–, y en el que el sol representaba ideas tales como "fuerza, belleza, vigor, la vida en suma.

Por el contrario, la luna, la noche y la tierra se asocian con un principio femenino, con la muerte y con los infiernos. La luz de la luna, a diferencia de la del sol, es fría e indirecta, muerta; durante la noche la vida se paraliza y

reina la muerte; la tierra es donde residen las almas de los difuntos que aparecen por la noche y debajo de ella viven los seres del inframundo, de los infiernos, pero además es la madre de todo –principio femenino– del mismo modo que el firmamento es el padre –principio masculino–, lo que ha dado lugar al culto a diosas madres "con carácter ctónico y con carácter lunar. [...]

Así la concepción primaria del mundo y de la existencia se articula en torno a dos sistemas: uno, el que forman el Cielo de un lado como elemento masculino, expresión de la paternidad, de la autoridad superior y el otro la Tierra como elemento femenino, expresión de la maternidad y de la fecundidad.

El otro sistema es el que constituye el Sol y el Día como Vida, como Fuerza, como Bien y la Luna y la Noche como Muerte y como Mal; como elemento femenino, asimismo, pero no tan fecundo como la Tierra. En estos dos sistemas quedan encuadrados no solo los fenómenos físicos, sino también los hechos morales, porque "solo un pensamiento analítico llega a separar al fin lo natural de lo moral de modo absoluto.» [Baroja, o. c., 28-34 y 37]

TIAMAT Y EL MITO DEL ASESINATO DE LA MADRE

«Muchos mitos presentan a la madre como signo supremo de Dios. Se trata de un símbolo básicamente pacífico y creador: la madre es expresión de un amor que engendra, es fuente de vida, el primer rostro humano de Dios.

Hay, sin embargo, varios mitos que suponen que los hijos tienen que "matar" a su madre para así crecer y volverse independientes, reinando en su lugar, como ha evocado el canto mesopotámico de la creación, titulado *Enûma Elish* – "cuando en lo alto...".

Hubo un tiempo en que los hombres parecían dependientes de la madre engendradora: de ella nacían, en ella se encontraban sustentados. Pues bien, algunos pensaron que esa madre Tiamat les había engendrado para tenerles sometidos, como esclavos o niños menores, en su seno, impidiendo así que ellos llegaran a ser independientes. De manera que para alcanzar la madurez y realizarse con autonomía, los hijos tuvieron que matar a la madre, coronando como rey a Marduk, el hijo más fuerte, el matricida. [...]

El mito supone que Tiamat se había convertido en madre castradora: había engendrado a los hijos, pero quería mantenerlos sometidos, sin dejarles autonomía: Es poderosa como madre. Ha creado (engendrado, formado) el conjunto de las cosas (II, 10-19; III, 15-24.70-85) y así aparece como cuerpo-vientre, pero sin la inteligencia práctica que distingue ya a sus hijos. Es la vida inconsciente y por eso los dioses del imperio militar han de vencerla, iniciando la primera forma de racionalidad sobre la tierra,

Es represora, pues impide que sus hijos se vuelvan independientes, añadiendo que ella odia a los mismos seres que ha engendrado (II, 2.11). Así piensan los rebeldes, que quieren imponer su nueva ley de violencia guerrera, sobre la ley de vida de la madre.

Es madre bruja y representa los aspectos maléficos del cosmos: suscita un ejército de terrores naturales, diversos tipos de dragones, hidras, leviatanes (monstruos acuáticos), híbridos feroces (hombres-peces, hombres-escorpiones), evocando el miedo de la naturaleza, condensada en las doce constelaciones de monstruos dirigidos por un Titán o engendro maléfico, Kingu, a quien confía el mando, como a príncipe consorte (11-40; cf. III, 15-50).

La Biblia no habla de Tiamat, pero presenta en el principio de la creación al Tehom*, que es el símbolo de las aguas del caos de las que surgirán todas las cosas, a través de la palabra de Dios (Gen 1,2). Eso significa que en el fondo de la Biblia se conserva también el mito de la madre sometida, es decir, de la opresión de lo materno-femenino, en manos del Dios masculino de la guerra.» [Diccionario de la Biblia. Historia y Palabra. Navarra: Verbo Divino, 2007]

LA MADRE TERRIBLE – CIBELES Y ATIS

Afirma Erich Neumann que existen dos fuerzas que operan desde el arquetipo primordial de lo femenino: la fuerza de conservación que busca preservar todo en la órbita de la Madre Original; y la fuerza de transformación, que impele al sujeto a liberarse y descubrir una nueva identidad desarrollando el Alma (anima o psique). Estas dos fuerzas pueden convertirse en un peligro: en ocasiones la fuerza conservadora es necesaria para sobrevivir; en otras, la fuerza transformadora puede ser más necesaria.

La mitología nos presenta el aspecto tenebroso y terrible de la Madre Tierra, que da la vida, pero que también la vuelve a quitar, desintegra lo que ella ha generado para hacerlo renacer de nuevo: la vegetación desaparece en invierno para volver a renacer en primavera.

Este proceso está expresado en muchos mitos, como el de Atis y Cibeles y los cultos fálicos de la fertilidad relacionados con la Gran Madre. En las fiestas orgiásticas y en los ritos de regeneración, el joven sufre la castración ritual y la muerte bajo el dominio de la Gran Madre, que da la vida y exige la sangre como agente fertilizante.

En la ceremonia del pino cortado, que conmemora la castración y muerte del enloquecido Atis, tenía origen la mutilación de los sacerdotes galos, que se celebraba el 24 de marzo, *dies sanguinis* o día de la sangre, gran día de la iniciación sacerdotal.

Esta ceremonia se celebraba alrededor del pino de Atis, para imitar el dolor de Cibeles, así como para llamar a Atis y para resucitarlo mediante el derramamiento de su sangre fecundante y vivificante, pues el sacerdote castrado se convertía en un Atis viviente. El pino de Atis era depositado en la cripta del templo hasta el año siguiente.

El miedo a la Gran Madre es el primer signo de la autoformación y la estabilidad del ego, según Erich Neumann. Atis ha copulado con la madre; luego se une a Adgistis y, ante su traición a la madre, enloquece, se emascula

y muere. El incesto lleva a la disolución de la persona y a la muerte, a un *regressus ad uterum*, una vuelta al seno materno.

LA MAGNA MATER – MADRE PROCREATRIZ Y MADRE DESTRUCTORA

«En las religiones y pueblos más diversos se representa la imagen de la *Magna Mater*, de la *Mater* fecunda, muchas veces con rasgos masculinos. Se trata, en ocasiones, diosas fálicas, con los atributos sexuales del varón más o menos explícitos, o bien, en forma simbólica, como diosas barbudas o provistas de alfanjes o serpientes. Con ello parece indicarse que el principio generatriz, el dios primigenio de donde todo procede, está por encima del sexo; que es, a la vez, masculino y femenino o, como dice el término jungiano, *ourobórico*, nombre que procede de ese ser fabuloso, el ouroboros que, como una sierpe o dragón, se revuelve en forma de círculo, sin principio ni fin, para morderse la cola.

Mas, a la vez que masculino y femenino, este principio fecundo, comienzo y fin de todo, es no solo creador, sino también destructor. [...]

Encontramos en todas las culturas la idea del Cosmos basada en la incesante renovación de las plantas, en el germinar ininterrumpido de la vida, en el tácito murmullo que de la tierra brota y en el que se funde la putrefacción de lo que perece y marchita y el nuevo fluir de savias jóvenes. El mismo culto a una divinidad maternal, procreatriz y destructora, ha existido también en las Nuevas Hébridas, en las tribus de la Malécula o al otro lado del Atlántico, tanto en Norte como en Sudamérica, sobre todo en esta última, en las civilizaciones maya y azteca.

Parte Erich Neumann de la idea de que la primitiva función de todo símbolo femenino (cáliz, cuna, seno, fuente) ha sido, en todas las civilizaciones, la de *contener*, la de abrigar. Esta función elemental se diferencia y transforma, en el hombre, a lo largo de dos ejes: en el maternal, este primario carácter de contener y abrigar. En *sentido negativo* la función femenina de contener y abrigar, al exaltarse patológicamente, da lugar a una *retención*, *captación* o *aprisionamiento*.

Lo vemos con claridad en esas madres que, a fuerza de cariño, quisieran retener a sus hijos en su regazo protector eternamente, sin dejarlos nunca convertirse en hombre, invalidándoles al no permitirles volverse independientes, incluso en edades avanzadas. Estos hombres “enmadrados” en exceso, casi siempre solteros empedernidos, con solo uno de los muchos aspectos negativos de la maternidad.

En capas aun más profundas este aprisionamiento puede llegar a hacerse destructor. La madre que, por su neurosis, solo ve, inconscientemente, en su hijo un instrumento en el que satisfacer sus conflictos profundos, no solo le aprisiona, sino que, a la larga, acaba por destruirlo, volviéndole neurótico. Si, en un polo positivo, lo maternal es fecundante y generador, en su polo negativo, lo maternal es destructor y aniquila.

Así, en las viejas mitologías, junto a las diosas que simbolizan la fecundidad de la tierra: Isis y Deméter, aparecen también las diosas tenebrosas que habitan en los avernos y devoran o destruyen lo creado: Perséfone, Gorgo, Hekaté, Kali o sus correspondencias aztecas o mayas.

En uno de los polos de este eje, en el polo positivo, tendríamos las imágenes femeninas inspiratrices: Musas, Beatriz, Sofía. En cambio, en el polo opuesto estás las fuerzas femeninas que, seduciendo al hombre, le encadenan en grato sortilegio. Los antiguos concibieron estos aspectos negativos de lo femenino como figuras seductoras con poderes mágicos: Circe, Lilith, o la Loreley trenzando en los acantilados del Rin sus rubios cabellos. [...]

Erich Neumann equipara lo femenino al subconsciente; en cambio, la conciencia del hombre, su parte luminosa, en trance de surgir constantemente de las sombras del subconsciente, y en incesante peligro de ser devorada por ellas, tendría signo masculino.

Lo que el hombre ha percibido en las viejas mitologías como aspectos pavorosos y negativos de la *Magna Mater*, dando lugar a las múltiples personificaciones de la *Magna Mater*, dando lugar a las múltiples personificaciones de la Madre Terrible, ha sido un temor a que fuerzas del inconsciente, incontrolables y misteriosas, devorasen la conciencia, la hicieran desaparecer.

La conciencia, en efecto, desaparece todos los días, en cada uno de nosotros, durante el sueño; pero también se desvanece en otras situaciones: por ejemplo, en el éxtasis, o por la acción de las drogas o del alcohol, en el arrebató pasional u orgiástico, y, sobre todo, en la vesania (demencia, locura, furia).» [Rof Carballo, Juan: *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Aguilar, 1960, p. 309-312]

MITIFICACIÓN DEL RÉGIMEN MATRIARCAL

«Aunque el matriarcado sea un sistema jurídico, no debemos olvidar que culturalmente también está unido a una serie de parámetros de tipo psicológico, como los tratados por el psicoanalista Otto Rank (1884-1939) en *El trauma del nacimiento* (1908). Según Rank muchos mitos y de diversas culturas están basados en el "regressus in uterum", o intento de volver dentro de la madre. Y la mala madre que expulsa al hijo de su vientre arrastrándole a todo tipo de peligros es, al mismo tiempo, la madre nutricia que resuelve las necesidades perentorias del niño. De ahí el simbolismo mágico religioso entre la mujer y la naturaleza.

El psicólogo y etnólogo Georges Devereux (1982) manifiesta que el verdadero problema reside menos en la "realidad" histórica del matriarcado, que los mitos griegos parecen presuponer, que en el origen del *elemento latente* del mito. Por un lado, acepta el carácter sociohistórico, pero sugiere que la existencia del sistema matriarcal arcaico podría ser solo la consecuencia de una mitificación del régimen matriarcal, al que todo ser humano está sujeto en su primera infancia. (Recuérdese "La novela familiar de un neurótico" de Freud.)

Sin embargo, vemos que en los lugares donde sociológicamente la mujer tiene un fuerte dominio, existen dichos, leyendas y cuentos sobre las malas madres, como es el caso de la “madre antropófaga” de la sociedad poliándrica de las Islas Marquesas, relatado por Linton (1939). O el tema mitológico que se encuentra en diversos lugares, principalmente en Oceanía, de la “vagina dentata”, representando a la mujer primigenia con una vagina armada de dientes, símbolo mortal de la copulación y del nacimiento.

Las mismas amazonas, las cuales son mujeres guerreras, cazadoras y sacerdotisas, no están sujetas al control sociológico de los hombres, sino que solo se unen a los extranjeros, a los que matan después de aparearse. Son, asimismo, malas madres, puesto que conservan a los hijos, pero ciegan o mutilan a los hijos varones. Las amazonas nos recuerdan un mito hispánico, de antiguo origen, del que existen diferentes versiones cultas y populares: el de la Serrana de la Vera. Esta es una hermosa mujer salvaje, de carácter varonil y cruel, que vive en una cueva y caza en el monte. Seduce a todos los hombres, los lleva a su cubil y los mata después del acto sexual.» [Maria-Àngels Roque: “Matriarcado”, en Ángel Aguirre (Ed.): *Diccionario temático de Antropología*. Barcelona: PPU, 1988, p. 462-463]

EL MATRIARCADO REAL

La antropología nunca ha considerado que haya existido una sociedad matriarcal en sentido político. Pero hay que distinguir el matriarcado como dominio y poder social de la mujer y matriarcado como la actividad de fondo de las madres en la conformación de la urdimbre constitutiva de cada individuo.

«Algún día los historiadores se irán dando cuenta de la impalpable deformación que se produce al considerar con alma exclusivamente masculina los hechos ocurridos en el paso, sin atender a ese trasfondo matriarcal que va gobernando, a lo largo de los siglos, la transmisión de pautas culturales.

Hay en las naciones una historia secreta, jamás escrita, que por subconscientes temores el hombre nunca es capaz de ver con entera claridad; historia callada, sin relieve, desprovista de anécdotas, apenas estudiada y conocida, cuya fuerza tremenda solo de manera indirecta el historiador percibe en forma de esas pautas de comportamiento que afloran en las costumbres, en el “super-yo” colectivo, en el carácter nacional, etc.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 224]

«Tradicionalmente, la mujer como madre es responsable del hogar, la religiosidad y la crianza de los hijos. La educación de los niños y el cuidado del hogar implican cierto grado de poder de disposición sobre las cosas, los suministros y el control sobre los sirvientes y los niños, especialmente sobre los pequeños que aún no están en edad escolar y que apenas pueden salir de la casa y del ámbito familiar y, por tanto, están sometidos al dominio de la madre. En este dominio sobre los niños y el hogar, el escenario ginecocrático que pintan las teorías sobre el matriarcado puede tener una cierta base real: no en el pasado histórico de género, sino en el pasado individual, toda persona

ha experimentado la ginecocracia y el matriarcado en algún momento de su vida.» [Hartmut Zinser, o. c., p. 28]

«Anular el matriarcado basándose en que las mujeres no gobiernan políticamente, a pesar del hecho de que ellas juegan un papel central en otros aspectos, siempre me ha sonado a androcéntrico, rozando la misoginia” [Peggy Reeves Sanday, antropóloga].

«No es verdad que todos nazcamos libres. La verdad es la contraria: todos nacemos dependientes, y nuestra tarea es hacernos libres, tarea que cumplimos con mayor o menor éxito. La libertad es una tarea, no un producto biológico como las arrugas.» [José Antonio Marina, filósofo]

Algunos antropólogos denuncian el etnocentrismo de la Antropología y del Feminismo. Afirman que la situación de las mujeres no puede medirse con parámetros occidentales porque lo que en occidente es valorado como dador de poder, en otra cultura puede no ser tan relevante.

Es un hecho incontestable que todos, mujeres y hombres, somos hijos de la madre que nos parió. Detrás de todo ser humano hay una mujer: la madre, tanto para el niño como para la niña, para el hombre como para la mujer. El ser humano es un animal prematuro que viene al mundo con un cerebro aún no terminado, la prematuridad le obliga, después del nacimiento, a tener que seguir formando su cerebro en el “útero social” y esta es la verdadera evolución, la individual: el paso de la simbiosis con la madre a formar un triángulo cuyo segundo vértice es el padre.

Este poder de la madre sobre el niño y la dependencia total de este en los primeros meses o años de su vida condicionará su futura personalidad (su “urdimbre constitutiva”, Rof Carballo). Este hecho incontestable constituye el verdadero “matriarcado” real, al matriarcado natural.

««La importancia de la relación primigenia, de la simbiosis madre-niño, es destacada de tal manera y con tal insistencia en la bibliografía psicológica, psicoanalítica y psicosomática de nuestros días que a la antigua ceguera por la situación inicial del hombre parece haber sucedido una evidente demasía. Todo tiende a explicarse por ella; por sus trastornos y alteraciones. De clave iluminadora de muchas realidades de la clínica corre peligro de pasar a barrera que impida ver otras aún más importantes.

Es evidente que, si en el curso de los milenios de la antropogénesis la relación con la madre ha tenido tanta importancia para la construcción del hombre, esto ha tenido que ocurrir con una oscura presciencia o sentimiento de su todopoder, de su trascendencia para el destino individual. Para decirlo con una frase de Erich Neumann: “puesto que en la fase más temprana del desarrollo del hombre están íntimamente vinculados el factor amoroso y el cognoscitivo, el desarrollo del yo y la relación con el prójimo, la relación primigenia con la madre está, en este sentido, preñada de destino”. Comprendemos así por qué todas las culturas han tenido, en una forma u otra, un culto por la “Gran Madre”, concebida esta como principio femenino

donadora de vida, otorgadora del amor y de la plenitud de la existencia y dotada, en forma de Sofía, de la sabiduría y del conocimiento supremos.

Y puesto que las perturbaciones de la urdimbre, en forma de desamor o de abandono y también las múltiples formas destructoras de la personalidad, desde el mímico excesivo hasta la agresividad inconsciente y solapada actúan de manera deletérea no solo sobre la personalidad del hombre, sino sobre su destino, natural es también que esta experiencia almacenada en forma muy inconsciente y reiterada a lo largo de miles y miles de generaciones haya creado, frente al arquetipo de la madre buena, benigna, otorgadora de bienaventuranza, vida y amor, la imagen terrorífica de la madre terrible, a la cual la imaginación del hombre ha conferido, en las civilizaciones y culturas más diversas, toda suerte de atributos destructores.

Desde la madre fálica, con ornamentación masculina, hasta las diosas con dentaduras agresivas, con apéndices mortíferos, con intenciones aviesas, con poderes aniquiladores nunca se ha llegado tan lejos en la fantasía del hombre como cuando este ha tratado de representar plásticamente en forma de las Gorgos, las Hekáté, las Mesalinas, las Perséfone, las mil figuraciones de la potencia maligna que puede tener lo maternal.» [Rof Carballo, Juan: *Violencia y ternura*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1967, p. 173-174]

En la etapa de dependencia de la madre, el niño experimenta un verdadero "matriarcado". La madre es lo que el psicoanalista Béla Grunberger llama el *Oberich* o "sobremí" (en contraposición al *Überich* o "sobreyó" que representa la figura paterna). El miedo a perder el cariño de la madre (a veces bajo la amenaza expresa de esta) obliga al niño a "obedecer". El padre representa el puente para la integración social, que conlleva la aceptación del *Überich* o superyó, que representa el deber, la norma social a cumplir, que implica, en caso de transgresión, la aplicación del castigo.

Ningún malabarismo hermenéutico puede diluir esta tensión intergenérica (*Geschlechterspannung*, Klaus Heinrich) calificando a uno de los polos como malo y al otro como bueno, ni eliminando las diferencias y las tensiones creando una especie de "sociedad fraternal o fraternía" donde solo existen hermanos y hermanas que convivirían en una sociedad de madres, pacífica, volcada en el cariño y la protección de los hijos.

Ya Freud, en su *Totem y tabú*, imaginaba el origen de la sociedad como fruto de un trágico acontecimiento: la muerte del padre por parte de los hijos, que, tras el asesinato del padre, tienen que ponerse de acuerdo sobre quién asume ahora el mando del grupo.

Según Freud, crearán nuevas normas e instituciones que regulen la convivencia. Pero la historia nos ha enseñado que, tras una revolución violenta, sigue la dictadura del líder que inició la rebelión y condujo al grupo a la "liberación". El liberado dependerá ahora del "libertador".

Se ha criticado siempre que, en el mito freudiano de la muerte del padre tirano a manos de sus hijos, Freud ha escamoteado el papel de las mujeres, convertidas en puro objeto del deseo de los hombres "Sexualobjekt" y no

sujetos pulsionales con capacidad para tomar decisiones sobre su propia sexualidad ("begehrende Subjekte", "Triebsubjekte"). En el mito de Edipo, tanto Sófocles como Freud dejan velado el papel de Yocasta en todo el conflicto.

En la transferencia psicoanalítica (Übertragung) que desarrolla el paciente en la sesión analítica, se manifiestan los conflictos del paciente con las figuras parentales (madre y padre) y con los hermanos. Así, el paciente puede transferir al analista los mismos sentimientos ambivalentes (a la vez positivos y negativos) y los mismos conflictos que tuvo en la relación con sus figuras tutelares en la primera infancia:

«En la transferencia, el paciente constantemente atribuye al terapeuta diferentes cualidades de diferentes personas, como si simultáneamente representara al padre amenazante y servicial, a la madre amorosa y castigadora, posiblemente al hermano que compete y muestra solidaridad, a los educadores biográficamente importantes para el paciente y, al mismo tiempo, también ambivalentes. Esto no es ninguna aberración arbitraria.» [Klaus Heinrich: *Psychoanalyse Sigmunds Freud und das Problem des konkreten gesellschaftlichen Allgemeinen*. Dahlemer Vorlesungen, Frankfurt a. M.: Stroemfeld Verlag, 2001, B. 5, S. 61]

Existe el miedo a la madre en forma de ambivalencia, que perdura en el miedo intergenérico y en las relaciones de género. Como dice el dicho: «ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio; contigo, porque me matas, sin ti, porque yo me muero». (La versión jocosa, que quita hierro a la expresión, reza: «Ni contigo ni contigo tienen mis males remedio»).

GORGON, HEKATÉ, KÂLI

«En los más remotos tiempos de la civilización, alrededor del mar Egeo, tiene lugar una curiosa emigración de mitos. Los más arcaicos mitos griegos de figuras femeninas terribles, la Medusa, las Gorgonas, las Sirenas, parecen enlazados genealógicamente con mitos similares de la cultura creto-minoica y, a través de ella, con los mitos de Asia Menor, de Libia y del antiguo Egipto. En especial el ámbito de la cultura creto-minoica está dominado por el culto a la Magna Mater, a divinidades matriarcales que exigen sacrificios. Pero ritos parecidos se encuentran también en Egipto y en Canaán, en Fenicia, en Babilonia, en Asiria y en las culturas del Próximo Oriente, desde los hititas hasta los indios.

Parecería ya bastante singular, si solamente se tratase de una transmisión histórica de creencias, que civilizaciones tan dispares hubiesen adoptado siempre, para su religión, una pauta tan extraña: la del culto a una divinidad terrorífica y maternal, a la vez fecundante y devoradora, fértil y cruel, destructora y prolífica. Pero el hecho, de por sí extraordinario, exige imperiosamente otra explicación desde el momento en que idéntico culto a la Madre Terrible se descubre también en la civilización azteca, en la diosa Ilamatecuhtli, la del *regazo dentado*, o en otras diosas terribles portadores de cuchillos de obsidiana para el sacrificio de víctimas adolescentes, o en la

civilización maya, en la diosa Ixchel y, en general, en casi todas las culturas arcaicas que se investigan, en especial en las de Melanesia, por ejemplo, en las de la isla de la Malekula, tan bien estudiadas por Layard. En todas ellas encontramos siempre el mismo proceso ritual: diosas de la fecundación y de la muerte, de terrorífico aspecto, a las que hay que rendir culto sanguinario.

La víctima es al principio un ser adolescente; más tarde el sacrificio se sustituye con la mutilación de un miembro o con la castración; por último, el sacrificio se expresa de manera simbólica por el afeitado de la cabeza o reemplazando la víctima humana por un animal sagrado: en la Malekula por un jabalí, en la civilización minoica por un toro, la cultura que pasa por ser el dominio prototípico de la Gran Madre, con el sacrificio sagrado en aras de la diosa, previa lidia del animal.

Las más terrorífica de estas representaciones es la de la diosa india Kâli, la de los múltiples brazos, devoradora de intestinos, con el cadáver de su víctima a los pies y ornado su rostro con los miembros y cabezas de los seres sacrificados.

También en ella, como en todas estas representaciones de la Madre Terrible, aparece un símbolo fálico, la serpiente o una lengua gigantesca, a veces multiplicado para mayor abundamiento, como en la Artemisa-Hekaté griega donde a las cobras se añaden antorchas y alfanjes, en otras ocasiones dando lugar al aspecto híbrido de diosas fálicas, barbudas, casi siempre mostrando un instrumento mutilador, la dentadura en el regazo o las fauces engullidoras.

Erich Neumann ha dado a todo esto una explicación muy ingeniosa. El proceso del *alumbramiento* de la conciencia se realiza a partir de una trabajosa liberación del subconsciente. Es como una isla que emergiera de las aguas y que estuviese, en todo momento, en peligro de ser de nuevo sumergida. Todas las noches, en el sueño, la conciencia vuelve a desaparecer bajo el mar del subconsciente.

Esto ha sido siempre, en todas las épocas, percibido por el hombre como una espantosa amenaza. En el sueño, en el arrebató orgiástico o pasional, en el trance religioso o creador la conciencia es "devorada" por el subconsciente, fecundante pero también mortífero.

Esta situación ambivalente del principio femenino, al que se debe toda creación pero que también puede implicar la muerte y la locura, es lo que se expresa de manera simbólica en los mitos de la Madre Terrible.

Para los freudianos, en cambio, la madre fálica tiene una realidad concreta, en forma de madre auténtica o excesivamente autoritaria o excesivamente cariñosa que *mutila* la espontaneidad del niño; que, a cambio de su cariño, le vuelve dócil en exceso o bien que, por el contrario, le detesta en lo más profundo, a veces tras la máscara, que al niño engaña, de un afecto excesivo.

Sustancialmente encontramos aquí el mismo proceso al que alude El Bosco del Prado: la situación ambivalente del hombre que no quiere abandonar el cálido refugio de la infancia y que, a la vez, se ve forzado a ello, de manera imperiosa e inexorable.

Muchos enfermos revelan su negativa a abandonar la *seguridad infantil* que confiere el abrigo protector de la madre. No ven ventaja alguna en la vida del adulto, llena de responsabilidad y de cosas desagradables, entre ellas la más desagradable de todas, la inexorabilidad de la muerte.

Piensen de manera mágica que, si no dejaran de ser niños, no serían nunca abandonados por el amparo maternal y que, además, no iban a morir jamás. Su paz la obtienen por la renuncia absoluta a seguir creciendo, a ser viril o la renuncia a ser responsables y libres.

Prefieren la tiranía de la neurosis, quedar engullidos en el amparo materno, ser castrados en el posible despliegue de su otra seguridad, la que la inteligencia les promete, pero solo a cambio del terrible vértigo de tener que ser libres y responsables. Su *ataraxia* [del gr. ἀταραξία (ataraxia): 'imperturbabilidad', 'serenidad'] es totalmente negativa, es la de la renuncia absoluta, la más contraria a la *ataraxia* de la virilidad, la de la *andreia* [del griego ἀνὴρ (anér), genitivo ἀνδρός (andrós), que significa 'hombre', 'fuerza vital'], la de la aceptación varonil del propio destino.

Aun en la vida más normal y madura persiste siempre, en una forma u otra, este dilema radical de la humana existencia: la necesidad de amparo o dependencia afectiva y su repulsa, en forma de autoafirmación agresiva.

De ambos componentes está formado ese *rechazo de la feminidad* que supo descubrir Sigmund Freud como nota sempiterna que se encuentra en ambos sexos. Solo puede permitirse dejar de tener miedo a la propia feminidad el varón esforzado.» [Rof Carballo, Juan: *Medicina y actividad creadora*. Madrid: Revista de Occidente, 1964, p. 187-190]

EL MATRIARCADO ANTROPOLÓGICO

Todos somos hijos de la madre que nos parió y del padre que nos engendró. No hay madre sin padre ni padre sin madre; ni femenino sin masculino ni masculino sin femenino. Es un hecho fundamental la total dependencia del niño o niña de la madre en los primeros meses o años de su vida.

Esta relación transaccional, de ida y vuelta, con la madre, va formando la urdimbre constitutiva o primaria, base para el futuro desarrollo de la personalidad de cada individuo. La relación con el padre se constituye con cierta posterioridad a la de la madre, pero contribuye a atenuar la total dependencia de la madre y a posibilitar un desarrollo individual.

La tendencia a negar la tensión intergenérica y a excluir o dar más preponderancia a uno de los dos polos de este binomio en detrimento del otro, está determinada, a menudo, por la experiencia personal que cada futuro individuo haya tenido en la fase de total dependencia de la madre, en los años en los que se forma la urdimbre constitutiva, inicio del proceso de individuación y base de la futura personalidad.

En esa primera fase constitutiva se forma la futura *forma mentis* o mentalidad, que conformará la actitud que se tome frente a toda forma de dominio. Como dice el refrán: "cada uno habla de la feria según le haya ido en ella".

Si no ha existido el matriarcado como estructura social o política, en el sentido de que las mujeres tuvieran el poder sobre los hombres, sí existe una forma natural de "matriarcado" en la infancia.

Como dice Erik H. Erikson: "Dios es para un niño la madre" („die Mutter ist der Gott des Kleinkindes"). En los labios y en el corazón de los niños de este mundo, la palabra "mamá" designa al ser supremo del que el niño depende totalmente en los primeros meses de su vida.

Cuando una persona concibe a Dios como Padre, o a una Diosa como Madre, con todo lo que esto implica, obviamente lo tiende a identificar, de uno u otro modo, con su propio padre, o con el concepto de paternidad humana que ha asumido. El psicoanálisis y la psicología en general se han ocupado desde hace décadas de este asunto: proyección del conflicto edipal en la religión.

No todos los pueblos de la tierra ven a su Dios Supremo (de creer en un Dios Supremo), como padre de los hombres. En el cristianismo ello es, ante todo, el resultado de un determinado modelo cultural muy preciso.

Quizá la idea misma de Dios es patriarcal, implica poder, primera instancia, centralismo. Se puede venerar una divinidad femenina sin ver en ella el Dios supremo. Ver en el catolicismo la devoción a la Virgen María.

Que se venere o se honre a la madre es la cosa más natural del mundo, ya que el niño estuvo dependiente de ella en los primeros meses de su infancia y el proceso de individuación no es fácil. Por eso también hay manifestaciones en todas las culturas del reverso de la medalla: la madre buena, que da la vida, pero que también en su mano está causar la muerte.

Esta experiencia ambivalente la hace todo niño hasta que logra individualizarse o tomar conciencia de su "suidad" (Zubiri) y se siente "persona". Que la madre sea elevada a categoría de "diosa" o de "madre de Dios" (catolicismo) no tiene nada de extraño.

Lo que sí es sintomático es la "pasión" con la que unos defienden a la "diosa" y otras la temen e intentan rebajar su función. Como dice el proverbio español: Cada uno habla de la feria según le haya ido en ella.

Es decir, todos arrastramos desde la infancia "restos o resabios" de esa lucha por afirmarnos en el mundo al que nos han traído las madres. Nuestra biografía está marcada por el esfuerzo por salir del mundo maternal y "elaborar" nuestro mundo, para lo que nos ayuda una tercera figura: el padre, representante del "mundo de afuera, del mundo real" (principio de realidad).

Esto en psicología evolutiva se llama "triangulación", tercera fase tras la fase simbiótica (fusión con la madre) y la dual (mundo en el que para el niño solo existe él y la madre).

LA TENSION INTERGENÉRICA (*GESCHLECHTERSSPANNUNG*)

«Norman O. Brown (*Lives Against Death*, Middletown 1959; *Love's Body*, Nueva York 1966) o Herbert Marcuse (*Eros and Civilization*, Boston 1955) no reconocen la naturaleza conflictiva de la vida sexual infantil. Pretenden que una "reactivación del erotismo polimórfico pregenital" (Marcuse) produzca una reconciliación entre el hombre y la naturaleza.

Estas y otras exposiciones similares de una utopía polimórfico-perversa son en realidad un intento de escapar del conflicto de las relaciones de género.» [Renate Schlesier, 1981: 186 n. 9]

El torero sevillano Manuel García Cuesta (1865-1894), más conocido como *El Espartero*, fue un torero español que resultó muerto a los 29 años tras una cornada infligida cuando entraba a matar un Miura en la Plaza de Toros de Madrid. Sobre él se contaban mil anécdotas, como las célebres frases que se le atribuyen: «Más cornás da el hambre» que pronunció cuando un banderillero le advirtió sobre las dificultades de un animal.

Para otro torero, Antoñete, había algo más peligroso que las "cornás" del toro. Este torero, ya viejo, volvía una y otra vez a torear y, advertido del peligro que corría a su edad, explicaba así sus motivos: «Vuelvo porque más cornás dan las mujeres». En alguna época de su vida no tenía "ni pa' tabaco", tal le habían esquilmado sus amantes. Ernst Hemingway, en *Muerte en la tarde*, habla de las enfermedades venéreas que, según él, contraen los toreros por su promiscuidad: el toro es peligroso porque da cornadas, pero "más cornadas dan las mujeres".

EL INCONFESADO COMPLEJO DE CULPA DEL VARÓN

«Cuando la gente se siente culpable suele hacer las cosas más insensatas. Unos padres con complejo de culpa hacia los hijos, por ejemplo, pueden hacerlos unos desgraciados con mayor eficacia que un par de alegres sinvergüenzas. [...]

Una chica nos sorprende en una agradable cena comunitaria con un espontáneo discurso:

"Trabajos las mujeres con niños, con la tercera edad o con marginados porque nos parecen inferiores y creemos saber qué decirles; en cambio, renunciamos a educar a los hombres porque creemos que son superiores, cuando en realidad son inferiores..., incapaces de prepararse la ropa, la comida. A mí, como soy mujer, no me educaron para nada en concreto, así que puedo hacer de todo".

Imposible no encontrar en su discurso el eco de aquellas palabras que mi padre atribuía a Kropotkin: "Siervos, los señores os parecen altos porque los miráis de rodillas. ¡Levantaos!". En el límite, el oprimido siempre es culpable por no rebelarse. Los sistemas de dominación utilizan siempre como instrumento al propio dominado. El patriarcado necesita que las madres reproduzcan el sistema, reprimiendo a las hijas para evitarles los riesgos de la libertad y hombreando a los hijos en busca de una realización a través de

ellos. El patriarcado necesita que las mujeres funcionen como discretas prótesis de los hombres para que estos no se den cuenta de que, para bien y para mal, no dan la talla del modelo masculino; las mujeres cumplen así el papel, que en el cuento del emperador desnudo, cumplen los súbditos que se negaban a reconocer que el rey iba desnudo.

Lo que más complica las cosas es que las mujeres se enamoran de los hombres, cosa que el obrero y el negro tienen la prudencia de no hacer con el patrón y con el blanco. Sin embargo, cuando se dice que las mujeres son culpables, se apunta que las mujeres merecen ser oprimidas. Prenunciado por mujeres, el discurso de la culpabilidad es, en cambio, el discurso de la impotencia.

¿Y los hombres? ¿De qué somos culpables? El hombre es culpable de la única cosa de la que se puede ser culpable: de escupir hacia abajo, de desahogar las frustraciones hacia quien tiene menos poder que nosotros. Y poniéndonos muy serios podremos preguntarnos si el hombre no es culpable de no ser capaz de dar cuenta de su amor, pues si amar a quien se cree superior es temerario masoquismo, amar a quien se percibe y se desea mantener como inferior es necedad inadmisible.» [Josep-Vicent Marqués]

RELACIONES TÓXICAS Y TENSION INTERGENÉRICA

Lou Andreas-Salomé (1861-1937), nacida en San Petersburgo como Luíza Gustávovna Salomé, era hija de un general del ejército imperial ruso. Fue la hija menor del matrimonio y la única mujer después de cinco varones. En septiembre de 1880, Lou viajó con su madre a Zúrich con el fin de inscribirse para estudiar en la universidad. Suiza era en esa época el único país de habla germana donde las mujeres tenían permiso para cursar una carrera universitaria sin restricciones.

Fue escritora, psicoanalista, discípula y colaboradora del círculo más estrecho de Sigmund Freud y gracias a su magnetismo y belleza, compañía espiritual de artistas y escritores (hombres y algunas mujeres) de finales del siglo XIX y principios del XX. Fue una sagaz colaboradora en los trabajos filosóficos de Friedrich Nietzsche, su amiga, crítica y consejera cercana, mas no su pareja, pues finalmente se unió a Paul Rée, amigo común y de quien ambos eran compañeros en el trabajo intelectual.

Sin abandonar su vida de casada, se comprometió en romances y/o intercambio de correspondencia con el periodista alemán Georg Lebedour, el poeta austro-húngaro Rainer Maria Rilke, y los psicoanalistas Sigmund Freud y Viktor Tausk, entre otros.

Su madre la llevó a Roma cuando ella tenía 21 años. En un salón literario de la ciudad, Salomé conoció a Paul Rée, un escritor y jugador compulsivo, a quien le propuso vivir en una comuna estudiantil. El 13 de mayo de 1882, Salomé había hecho lo mismo con el amigo de Rée, Friedrich Nietzsche. Los tres viajaron con la madre de Salomé a través de Italia. Cuando regresaron a Leipzig, Salomé y Rée se separaron de Nietzsche, quien había propuesto a Salomé unirse a él en matrimonio, cosa que ella no aceptó, pero aceptó a

ambos hombres enamorados unirse en un triángulo de trabajo intelectual. Hay una foto en la que aparece los tres, con Lou empuñando una fusta en un carro tirado por los dos hombres, Rée y Nietzsche, alegoría del pacto entre los tres. Se cree que Nietzsche habría incluido en Zaratustra a propósito de esta anécdota la frase «¿Vas con mujeres? No olvides el látigo».

Salomé y Rée viajaron a Berlín y vivieron juntos hasta unos años antes del matrimonio célibe de Salomé con el profesor de lingüística Carl Friedrich Andreas. En 1911, Salomé conoció a Sigmund Freud e inmediatamente se interesó en el psicoanálisis, siendo una de las pocas mujeres aceptadas en el círculo psicoanalítico de Viena. Ambos mantendrían una relación amistosa de profundo respeto y cariño durante el resto de sus vidas. A partir de 1915, ella comenzó a pasar consulta psicoanalítica en la ciudad alemana de Gotinga.

La relación de Salomé con el poeta Rainer Maria Rilke (1875-1926) fue particularmente cercana. Salomé era quince años mayor. Se conocieron cuando él tenía veintiuno. Fueron amantes durante varios años y se escribieron hasta la muerte de Rilke; fue ella quien comenzó a llamarle Rainer, en lugar de René; le enseñó ruso, a leer a Lev Tolstói y a Aleksandr Pushkin. Ella le presentó a importantes hombres y a muchas otras personas en el campo de las artes, y se mantuvo como su consejera, confidente y musa a través de toda su vida adulta.

Lou Andreas Salomé murió en 1937 en Gotinga, última ciudad de residencia, a los 76 años de edad, a causa de un fallo renal. La Gestapo confiscó su biblioteca pocos días después de su muerte.

El escritor y periodista argentino Blas Matamoro (Buenos Aires, 1942-) publicó un artículo sobre la figura de la escritora rusa, titulado *La madre terrible*, donde recrea la relación de esta escritora y psicoanalista rusa con los artistas e intelectuales de su tiempo. De este artículo entresaco lo siguiente: «En 1897, Lou y Rilke se conocen en Múnich e inmediatamente inician una relación amorosa que dura hasta 1901. Vuelven a verse en Múnich entre 1914 y 1919. Rilke muere en 1926 y Lou en 1937. Al momento de conocerse, Lou es ya la mujer de Friedrich Karl Andreas, un orientalista de la universidad de Gotinga, con quien se había casado en 1887 y con quien vivirá hasta su muerte en 1930.

Desde 1982 data la relación de Lou con Paul Rée, amigo de Nietzsche. Rée se suicida en 1901. Andreas, pocos días antes de su compromiso con Lou, escucha de esta su negativa a casarse e intenta un suicidio con un cortaplumas. Otro amor de Lou, Víctor Tausk, el discípulo de Freud, también se habrá de suicidar. Lou no tuvo hijos con ninguno de estos hombres. [...]

Varias obras de Rilke pueden inscribirse en la órbita de sus relaciones con Lou. [...] La evolución vital persigue una finalidad oculta, que es el encuentro definitivo con el origen. El camino de ida es un camino de vuelta. [...]

Lou sostiene en *Mi agradecimiento a Freud* que toda obra de arte tiene una fuerte impronta de narcisismo primario, es decir, de vuelta al amor a sí mismo a través del sí mismo unitario que conforman la madre y el hijo. La obra de

arte es el cuerpo de uno mismo, convertido en objeto fantasmal del impulso narcisista. [...] La obra de arte comporta, además, una cierta deshumanización: la renuncia o eliminación de realidades eróticas fuera de esta práctica narcisista.

El ángel, un personaje recurrente en Rilke, sobre todo fundamental en las *Elegías del Duino*, sería, según Lou, el símbolo de este objeto deshumanizado y asexuado que es propio del narcisismo primario. Lo humano desvalorizado y aun desrealizado se torna angélico. [...]

La vida es un peregrinaje a la patria, una vuelta al hogar, un peregrinaje que conduce a la imaginaria recuperación de los orígenes. Pero quizá la única reivindicación real, al término del viaje, sea la muerte. Esta muerte que obsede a Rilke y de la cual se desembaraza por medio de la escritura. La muerte que acompaña el viaje de los suicidas que amaron a Lou. Retornar, recuperar, morir. [...]

Continuamente, la evocación de la madre en Rilke está asociada a la imagen de una concepción penosa, un parto doloroso y una humillación sexual vergonzosa. [...] Volver a la infancia es reparar el daño hecho a la madre, disculparse ante esta y limpiarse de la vergüenza de haber nacido. [...]

El amor sexual, los sentidos y la angustia llevan a la concepción y a la aparición de una criatura mortal; reproducen la muerte. Por ello, son penosos y general vergüenza. Toda madre es madre de muertos, y solo la cuota de dolor (ya culpa del hijo) que comporta el proceso de gestación y parto paga el complejo pecaminoso previo y da carácter de "digna" a la "maternidad del hombre". Rilke llamó a Lou "mi hermana, amada esposa". Hermana deseada como esposa equivale a incesto. [...]

El pequeño burgués, fascinado por los prestigios de la aristocracia y por los paisajes urbanos de calles con palacios seculares que hubo siempre en Rilke, es calco de las fantasías de prestigio social de su madre. Esta se desesperó por encontrar –en vano– un parentesco entre la familia de su marido y unos nobles homónimos de siglos atrás. [...] Sofía de Rilke habría querido tener una hija, y nació Rainer. En carta a Vally, Rilke recuerda que su madre no le tenía ningún afecto, y que lo calificaba de "ser lamentable, ávido de placer". La identificación con el mundo de lo femenino, la hipóstasis de la figura materna, la eliminación de la presencia imaginaria paterna, la necesidad de reparar a la madre (en la vida de Rilke, la culpa de haber privado a su madre de una hija), tienen sus raíces en esta rápida anagnosis familiar. [...]

A partir de lo analizado, puede entenderse fluidamente la tajante ambivalencia de la figura femenina en la escritura rilkeana. En un extremo, es el lugar de regreso, donde se cumplen todas las fantasías recuperatorias de la identidad primordial. En el otro, está la figura terrible de la madre, que se repara a sí misma, sometiendo al niño a la categoría de siervo, de apéndice en su mundo, de varón mutilado, que se transforma en mujer. [...] Cuando, en 1900, Rilke y Lou viajan por Rusia, el entonces adolescente Boris Pasternak observa que Lou parece la madre o la hermana mayor de Rilke. [...] La figura materna

connotada de noche, orden, señorío doméstico y seguridad, centra el siguiente párrafo:

“Oh, calma de la casa con su escalinata, calma de las habitaciones interiores, alta calma sobre los techos. Oh, madre: oh, tú, única, que has establecido toda esta calma, de una vez, en la infancia. [...] ¿Hay, en el señorío terrenal, otro poder como el tuyo?” [...]

Tras la rotura con Lou, Rilke vivió su relación con Clara Westhoff y, al final de su vida, una concreción bastante aproximada a las fantasías de Malte. Ricas protectoras, maternas, omnipresentes, como la princesa de Thurm und Taxis, le permitieron habitar solitarios castillos –Duino, Muzot– para que se dedicara a escribir su fragmentaria oración a la muerte, a Dios, a Apolo, a Orfeo.

Muy similar a su relación con Rilke fue la que mantuvo Lou con Víctor Tausk, un discípulo muy allegado a Freud. Quizás Lou apuntaba a ser la amante del propio Freud, mayor que ella, sabio, etc.: el modelo que seguía en sus “trinidads” desde aquel pastor protestante del que se había enamorado de joven en San Petersburgo. La reticencia sexual de Freud hizo que debiera dirigir su atención a Tausk. Las fantasías mutilatorias y de aniquilación en la divinidad, que Rilke resolvía en su escritura, preservando su yo corporal, en Tausk produjeron el suicidio. Como ocurrió con otros amantes de Lou (Rée, Andreas). Y con otros discípulos de Freud (Herbert, Silberer, Paul Federn).

Quizá en todos los roles que circulan en esta historia, corresponda a Freud el de padre terrible. Quizá ello explique la fascinación despertada en Lou, y viceversa. Freud, íntimamente, consideraba a la mujer intelectualmente inferior al hombre, lo cual explicaba su actitud paternal hacia ella, así como una cierta inclinación teórica hacia el machismo. [...]

Una mujer narcisista como Lou, afecta a la vida sexual múltiple, pero enemiga del matrimonio y de la maternidad, podía ser un gallardo obstáculo que llamara la atención de Freud. Lou, por su parte, podía manejarse ante el gran sabio como una buena hija, una buena discípula, lo cual también podía fascinarla. En tanto, contaría con amantes que pudieran hacerle experimentar el “más alto sentimiento de placer”, “la recepción del semen”, como ella misma decía.

La muerte fue respetando el orden de aparición y la jerarquía de roles en la complicada historia. Un día antes que los nazis fueran a requisar su casa de Göttingen, murió Lou. Y el último sobreviviente, inclinado sobre sus papeles en el exilio de Londres, con su preciosa caja craneana atravesada por el lento pero indetenible cáncer, fue Freud, sabio y terrible padre.»